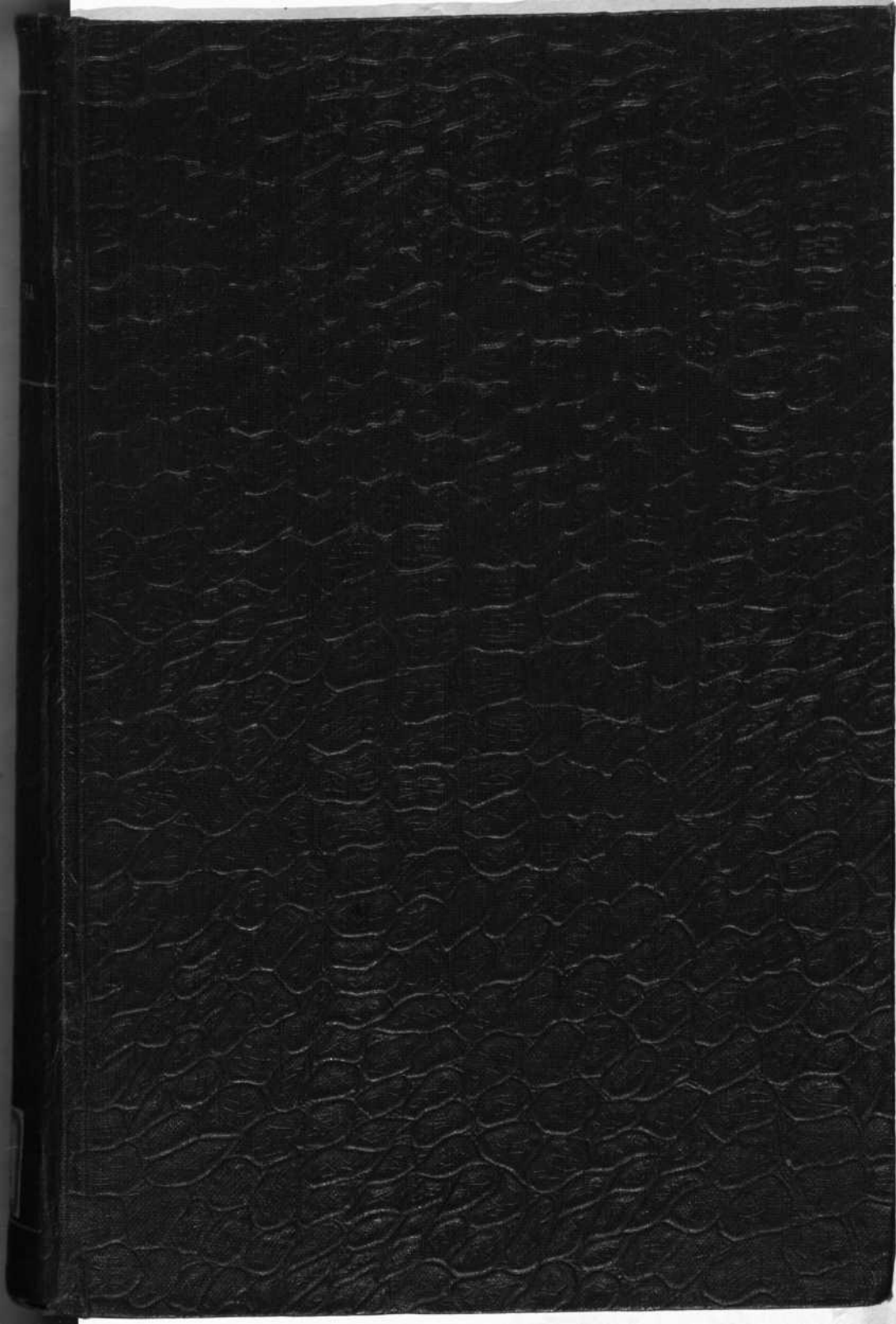
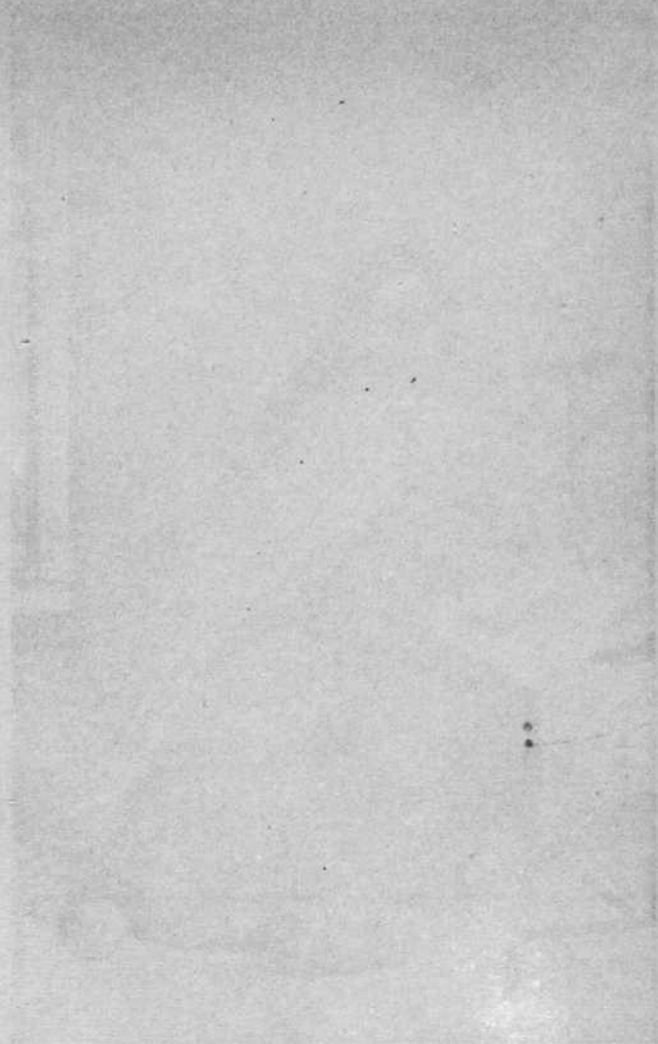


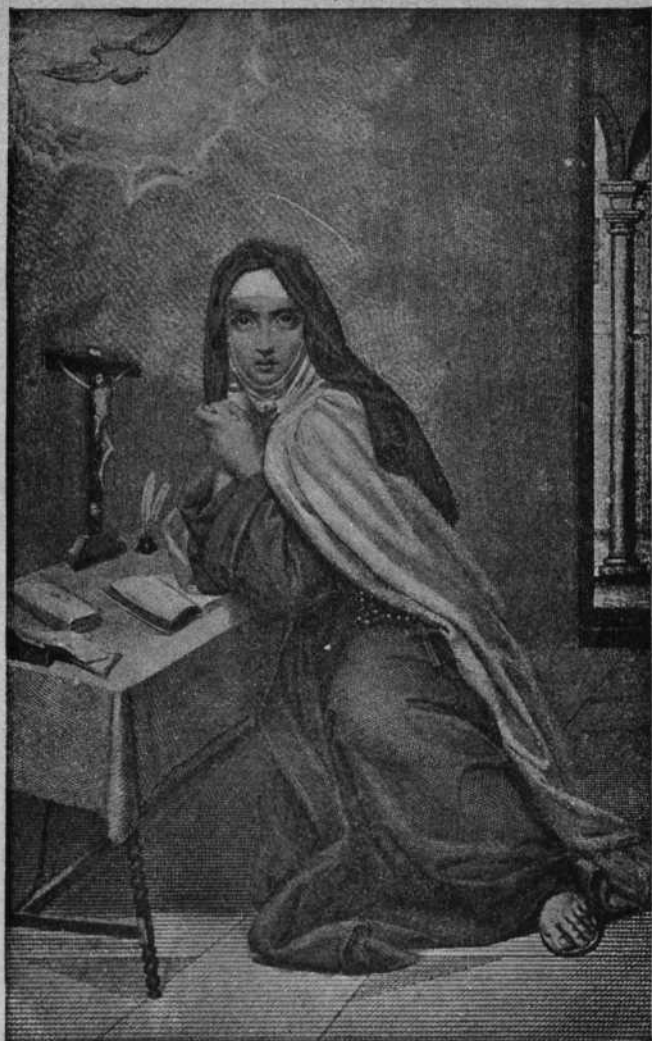




HISTORIA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS



Handwritten signature or text, possibly "H. H. H."



Keresztelyes

LA REFORMADORA DEL CARMELO

HISTORIA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

POR

DOÑA ISABEL CHEIX MARTÍNEZ

CON UN PRÓLOGO DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA, PBR.

Auditor del Supremo Tribunal de la Rota.

Con aprobación eclesiástica.

MADRID

IMP. DE LA SOC. EDIT. DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.—Teléf. 4.181.

—
1893



PROLOGO

QUISIERA yo ahora que descendiese de lo alto y entrase en mi pecho pecador alguna centellica del fuego santo que enardeció ya en este destierro el ánima purísima de Teresa de Jesús. Y esto por acertar siquiera á dar enhorabuena muy cumplida á la erudita y pía autora de este precioso libro, que hoy saca á luz pública con grande oportunidad para provecho de todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios é ignorantes. Veámoslo. No hay duda sino que Nuestro Señor, en su providencia admirable y paternal, trajo al mundo á la mística Doctora abulense, espejo clarísimo de todas las virtudes, cuando el apóstata renegado Martín Lutero, soberbio, ebrio y lujurioso, predicaba con su ejemplo y *libre examen* el culto y el amor de todos los vicios. Y cuando el espíritu de Satán, gobernador y dueño de aquel fraile infeliz y desdichado, le inspiraba el quebranto y relajamiento de los votos santos hechos en el santuario en pre-

sencia del Cielo y de los hombres, y el unirse en obsceno consorcio con una mujer también renegada y ciega de vergonzosas pasiones, el espíritu de Dios movía el ánima virginal y purísima de Teresa de Jesús á defender con reformas excelentes y regla más estrecha acá en España, aquellos mismos votos de pobreza, castidad y obediencia amenazados de muerte en las regiones de Alemania.

Por lo que, con harta y sobrada razón, exclamaba nuestra bendita Santa de Avila: «Estáse ardiendo el mundo: quieren tornar á sentenciar á Cristo, como dicen, pues le levantan testimonios, y quieren poner su Iglesia por el suelo. ¿Y hemos de gastar tiempo en cosas que, por ventura, si Dios se las diese, terníamos una alma menos en el Cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia... ¹.» Y así, con efecto, mientras el apóstata alemán y sus secuaces protestantes, dominados de instintos revolucionarios é infernales, destruían é incendiaban, sin respeto á la Religión ni al arte, los templos de Dios y sus tabernáculos, llenando de ruinas y de escombros el suelo de las naciones del Norte de Europa, Santa Teresa de Jesús y sus hijas las monjas de Nuestra Señora del Carmen, regidas y gobernadas por el divino amor, levantaban por toda España, y otros países más tarde, los humildes monasterios de su re-

1 *Camino de Perfección*, cap. I.

forma santa, moradas admirables y celestes de virginal pureza y austerísima penitencia. Y si Lutero echaba los cimientos del moderno racionalismo estableciendo y predicando furioso y loco el *libre examen*, fuente y origen de todas las rebeldías y revoluciones posteriores contra Dios, el orden social y los tronos, la transverberada Santa española propagaba con sus obras, sus hijas y su ejemplo el respeto y la adoración que la criatura debe de justicia á Nuestro Señor y Criador, asegurando así la obediencia más perfecta á la autoridad divina y á la humana; y esto hasta el punto de asegurar que daría su vida por la observancia de la última de las ceremonias de la Iglesia.

Es verdad notoria que los heréticos estragos, trastornos y sacrilegios cometidos por los protestantes y demás sectarios de Lutero contra nuestra santa madre la Iglesia católica apostólica romana, única y sola Iglesia de Jesucristo, contristaron el corazón de la gran Doctora Teresa de Jesús profundamente, los cuales no le dejaban sosiego ni paz en el ánimo, sino procurando por medio de sus maravillosas reformas desagruar al Divino Esposo, ofendido entonces por aquellos nuevos sayones, fariseos y escribas, los luteranos, zuinglianos, cismáticos y calvinistas. Todo esto consideraba ella mucho, y muy apenada escribía en el citado capítulo de su *Camino de Perfección* en esta forma: «Venida á sa-

ber los daños de Francia de estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho; y como si yo pudiera algo, si fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, y ansí determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada yo en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por Él se determina á dejarlo todo, y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerzas mis faltas, y podría yo contentar al Señor en algo, para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen á los que ha hecho tanto bien que parece le querrían tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no hubiese adonde reclinar la cabeza. ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto agora de los cristianos?»

Tales son los quejidos lastimeros de amor divino exhalados del corazón de Santa Teresa de Jesús, cuando veía en su tiempo perseguida con satánico furor á la fe católica, al Padre Santo y á la Iglesia de Dios. Y tal es el apostolado singular y poderoso que ella estableció con su reforma carmelitana, conviene á saber: observar con toda puntualidad los consejos evangélicos, y clamar y orar al Cielo sin descanso por los defensores de la verdad religiosa, desagraviando así de tamañas ofensas luteranas y persecución sectaria protestante al Divino Redentor del mundo, esposo de nuestras almas. Teresa de Jesús intentó con su instituto reformado enardecer y llenar de caridad la tierra que entonces ardía con el fuego infernal del protestantismo calvinista y luterano. Á la soberbia de aquellos sectarios, opuso nuestra Santa la más profunda humildad; á su protesta y rebelión contra la autoridad de Dios y de la Iglesia, la sumisión más cumplida y la más perfecta obediencia; y, finalmente, á la sensualidad inmundada y bestial de aquellas gentes heréticas y desenfrenadas, austeridad rigurosa y la pureza virginal.

De donde resultó que Lutero, con su ejemplo y sus doctrinas heterodoxas, perdía y era ruina de las almas á millares; la gran Doctora castellana con la penitencia propia y la oración, y también la de sus hijas, las ganaba, y aún gana copiosamente para Jesu-

cristo. Dichosa y felicísima aquella nuestra España, católica de verdad, enemiga irreconciliable de herejes y de herejías, á quien en premio de ello concedió el Cielo ser madre y cuna de San Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús, que con sus respectivas compañías, activa y contemplativa, fueron y siguen siendo antemural de errores protestantes-racionalistas, defensa de la moralidad de los pueblos, guardia permanente de la autoridad de las naciones, y remedios perpetuos y evitadores del naufragio eterno de las almas.

Esto mismo debió creer así y tenerlo por muy cierto la docta y diligente autora de esta nueva HISTORIA DE SANTA TERESA, al concebir la idea feliz y llevarla á cabo de mostrar como en relieve á la sociedad moderna el ejemplo, las obras, los escritos y las máximas saludables de aquella verdadera y enamorada Esposa de Cristo. Y tiene muy gran razón en ello; por que, cierto, no necesita menos la sociedad actual de los ejemplos admirables y santísimos de nuestra mística Doctora, que las gentes del siglo en que ella vivía. Y aunque alguno crea lo contrario, el estado moderno en toda Europa, sin dejar de lado á nuestra España, se halla, en su constitución, legislaciones y organismo, tanto, y á veces más ignorante, desdeñoso, perseguidor y privado de la vida sobrenatural y fe religiosa, que los Reyes y Gobiernos heterodoxos del siglo XVI. Demás que, si la poca fe de aquellos Estados

aparece hoy como muerta en los actuales, pero no lo está la influencia celestial y benéfica de la gran Reformadora del Carmen. La cual vive y vivirá en los siglos por venir en sus hijas observantísimas, y en sus obras maravillosas, llenas de sabiduría teológica, moral y filosófica, y leídas con tanto deleite estético-espiritual como literario y provechoso en todas las lenguas de Europa.

Acertada cosa y muy laudable hace, por tanto, la muy laboriosa señora Doña Isabel Cheix en ofrecer al mundo actual, é introducir en el seno y corazón mismo de nuestra patria, las sentencias, los ejemplos y las virtudes heroicas de Santa Teresa de Jesús. Nunca quizá como hoy fué tan necesario hablar á los pueblos el lenguaje tradicional, sublime y á la vez sencillísimo de la santa Reformadora, llamando y dirigiendo á las almas hacia las olvidadas regiones de lo sobrenatural y divino. La dolorosa y triste situación de las modernas sociedades lo está pidiendo así con gritos lastimeros, que ponen horror en el ánimo y quebrantan el corazón.

Y es todo esto así verdad indubitable, porque la Revolución se ostenta cada vez más osada y más feroz, y amenaza de muerte á toda idea de orden y de autoridad; los Gobiernos casi todos de Europa siguen arrancando de las naciones los mandamientos de la ley divina, único fundamento permanente de ellas, y plantando en su lugar le-

gislaciones impías, sembradoras de indiferentismo religioso y positivismo entre los pueblos cristianos; el lujo crece y fomenta la ruina de las familias; la inmoralidad es asombrosa, sin freno y desvengonzada; las artes y la literatura se ostentan desnudas de pudor, de respeto á los hombres, y de religión; la prensa sin creencias, insulta y escarnece á los misterios más sacrosantos de nuestra Religión, y hasta al mismo Dios Trino y uno; acabáronse las mordazas para los blasfemos; la pravedad herética, los judíos y gentiles pasean, vociferan y libremente propagan, por escrito y de palabra, sus errores deletéreos por todo el orbe; los protestantes, burlándose de todo freno civil y religioso, levantan templo público y capillas privadas en la capital de la católica España y en otros muchos pueblos de tan desventurada nación, con hartas y no bien consideradas ventajas para los Gobiernos extranjeros, como día no tardando se verá.

Pero, aparte de todo esto, las inteligencias de los hombres tórnanse cada día más esclavas del racionalismo enemigo de toda razón; el cual, ahora en nuestros tiempos, cubierto con capa y bautizado con el nombre vulgar de *liberalismo*, defiende y constituye independencia completa, individual y social, de toda autoridad divina y humana, propagando por mil caminos las libertades absolutas, imposibles y ya condenadas del pensamiento,

de la enseñanza, de la prensa, de la conciencia y de todos los cultos. De donde, y por manera lógica, nació la soberanía irrealizable del pueblo; el cual, con efecto, vestido y armado con lo que llaman derechos individuales, tomando el puñal por cetro y la dinamita por corona real, pretende apoderarse de la sociedad entera y acabarla de una vez para reemplazarla con la anarquía, el comunismo y el nihilismo.

¡Oh! Si levantara la cabeza hoy nuestra santa Doctora, no hay duda sino que repetiría con mayor pesar que en sus días aquellas exclamaciones suyas: «¡Oh Redentor mío! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¡Siempre han de ser de ellos los que más os fatiguen! ¡Á los que mejores obras hacéis; los que más os deben; á los que escogéis para vuestros amigos; entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos! ¡No están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos! ¡Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora! Pues á Vos os tienen tan poca ley. ¿Qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos mejor nos tengan ley? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad los cristianos? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial? ¡Que ya aquellos son del demonio! ¡Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus

deleites fuego eterno! » ¿Y adónde, sino al fuego eterno, han de ir á dar con sus almas y los cuerpos quienes tienen hoy entre cadenas al Vicario de Cristo en la tierra, verdugos en ello mismo de toda propiedad, y ponen trabas á la libertad de la Iglesia, nuestra amorosa y tierna madre, y llaman bien al mal, virtud al vicio, justicia á la iniquidad, á la verdad mentira, y persiguen de muerte á los hombres enteramente fieles á Dios y á su Cristo, y por lo mismo á la patria?

Bien hacen, pues, los hombres de buena voluntad, y entre ellos nuestra elegante escritora sevillana, en poner diques al torrente devastador y espantable de la moderna revolución liberal antes que consuma y borre de la superficie del mundo toda idea de verdadera cultura, libertad y ciencia, y convierta la sociedad humana en la piara inmunda de Epicuro. Y dique sin duda es, eficaz y poderoso, en los tiempos recios y difíciles que ahora atraviesa el humano linaje, levantar en alto la bandera del Evangelio y de la cruz de Cristo, Dios y hombre verdadero, criador y redentor de todos los mortales, Padre omnipotente y amoroso de las almas, Pastor divino y regidor infinitamente sabio de los hombres, Hermano primogénito y Cabeza por dignación inefable de todos ellos, Rey de reyes, Señor y dueño absoluto de las naciones ganadas para el Cielo en buen combate, y compradas en rigurosa justicia con el precio

superabundante de su sangre y de su misma vida en cuanto hombre.

Y cierto que nuestra santa y mística Doctora de Ávila izó como pocos aquella celestial bandera, y la tiene aun hoy mismo levantada muy en alto, mostrándonos en ella su triple y nobilísima misión, conviene á saber : pelear noche y día contra los errores y las herejías con las bien templadas armas de la oración y meditación; rogar con lágrimas y quejidos, desde el fondo del alma, por la conversión de los pecadores; y, finalmente, levantar y encaminar á los hombres al Cielo, desasiéndolos de la tierra; dirigirlos á Dios, su Criador, apartándolos de las criaturas. En una palabra, ofrecer al mundo el ejemplo continuo y permanente de su instituto reformado, donde todos admiren en la observancia regular la obediencia á las autoridades del Cielo y del suelo; en la penitencia del claustro, la victoria sobre la carne y las pasiones; en la pobreza, el desprecio de la materia y las riquezas; y en la oración, el servicio divino, el propio conocimiento y el de Dios. Máximas y principios todos ellos fundamentales y muy propios para ser cimientos solidísimos de la sociedad y la familia, y llevar los hombres al fin supremo y último para el cual viven y fueron criados.

Pues el nuevo libro intitulado *HISTORIA DE SANTA TERESA DE JESÚS*, compuesto por la señora, literata piadosísima, Doña Isabel Cheix,

viene ahora con suma oportunidad, según se ha visto, á poner una vez más de manifiesto; para salud de la extraviada sociedad actual, la doctrina admirable teológico-mística de Santa Teresa de Jesús, que, como apuntado queda, no es otra más de la predicada en los santos Evangelios por la Iglesia de Dios. Pero enseñada y explicada desde aquella cátedra del alma virginal, amantísima, y con el lenguaje sencillo, dulce é inimitable de la Santa Doctora, amén de ser ahora en este precioso libro ofrecida en cuadros muy bellos, llenos de verdad, de luz y de poesía por nuestra escritora sevillana, ha de tener, sin dudarlo un punto, singular encanto, utilidad y provecho para todo linaje de fieles cristianos, particularmente para los españoles. Lo cual no será á nadie maravilla si se considera ser la doctrina del presente libro la misma que formó el corazón de todos los santos y transverberó el de Santa Teresa de Jesús, siendo servida ahora aquí, en mesa limpia y deleitosa, de buena literatura por una devota suya enteramente esclava de la fe católica y de la divina voluntad.

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA.

Presbítero.





CAPITULO PRIMERO

HORAS TRISTES

I

SOBRE una colina al final de la Sierra de Guadarrama, donde ésta tiene su mayor depresión y llega á formar el nudo que la une á la cadena de Gredos, se halla situada la noble y antiquísima ciudad de Avila, que ha merecido ser llamada de los *Caballeros, del Rey* y de los *Santos*; es capital de la provincia de su nombre en Castilla la Vieja, y su historia, llena de hechos gloriosos, da grandes ejemplos de patriotismo y lealtad en todas las épocas de su larga y combatida existencia.

El tiempo, que tantos esplendores le ha robado, la mantenía floreciente y rica por los años de 1527; la corriente del cristalino *Adaja* movía sesenta ruedas de los veinte molinos que, diseminados en sus pintorescas orillas, parecían blancos nidos de palomas entre el verde sombrío

de las frondosas arboledas; grandes álamos y copudos olmos embellecían el terreno rudamente accidentado, y por cualquier lado que se contemplara la ciudad, los muros fortísimos y macizas torres que la rodeaban, tenían el severo aspecto de un esforzado campeón que reposa sobre sus laureles.

Ocho puertas convenientemente distribuidas en la circunferencia de las murallas daban paso al seguro recinto, donde con tanto valor supieron defender los avileses á los reyes niños que la justicia y la razón confiaron en diversas ocasiones á su probada lealtad. Pero lo grandioso del exterior no correspondía á lo estrecho y sombrío del interior, que era un laberinto de calles tortuosas, propias de una población esencialmente guerrera, donde cada edificio de piedra podía considerarse un verdadero castillo. La belleza del arte no se conocía: en cambio abundaban los medios de defensa, indispensables para los alborotos y turbulencias que habían llenado de agitación los últimos reinados.

En el lugar que ocupa hoy la iglesia de la *Santa*, y que anteriormente ha sido convento de carmelitas descalzos, se alzaba, en la época que empieza nuestra narración, una hermosa casa sólidamente construída; formaban la portada principal dos columnas de piedra toscamente labrada, que sostenían un friso y cornisa, los cuales, á su vez, sustentaban el escudo de armas, pública enseña de la nobleza de los dueños. La puerta, de roble macizo, con gruesos clavos y aldabones de hierro, correspondía, por su elevación, á la severa majestad de la fachada; con el

objeto de dar luz á las habitaciones, más bien que con propósito de embellecer la obra, se abrían aquí y allá algunas ventanas, defendidas por gruesas rejas y cubiertas de menudas celosías. Coronaba el edificio un tejado con ancho voladizo, sólidamente apoyado en canalones de piedra, y á los extremos se alzaban dos torrecillas rematadas por veletas de hierro en forma de cruz. La casa-palacio que describimos formaba un cuadro aislado, y tenía á la espalda una espaciosa huerta, cuyos elevados árboles superaban los muros de piedra de sillería empleada, como en ellos, en el resto de la suntuosa fábrica.

II

Caía la tarde de un día de otoño, y el cielo estaba cubierto de pesadas nubes grises, que se amontonaban á impulsos del viento áspero y frío que soplaba con violencia del lado de Guadarrama; mas á pesar de lo desapacible del tiempo, multitud de personas se hallaban reunidas ante la puerta de la casa que hemos descrito, y una inquieta curiosidad, á la vez que grave desconsuelo, se retrataba en todos los semblantes, leyéndose en ellos que algún acontecimiento triste era causa de la actividad con que los criados de la señorial morada iban y venían, como si obedecieran órdenes contradictorias. De vez en cuando, nobles caballeros ó venerables religiosos traspasaban los umbrales, mientras algunos de los que esperaban en la calle, pobres mendigos que tiritaban, sin abandonar su puesto de observación cambiaban frases en voz muy baja y mira-

ban como si, á través de los muros, quisieran ver lo que tanto les interesaba y afligía.

Un molinero que bajaba la calle se detuvo frente á la puerta y miró á los grupos, deseoso de conocer el motivo de tan sombría y silenciosa reunión; por fin alcanzó á divisar una anciana pobre pero aseadamente vestida, y llegándose á ella la saludó con estas palabras :

— Dios la guarde, Mari Téllez: ¿podría decirme vuesa merced qué sucede en casa de los Sánchez de Cepeda?

— ¡Ay! —suspiró la mujer. —¿De dónde vienes, hijo, que lo ignoras?

— Del molino; quince días hace que estoy en él, y ni mis amigos han ido allá, ni yo he puesto los pies en Ávila hasta ahora.

— Entonces comprendo que nada sepas; pero con pocas palabras estarás al cabo de nuestra pena: Doña Beatriz Ahumada se halla en la agonía.

Una dolorosa sorpresa contrajo el rudo semblante del molinero.

— ¡Jesús mil veces! —exclamó. —No quiere Dios para casado al Sr. D. Alonso: perdió á Doña Catalina del Pero, que era una dama como unas flores, y va á quedarse sin Doña Beatriz, que es un ángel del cielo: ¡pobrecitos hijos! Ahora sabrán lo que son penas: *pues aunque los duelos con pan son menos, el que tiene madre, muérasele tarde.*

— No son los herederos de D. Alonso los únicos huérfanos en este caso, —añadió reuniéndose á los interlocutores otro pobre menestral; — todos los necesitados de Ávila pierden con Doña Bea-

triz la más buena y cariñosa de las madres.

Una campanada lenta y sola hendió el espacio: era el toque de agonía que recordaba al pueblo la piadosa costumbre de rogar por el alma que iba á comparecer en la presencia de Dios.

Todas las cabezas se descubrieron, y el murmullo de fervorosas oraciones subió al cielo como el perfume de la más ardiente gratitud.

—Aun me parece verla con su entenada Doña María en San Salvador, —dijo tristemente la anciana, transcurridos algunos instantes de silencio; — apenas hace un mes, y su hermosura resplandecía como la de los santos. La verdad: aunque ha padecido muchas enfermedades, nadie hubiera juzgado tan próximo su fin.

—¡Bendito Dios que tales criaturas envía á la tierra! ¡Lo que puede sentirse que sea tan breve su jornada! ¡No hay otra Doña Beatriz para atraer los corazones con su honesto y apacible recato!

—¡Y en la flor de la juventud!

—¡Como que no ha cumplido treinta y tres años!

—Sólo su piedad y cristiana resignación pueden hacer á D. Alonso sobrellevar tal desgracia.

—*De buenas armas es armado el que con buena mujer es casado*, —dijo sentenciosamente el molinero; —paréceme que el reflejo de las virtudes de Doña Beatriz hace un santo del marido y un coro de ángeles de los hijos.

—Difícilmente se hallará, no digo ya en Avila, sino en toda España, casa más honrada que ésta; tanta es la caridad de los señores, que jamás han querido tener esclavos.

—Bien la demuestran con una negra de su hermano, que se halla hace algunos meses con ellos; D. Alonso la regala como á sus hijos, y dice que «de que no es libre no lo puede sufrir de piedad. Es además hombre muy honesto y de gran verdad: nadie le ha visto irritarse, jurar ni murmurar.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. I, núm. 1.)

—Matrimonios tan bien avenidos es un dolor que haya de separarlos la muerte, y más cuando hay por medio doce hijos como soles.

—¡Ay, si la Santísima Virgen quisiera hacer un milagro en favor de esta enferma, siquiera por el esmero que ha tenido en inspirar á sus niños la más tierna devoción á Nuestra Señora!

Un criado que salía precipitadamente, interrumpió las conversaciones de unos y el rezo de otros.

—¿Cómo está? ¿cómo está?—preguntaron muchos á la vez.

—¡Rogad á Dios por ella!!!

Sordos gemidos, sollozos y lágrimas respondieron á estas frases que tan desconsoladora verdad revelaban, mientras la vibración de la campana volvía á mezclarse con los imponentes silbidos del huracán.

III

Penetremos en la espléndida morada un cuarto de hora antes que franqueara sus umbrales el atribulado sirviente; atravesemos un gran patio empedrado, subamos la ancha escalera de piedra, y á través de espaciosas galerías y salo-

nes amueblados al gusto de la época, lleguemos á la cámara donde, con la resignación de una santa, agonizaba Doña Beatriz Ahumada, noble y digna consorte del virtuoso caballero Alonso Sánchez de Cepeda.

Su esposo, su entenada María y los hijos mayores, sumidos en doloroso silencio, rodeaban el lecho de encina tallada donde la ilustre dama sufría la última y suprema lucha de la vida con la muerte; de pie á la cabecera, un religioso recitaba las oraciones de los agonizantes, y el resplandor de una vela hacía resaltar sobre la blancura de las almohadas el cadavérico semblante de la moribunda y la diáfana palidez de sus manos cruzadas, que estrechaban convulsivamente un crucifijo.

Doña Beatriz parecía gozar un éxtasis dulce y reposado; sólo de vez en cuando un ligero estremecimiento alteraba su aparente quietud. Después de uno de ellos se agitó con más violencia, dirigió sus miradas alrededor del lecho, como si quisiera reconocer á los que allí estaban, y pronunció claramente estas frases:

—¡ Mi hija, mi Teresa!!

Una pobre negra, la misma á quien aludían los que hablaban en la calle, se levantó del pie del lecho donde sollozaba, y miró á D. Alonso como preguntándole qué hacía: bajó éste la cabeza en señal de asentimiento, y la negra se deslizó rápidamente fuera de la estancia.

Iba á conducir al lado de su madre á la más querida de los hijos, que tenían alejada de aquel triste espectáculo por exceso mismo de amor.

IV

Poco después se levantó el pesado tapiz que cubría la puerta, y una hermosa adolescente penetró en la cámara.

Dolorosamente impresionada por aquel cuadro, cuyo horror superaba á cuanto su juvenil imaginación había temido, se detuvo un instante sin atreverse á adelantar. Podría tener doce años, pero estaba muy crecida y admirablemente proporcionada; el cabello negro, revuelto y magnífico, contrastaba con las cejas rubias un tanto oscuras, bajo las cuales centelleaban, adornados de sedosas pestañas, sus hermosos ojos negros, velados de lágrimas; el rostro, ordinariamente fresco y rosado, estaba pálido como la cera, y en las redondas mejillas se notaban las huellas del llanto, como la del rocío en los delicados pétalos de las flores; quizá por efecto de la misma palidez resaltaban en aquel hechicero semblante tres lunares de un negro aterciopelado; uno al medio de la fina y correcta nariz, en el lado izquierdo, otro entre ésta y la rosada boca, y el tercero bajo el labio inferior.

Pero si la hermosura física era admirable en esta niña, si su honesto y decoroso ademán cautivaban desde luego, las sublimes perfecciones de su alma la hacían objeto del más tierno amor para toda la familia: era un brillante sin precio engastado en la filigrana de oro de la belleza corporal.

Dominando su profunda emoción y la pena amarguísima que le desgarraba el pecho, adelan-

tó suavemente, como temerosa de turbar con el ruido de sus pasos el silencio de muerte que reinaba; así llegó al lado de Doña Beatriz, y, arrodillándose, tomó una de sus manos helada ya, que cubrió de lágrimas y besos. A este dulce contacto, la moribunda abrió los ojos y dirigió en torno suyo una tierna mirada de elocuente despedida; fijóse por último en Teresa, y una leve sonrisa dilató sus cárdenos labios; retiró penosamente la mano que la niña estrechaba, y la apoyó en su destrenzada cabellera.

—¡¡ Bendita...!! ¡¡¡ Bendita...!!!—murmuró.

Cerró después los ojos, y pareció sumergirse en tranquilo sueño.

Al oír la adorada voz de su madre, Teresa sintió llenarse su corazón de esperanza, y miró á D. Alonso como preguntándole:—¿Está mejor?

Un sollozo de su hermana María le arrebató sus ilusiones; al mismo tiempo el religioso exclamó con acento solemne:

—¡Bendito sea el que muere en el Señor! ¡Descanse en paz!

—Amén,—contestó entre lágrimas el afligido esposo, mientras cubría piadosamente el rostro de la amada compañera de su vida y tendía luego los brazos á sus hijos, que se precipitaron en ellos como para buscar refugio en la tempestad de dolor que se desencadenaba sobre sus cabezas.

¡Grande y sublime es la muerte del justo que, resignado á la voluntad de su Creador, descansa de la batalla de la vida confiado en la misericordia del que le redimió con su sangre en el árbol de la cruz! ¡A cuántas reflexiones se presta en-

señanza tan saludable, y con qué dolor se ve que no todos los cristianos se aprovechan de ella! Los últimos momentos del verdadero creyente son dulces y serenos; los del impío horribles y llenos de espanto, no sólo para él, sino para cuantos le rodean.

V

Cesó el toque de agonía, y en su lugar hicieron las campanas la primera señal de doble.

Avila entera se conmovió al oírle; todos perdían en Doña Beatriz algo digno de eterna memoria; sus iguales, el perfecto modelo de las virtudes más sencillamente practicadas; la amiga bondadosa é indulgente, pronta siempre á consolar al que sufría; la sabia consejera, cuyo claro talento allanaba las situaciones más difíciles; los pobres, su constante bienhechora y tierna madre, especialmente de los más humildes y desvalidos.

Mientras rodeados de parientes y amigos se entregaban los individuos de la familia á su justo dolor, ó cumplían los penosos deberes propios de tan tristes circunstancias, hubo algunas horas de trastorno y separación, durante las cuales Teresa fué completamente olvidada. Aprovechando esta libertad, sin darse cuenta de ello, la niña se apresuró á buscar la soledad; pero un desasosiego infinito no le dejaba punto de reposo; ligera como una sombra cruzaba las cámaras y galerías, casi todas oscuras; pues aunque había cerrado la noche, el desorden y confusión que en la casa reinaban no permitía á los criados alumbrarla convenientemente.

No hay nada comparable á la tortura moral que sufre el corazón cuando pasa por tan dolorosas pruebas, mucho más crueles para la criatura educada en el seno de una felicidad sin nubes, cuyo primer pesar es la pérdida de una madre tiernamente amada : así, aunque su ardiente fe endulzaba algo á Teresa la amargura y gravedad de tal pena, como no hecha á sufrirlas se hallaba abrumada, y con tan hondo vacío en sus afecciones, que le parecía no bastaba á llenarlo ni el amor de su padre ni el tierno cariño que la unía con sus hermanos. Los sollozos la ahogaban, y, rebeldes los labios, se negaban á exhalarlos : el ardor de la fiebre había secado sus ojos, y asombrábase la inocente de tener tan gran sentimiento y no serle posible derramar las abundantes lágrimas, que fácilmente consuelan los pesares de la infancia.

Al pasar de una habitación á otra hallóse en la cámara donde hacía labor con su madre, y ante una imagen de la Virgen, á quien Doña Beatriz tenía suma devoción : iluminábala dulcemente la luz de una lámpara, y al fijar la niña en ella sus ojos, sintió llenársele el alma de celestiales consuelos. Todo en aquella estancia le hablaba de la madre que había perdido; y aunque veía en cada objeto un recuerdo, se encontraba mejor que en ninguna otra parte: allí estaba el sitial de roble esculpido donde se sentaba; el cesto de la costura perfectamente arreglado por ella, la rueca medio llena de lino y el huso pendiente á su lado: en fin, sobre una mesita, el rosario y el libro de Horas en que diariamente rezaba.

A medida que Teresa reconocía y saludaba

desde el fondo de su alma, como tesoros de inapreciable valor, todo lo que á su madre había pertenecido, los ojos se le llenaban de lágrimas, y, por último, éstas descendieron á raudales por sus mejillas. Arrodillóse delante de la Virgen, y tendiendo hácia Ella sus temblorosas manos, exclamó :

— ¡Santa Virgen María, ya no tengo madre; sólo Tú, que lo eres de todos los huérfanos y afligidos!

Bastantes años después, al referir este triste episodio, decía con elocuencia y tierna sencillez:

« Cuando murió mi madre, quedé casi de edad de doce años; al empezar á entender lo que había perdido, fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza me ha valido, pues conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á Ella. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. I, núm. 3.)

VI

Las oficiosas conversaciones de los pobres vecinos que rodeaban la casa de la familia Cepeda, nos han hecho saber la piedad y eminentes virtudes que la adornaban, así como el escudo de armas publicaba los blasones de su calificada nobleza; la ternura y dignidad, el valor y honradez de D. Alonso, preciosa herencia de sus antepasados, igualaba con los méritos de su consorte y las inocentes gracias de la numerosa prole que el Señor se había dignado concederles. Hermosura,

candor, vivo ingenio y madura razón, unidas á los encantos infantiles, se hallaban abundantemente repartidos en aquel coro de ángeles humanos, que no sólo encantaban á sus padres, sino á cuantos tenían la dicha de tratarlos.

Sin embargo, en este plantel de escogidas flores descollaba una como el lirio entre el musgo de los valles, y creemos inútil decir que era Teresa.

El miércoles 28 de Marzo de 1515, á las cinco de la mañana, abrió sus ojos á la luz la que había de brillar como fúlgida estrella en el hermoso cielo de la Religión. Reinaba en Castilla Doña Juana, madre del emperador D. Carlos, y gobernaba por ella su padre D. Fernando el Católico; presidía la Silla de San Pedro el Pontífice León X, y faltaban menos de dos años para que el perverso Lutero levantara la bandera de su abominable herejía. ¡Misteriosos designios de la Providencia, que para contrarrestar los males que había de causar el apóstata agustino hacía nacer á la heroica virgen para remedio y salvación de innumerables almas!

¿Por qué secreto impulso inscribió Cepeda la nota de esta fecha venturosa, con detalles que no tuvo con ninguno de sus otros hijos? ¿Sintió acaso presentimientos de los altos destinos que el cielo reservaba á la tierna criatura? Extraño es que en familia tan numerosa, donde había varones de esclarecido mérito que perpetuasen el ilustre nombre de la casa, se acogiera esta niña con tanto amor como alegría; todos la consideraban como si fuera sola, y desde el primer instante de su vida la rodearon de comodidades y regalos,

disputándose el placer de acariciarla y satisfacer sus menores deseos. Esta atmósfera de tranquila paz y extenso cariño sembró en ella el germen de la exquisita delicadeza y suave ternura para con sus semejantes, que fué el motor principal de sus nobles acciones.

No tuvo, por cierto, que arrepentirse nunca la familia del afecto que le prodigó. Teresa era dulce, sumisa, aplicada y agradecida; jamás aprovechaba la influencia que tenía sino para ejercer el bien, á medida que sus débiles fuerzas alcanzaban; sin engreirse de las preferencias de que era objeto, lo que en otras criaturas hubiera sido causa de soberbias inclinaciones, en ella fué como rocío del cielo que fertiliza la buena tierra y le hace dar ciento por uno de la semilla que se le confía.

¿Cuándo aprendió á leer? Sin duda poco después de hablar; era muy pequeña, y ya deletreaba en un libro de Horas de su madre; escuchaba con avidez las lecciones que oía recitar á sus hermanos, y conservaba en la memoria todo lo que podía de ellas. Despierta cada vez más su inteligencia y sabiamente dirigida, gustábanle mucho las Vidas de Santos, y procuraba imitar en sus acciones los benditos modelos que siempre tenía á la vista. Vamos á referir un episodio que prueba hasta qué punto se impresionaba de lo que leía aquella infantil imaginación, y de qué modo se despertaba en su pecho el anhelo de servir á Dios y padecer por él.

VII

Una tarde, D. Francisco Cepeda, hermano de D. Alonso, paseaba por las orillas del Adaja, cuando, al salir de una senda rudamente accidentada, se halló á la entrada del puente con sus sobrinos Rodrigo y Teresa: ésta de poco más de seis años, y aquél de cerca de ocho.

Los niños se detuvieron al verle, bajaron los ojos, y un vivo encarnado cubrió sus mejillas, mientras el anciano, que en balde buscaba por los alrededores la persona que debía acompañarlos, frunció las pobladas cejas y aumentó con la severa expresión del rostro el temor de los dos hermanos.

—¿Qué es lo que veo?—dijo al fin lentamente.—¿Por qué os encuentro solos y tan lejos de vuestra casa? ¿Dónde vais?

Rodrigo no contestó: temblaba como la hoja en el árbol, y disimuladamente daba con el codo á su compañera, invitándola á responder; el ceño del tío aumentó con tal silencio, y ya amenazaba la situación tomar un sesgo desagradable cuando la graciosa niña, adelantándose con una entereza que probaba su firme resolución, replicó tranquilamente:

—«No nos riña vuesamerced, querido tío; vamos á tierra de moros á pedir que nos descaecen por amor de Nuestro Señor Jesucristo.» (P. Yepes : *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, cap. I, fol. 11.)

Hondamente conmovido de tanta inocencia y ardiente amor á Dios, D. Francisco respondió con

más blandura de la que se hubiera podido esperar.

—Vamos, vamos á casa por ahora; dejaos de eso, y si el Señor os quiere para mártires, ya os enviará la corona cuando sea su voluntad.

Los dos hermanos cambiaron una triste mirada, pero obedecieron en silencio y tornaron, conducidos por su tío, á la morada señorial, donde reinaba la alarma consiguiente. El amor que todos profesaban á Teresa hizo que no la molestaran con riñas, aunque humildemente se acusó de haber inducido á Rodrigo para que la acompañara en su determinación. Pero convencida por las reflexiones de Doña Beatriz, si bien continuó las piadosas lecturas, dió otro giro á sus deseos.

Ella misma, al referir los sucesos de su niñez, explica así el cambio verificado en los proyectos que hacía para el porvenir:

«Desde que vi era imposible ir adonde me matasen por Dios, determinamos Rodrigo y yo ser ermitaños, y en la huerta de nuestra casa hacíamos ermitas formadas con piedrecillas, que luego se nos caían. Como en mis padres hallaba favor para todo lo que fuese virtud, hacía las limosnas que podía, procuraba soledad para rezar mis devociones, y en especial el Rosario de Nuestra Señora, de que mi madre era muy devota, y nos hacía serlo: gustábame mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas, y aun me parece deseaba yo serlo.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. I, núm. 2.)

Pero los días de tranquila felicidad acababan de desaparecer con la inesperada muerte de Doña

Beatriz, y harto pronto iba su hija á experimentar que los tormentos morales son á veces más crueles que los físicos; por fortuna la había dotado el Señor de una grandeza de alma que había de darle la victoria en las luchas de la vida.





CAPITULO II

CONFIDENCIAS

I

LA campana del convento de agustinas de Santa María de Gracia, en la ciudad de Ávila, había anunciado la hora de recreación.

La huerta era grande y bien cultivada: las hortalizas extendían en la tierra sus anchas y lustrosas hojas: los árboles mecían sus ramas cargadas de sabrosos frutos: rosales y enredaderas cubrían los muros de variados tapices, y aquí y allá, grupos de plantas llenas de flores alegraban los ojos y perfumaban el ambiente; algunas educandas corrían por las estrechas y arenadas calles como una bandada de mariposas, mientras otras se divertían en arrojar pedacillos de pan á varios patos blancos como la nieve que nadaban en un ancho estanque, y que con sus ojos brillantes como rubíes seguían todos los movimientos de sus infantiles proveedoras. Ocu-

padas en vigilar los inocentes recreos de estos grupos alegres y bulliciosos, las religiosas paseaban gravemente, ó sentadas en los bancos de piedra se abstraían en místicas lecturas.

Apoyada en el tronco de un copudo castaño, y embebida en silenciosa meditación, estaba una doncella vestida como las pensionistas, en la cual era fácil reconocer por su hermosura á la noble hija de Alonso Sánchez Cepeda. Los tres años pasados desde la muerte de Doña Beatriz le habían dejado nuevos atractivos para aumentar la simpatía que inspiraba desde niña. Indiferente á los juegos de sus compañeras, dejaba vagar sus miradas sin fijarlas en objeto alguno; diríase que ni el ruido llegaba á ella; así, al verla tan hermosa y tan serena, adivinábase que gozaba su espíritu uno de esos momentos de calma cuya memoria es el mayor consuelo en las amarguras de la vida.

II

Rato hacía que una religiosa anciana miraba á Teresa, complaciéndose, al parecer, en la expresión de aquel rostro encantador; con frecuencia venían á distraerla las educandas; pero aunque no le agradase, prestaba atención á sus infantiles querellas, dulcificaba los ánimos y las despedía juzgadas y consoladas, volviendo luego á su observación.

Doña María Briceño era el nombre de esta señora, cuya bondad é inteligencia la hacían una de esas criaturas que pasan por el mundo para dejar en él la estela de sus méritos y virtudes. El

espíritu había llegado á dominar al cuerpo de manera que su vida era como el perfume de un incienso purísimo, elevado sin cesar ante el trono de su Creador. Las arrugas propias de la avanzada edad que alcanzaba, no surcaban el pálido marfil de su frente; los ojos, dulces y claros, tenían siempre miradas compasivas para los sufrimientos de sus semejantes, y de inmenso amor para el cielo. Sus labios se entreabrían sólo para dar consuelos ó aconsejar con prudente suavidad; era un alma que no ligaban á la tierra otros lazos que los de la caridad más ardiente; sólo ella no comprendía la grandeza de sus méritos, y cuanto más se humillaba entre sus hermanas, más placía al Señor elevarla con dotes extraordinarias : decíase, procurando no lo entendiase, que algunas religiosas habían visto desprenderse del espacio una estrella y desaparecer en su pecho; así, el respeto que le profesaban era tan grande que se oían sus palabras como sentencias de perfecta sabiduría.

No se crea por lo que decimos que la buena religiosa, abstraída en las místicas delicias de sus santas contemplaciones, se descuidaba en el exacto cumplimiento de sus deberes, por penosos que fueran; ninguna más capaz que ella para instruir á las pensionistas, vigilar sus juegos en las horas de recreación y guiarlas siempre por el sendero de la virtud; mas á pesar de que nunca disimulaba ni la falta más leve, era amada de todas con tiernísimo y filial afecto.

Si nos hemos detenido en la descripción de este verídico retrato, es porque la influencia de alma tan justa fué grandemente provechosa á la

niña Teresa ; hacía un año que ésta había sido llevada al convento , y los primeros días de su estancia en él se le hicieron amargos en extremo ; sombría y preocupada , callaba sus penas , pero no sabía ocultarlas ; y alarmada entonces la ternura de Doña María , acudió al remedio con la prontitud que tan delicada situación reclamaba. ¿Qué afligía á la hermosa adolescente? ¿Por qué sus ojos sellenaban de lágrimas cuando todo se reunía para halagarla? La religiosa aparentaba no advertir aquellas tristezas , pero siempre tenía un buen consejo , una dulce palabra ó una piadosa lectura para distraerla y consolarla ; esta prolija labor de caridad dió pronto admirables frutos ; Teresa se hallaba cada día más contenta en la casa de Dios ; á las nubes que obscurecían su frente sucedieron risas alegres como las alboradas de primavera , y Doña María , profundamente conocedora del corazón humano , comprendió que , aunque nada hacía para provocarlas , en breve recibiría las confidencias de aquel alma.

Hemos dicho que esta tarde observaba á la niña , y sin que ella lo notara se acercó suavemente ; pero la ligera sombra que proyectó fué bastante para distraerla de sus pensamientos.

—Perdone Su Reverencia,—dijo como si se excusara.

—¿Y qué he de perdonarte , hija mía?—repuso con afabilidad la religiosa.—En nada se puede ocupar con más provecho el tiempo de recreación que en meditaciones piadosas y dignas de la gloria del Señor , cual me parecen que han de ser las tuyas ahora mismo.

—¡Ojalá fuera así! Pero hay tanta vaguedad

en mis ideas, que me sería imposible explicarlas.

—Entiéndelas el Señor, que te las inspira, y esto es bastante ; cuando quiera que puedas decir las, iluminará tu inteligencia y abrirá tus labios para que cantes sus alabanzas.

—¡ Oh ! Si alguna vez lograra dominar la ruindad de mi espíritu y ensalzarle de continuo, ¡ qué dichosa sería !

Al hablar así la maestra y la discípula, habían empezado á pasear, y se detuvieron junto á un banco rústico, situado en lo más solitario de la huerta. El sitio era agreste y delicioso ; algunos naranjos le daban sombra, y de uno en otro se enlazaban vistosas enredaderas, formando una bóveda de frescura y verdor ; veíase desde allí jugar á las niñas sin que el ruido turbara el agradable sosiego, que sólo interrumpía el manso rumor de una fuente medio oculta por las altas hierbas que la rodeaban. Sentóse Doña María, é invitada por ella, Teresa se colocó á su lado muy contenta de tal distinción.

III

Profundo silencio reinó durante largo rato entre aquellas dos criaturas tan á propósito para comprenderse y amarse. La hija de Cepeda, hondamente conmovida, sentía nacer en su corazón afectos de tierna melancolía y suavísima dulzura, entre los que descollaba una simpatía irresistible hacia la que hasta entonces había sido su maestra ; el respeto se trocaba en confianza, y ésta la movía á tomarla por amiga y consejera ; si algún recelo pudiera quedarle, el recuerdo de las

bondades que le debía, y sobre todo aquella dulce mirada que se infiltraba en su alma, hacían cada vez más necesario este cambio en sus mutuas relaciones.

Bien comprendía la religiosa los sentimientos que agitaban á su querida discípula ; mas sin parecer advertirlos, miró en torno de sí con íntima satisfacción y exclamó :

— ¡ Bendito sea mil veces el Señor, que tanta paz concede á los que de corazón se la piden ! Cada día me hallo más alegre en mi retiro, y no trocaría esta felicidad por ninguna de la tierra.

Teresa suspiró é inclinó la cabeza ; no comprendía la grandeza de los sentimientos que inspiraban tales palabras, porque la vida consagrada al trabajo y la penitencia espantaba su corazón, acostumbrado al regalo y bienestar de la esfera en que había nacido

— Yo, hija mía, —añadió la anciana llevando con mucha naturalidad la conversación al terreno de las confianzas, —soy una prueba viva de la misericordia de Dios. ¡ Por cuántos caminos me ha llamado, y de qué medios se ha valido para ganarme el corazón ! ¿Sabes lo que me trajo á ser religiosa cuando más lejos de ello estaba mi ánimo ? La lectura de los Santos Evangelios : aquellas palabras de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*, me decidieron á trabajar todo lo posible por ser uno de éstos. ¡ Y qué premios otorga Su Majestad á los que dejan, por seguirle, cuanto poseen ! ¡ Cómo se marcha sin pereza, se sufre con alegría, se olvida la tierra y se piensa sólo en el cielo !

— ¡ Ay, madre, —exclamó tristemente la ni-

ña;— para hallar fácil el servicio de Dios es preciso ser santa, como lo es Su Reverencia !

— ¡ Dulce Jesús mío ! No pienses ni digas semejante locura ; soy la más ruin de las pecadoras ; no lo olvides jamás.

—Si juzgáis así vuestra vida, consagrada como está á tan santos deberes, ¿ qué diréis de la mía? Escúcheme Su Reverencia por caridad: quiero decirle las miserias que me acongojan, y déme por Nuestro Señor algún consejo, que harta necesidad tengo de él.

—Habla, hija, y confiemos en que Dios me iluminará para tu bien.

Teresa meditó algunos instantes, y después empezó así :

IV

—No sé, madre, cómo llevar á vuestros oídos el relato de todas mis malas obras ; mas como creo que sólo viendo lo grave de la llaga se le puede aplicar saludable medicina, ha de perdonarme que lo diga.

— Buen ánimo, y desecha todo temor; la franqueza y la verdad son siempre dignas de alabanza.

La hija de Cepeda fijó en Doña María sus grandes y negros ojos ; los de la religiosa expresaban tanta bondad, que la niña sintió con más vehemencia el deseo de confiarse á ella, y prosiguió:

—Pues Vuesa Reverencia conoció á mi madre, inútil es que le pondere sus virtudes ; eran tantas, que bien podían haberme servido de perfecto modelo ; mas fué tal la ruindad de mi alma «que

de todo lo bueno que en ella vi no tomé nada, y el solo defecto que tenía, al llegar á uso de razón me hizo mucho daño. Era aficionada á leer libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo lo tomé, pues no perdía su labor por ellos; antes bien sólo ocupaban sus ratos de ocios, que bien pocos eran. Quizá dejábase llevar de tal distracción para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar á sus hijos para que no anduvieran en busca de otras más perjudiciales. Disgustaba esto tanto á mi padre, que se había de tener cuidado no lo viese.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 1.)

Doña María movió pesarosa la cabeza, pero nada dijo, y Teresa continuó :

—« Empecé á traer costumbre de leerlos también, y á enfriarme los buenos deseos que desde muy niña sentía mi corazón, y seguí en faltar á lo demás, pareciéndome no era malo, aunque gastaba muchas horas del día y aun de la noche en tan vano ejercicio, siempre á escondidas de mi padre. Era á tal extremo lo que en esto me embobaba que, si no tenía libro nuevo, no hallaba contento en nada. Comencé á traer galas y á desear parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenía mala intención en ello, os lo aseguro, pues por nada querría que se ofendiera á Dios por mí.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núms. 1 y 2.)

—¡ Buenos deseos si las obras hubieran estado conformes !—dijo sencillamente la religiosa ;— ya ves qué naturaleza la nuestra tan llena de fra-

gilidades, que saca el mal de todas partes ; por eso debemos vigilar siempre, para no caer en tentación ; pero sigue : te escucho con sumo interés.

—De día en día se despertaban en mi corazón nuevos sentimientos y extraños caprichos ; desdeñaba mis ocupaciones habituales ; me entregaba por completo á la lectura, cuyo encanto me dominaba, y como consecuencia de esta disposición de ánimo olvidaba á Dios y dedicaba al mundo todos mis pensamientos.

—Natural era que sucediese ; una falta, por leve que sea, es el primer eslabón de una larga y pesada cadena.

—¡ Ay, bien lo he conocido ! «Tengo una hermana, de cuya honestidad y bondad, que tiene mucha, no tomé nada ; en cambio me hizo grave mal el trato de una parienta que visitaba mucho en casa. Era tan poco ajuiciada que mi madre había procurado impedir que viniera, y parece que adivinaba el daño que había de hacerme ; pero no pudo conseguirlo. Con ella eran mis confianzas, porque me ayudaba en todos los pasatiempos que yo quería, dándome también parte de sus delirios y vanidades. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad, y me reprendían ; pero como no podía impedirla ir á casa, nada adelantaban. En fin, no hacía tres meses que andaba en tan vanas ideas, cuando un día mi padre me trajo á este monasterio, aprovechando la coyuntura de haber casado mi hermana y no parecer bien quedar sola niña y sin madre.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 3.)

—¡Nunca agradecerás bastante al Señor lo que en esta ocasión te ha protegido ! La inocencia no puede comprender los peligros que la amenazan. ¡Culpables condescencias y miramientos sociales ! Cuántas veces, por no ofender á estos vanos ídolos, se permite la entrada en el sagrado del hogar á personas que llegan á ser la ruina y desgracia de las familias !

Teresa escuchaba como si nuevas luces surgieran para iluminar el abismo á cuyo borde había estado ; las palabras de su maestra le llegaban al corazón.

—¿Y ha sido sólo la separación de esa amiga íntima, y la pérdida de sus frívolas palabras, lo que te ha causado la pena que mostrabas los primeros días de tu estancia entre nosotras?—preguntó Doña María tras de breves instantes de silencio.

—No por cierto ; que muchos pesares se han reunido para llenar mis horas de tristeza, y mis noches de insomnios y lágrimas. El estar por primera vez apartada de mi familia ; el cariño que sentía por la que ahora comprendo que era mi angel malo ; la novedad de hábitos y ocupaciones, todo me afligía ; después, la memoria de mi desobediencia, vanidad y disimulación, *el pensamiento de lo que he ofendido á Dios y la bondad suma con que me ha llamado* misericordioso, cuando hubiera podido castigarme justiciero, me ha hecho también derramar amargo llanto, así como el temor de no estar tan desprendida de afectos de la tierra, cual fueran mis ardientes deseos.

—Tu historia, hija mía, es igual á la de otras doncellas á quienes también ha combatido el

enemigo de las almas desde los primeros pasos de su vida ; mas ya que tienes la ventaja de haber llegado con tiempo al aprisco del *Buen Pastor*, sírvate para fortalecer tus sentimientos de virtud, y seguir con planta firme el camino que te señale el Eterno.

—«Espántame el daño que puede hacer una mala compañía,—dijo la hermosa niña,—si yo hubiera de aconsejar á los padres, les diría que tuviesen gran cuenta con quien tratan sus hijos, ya que nuestro natural se va siempre á lo peor más bien que á lo mejor.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II, núm. 3.)

—Condición es ésa de la humanidad. Y dime, ¿te han dejado en paz tus amistades desde que estás aquí?

—No del todo,—repuso Teresa con ligero rubor;—antes me han querido desasosegar muchas veces con razones y muestras de interés, en tanto que el enemigo me daba guerra como podía.

—¿Y qué has hecho?

—Encomendarme á Dios y á Nuestra Señora, y no hacer caso de nada ni de nadie; pronto, sin embargo, he recibido el premio de mi trabajo por vencerme, pues cada día me hallo mejor. «La paz de esta casa, la gran honestidad, religión y recatamiento de sus hijas, y el amor que mi padre y hermanos me profesan, hacen que mi alma se torne cada vez más á su edad primera, y conozca la gran merced que le ha hecho Dios en ponerla en compañía de buenos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. II. Espíritu y palabras del núm. 4.)

—Si tal piensas, la llaga que decías está cu-

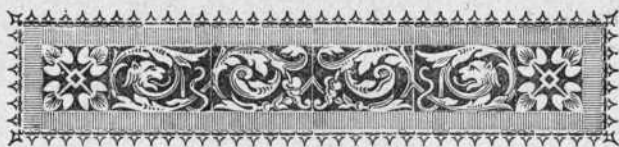
rada con el bálsamo eficaz de la grscia divina; persevera en tus buenos propósitos, hija mía, y ten presente que no hay dicha ni gloria en el mundo que valga lo que la paz y rectitud de la buena conciencia.

—Algunas veces deseo, como deseaba en mi infancia, inclinarme al estado religioso; pero cada día siento menos voluntad de ser monja.

—No te ocupe el porvenir; en todas las circunstancias de la vida pueden las criaturas servir al Señor y aspirar á la santidad.

El toque de la compana que anunciaba haber cesado la recreación, vino á interrumpir este diálogo. Ambas se levantaron: Doña María, alabando interiormente á Dios por el tesoro de perfecciones con que había enriquecido el alma de su querida discípula; Teresa, alegre, consolada, dispuesta á poner en práctica los sanos consejos que había recibido, y á cifrar en el cielo todas las aspiraciones de su vida.





CAPITULO III

EN CASTELLANOS

I

AFINES de aquel invierno, y un poco antes de cumplir sus quince años, cuando la salud y la hermosura parecían brindarle largo tiempo de felicidad, enfermó gravemente la hija de Cepeda, y en breves días llegó á peligrar su existencia.

Este acontecimiento llenó de pena á la Comunidad, hasta el punto de que todas sufrían extraordinariamente por la dulce y querida enferma, las pensionistas no ocultaban sus lágrimas; las religiosas tenían que dominarse para no pedir á cada momento noticias de ella, y Doña María Briceño, un poco más pálida que de costumbre, silenciosa y vigilante, aumentaba el rigor de sus penitencias, á la vez que llenaba escrupulosamente sus múltiples deberes.

A medida que la gravedad crecía, el desasosiego de los ánimos era mayor.

—Teresa se muere,—decían unas á otras ;— esta criatura no la merece la tierra , y el Señor la llama al cielo.

Como puede suponerse , D. Alonso y sus hijos fueron los primeros en saber tan triste nueva , y desde entonces no hubo momento de tranquilidad en la atribulada familia ; el exceso de amor, que abultaba el peligro, les hizo creer que entre ellos sería más fácil procurar remedio á la tenaz dolencia, y rodeándola de infinitas precauciones, Teresa fué trasladada á su casa solariega.

No es posible explicar el vacío que la ausencia de la niña dejó en el convento de Santa María de Gracia ; pero entre todos los corazones que la echaban de menos, ninguno tan afligido como el de su buena maestra ; las continuas súplicas que elevaba al cielo por el dulce objeto de sus cuidados debieron influir en el destino que le cupo durante su carrera mortal.

II

Aunque la violencia de los sufrimientos de Teresa sostenían fundada alarma en el ánimo de su padre y hermanos, la casa entera pareció alegrarse con la vuelta de la que tanto amaban. Los criados, que por su larga permanencia en la ilustre morada podían considerarse casi como individuos de la familia, rivalizaban en celo y no perdonaban fatiga ni trabajo por devolverle la salud.

Dios, que la reservaba para altísimos fines, le envió el alivio cuando menos se esperaba, aunque precedió á tan deseado cambio una peligro-

sa crisis, seguida por larga convalecencia. En ella fué cuando más pruebas recibió de la ternura que todos le profesaban: D. Alonso la acariciaba de continuo, y no se cansaba de dar gracias á Dios; sus hermanos se disputaban el placer de adivinar sus menores deseos, y los sirvientes, queriendo alegrarla, elegían para ella las más hermosas flores y tempranos frutos que producía la huerta.

La primavera se anunciaba con sus auras suaves y llenas de perfumes; el cielo estaba azul y diáfano, y la creación parecía orgullosa en ostentar sus galas más bellas; lo apacible de la temperatura convidada á gozar del aire libre, y fué un día de verdadera fiesta para la familia aquel en que la enferma, después de dar gracias á Dios por su milagroso restablecimiento, pudo pasear un rato en la huerta, sostenida cariñosamente por su padre y su hermano Antonio.

Nunca se admira más la hermosura de la naturaleza que después de largos días de padecimientos; así, puede considerarse cuál sería durante algunas horas el placer que disfrutó la hija de Cepeda. Todo alrededor suyo alegraba la vista y recreaba el corazón; los árboles se hallaban cubiertos de hojas de un verde tierno y brillante; las mariposas volaban entre los rosales llenos de capullos, y los almendros desaparecían bajo un velo de flores rosadas. Teresa aspiraba con delicia el aire fresco y embalsamado; sentía dulce bienestar con el calor suave de los rayos del sol, y escuchaba como deliciosa música el canto de las aves y el murmullo de las fuentes. Las cariñosas frases que su padre y hermano le diri-

gían, acababan de llenar su corazón de puras satisfacciones; y como si Dios quisiera completar la felicidad que en aquel momento gozaban los tres, trayéndoles nuevas de una ausente muy querida llegó un criado para entregar á D. Alonso una carta de su hija mayor, Doña María.

Abrió Cepeda el pliego, leyólo para sí, y al terminar, miró á Teresa sonriendo.

— María—le dijo—me pide que te lleve á Castellanos, donde cree que te acabarás de restablecer : ¿qué te parece el proyecto?

—Si es voluntad de Dios y gusto de vuesa merced, lo apruebo con toda mi alma, y ya anhe-lo verlo realizado.

Don Alonso y Antonio aplaudieron la humilde respuesta, y el resto del tiempo se invirtió en hablar del viaje y discurrir los medios más fáciles de poderlo hacer.

III

Algunos días después, se advertía gran movimiento en el extenso patio de la señorial morada; los criados iban y venían con pesados cofres, que acomodaban en caballerías; una litera con buenas mulas esperaba á los viajeros, y varios hombres convenientemente armados se disponían á servirles de escolta, precaución indispensable para caminar en aquella época.

Teresa había ido á despedirse al convento de Santa María de Gracia mientras se hacían los penosos arreglos del viaje, y fué recibida por sus compañeras con tales extremos de alegría, que su modestia los tachó de exagerados. Al mismo

tiempo se esmeraban las religiosas en agasajarla; y aunque Doña María Briceño nada le dijo, bien se comprendía el gozo con que abrazaba á su discípula predilecta. En el momento de despedirse, sintió la doncella que se le oprimía dolorosamente el corazón; llenáronse de lágrimas sus ojos; y besando repetidas veces la mano de su buena maestra, exclamó con acento suplicante :

—¡Pida á Dios por mí Su Reverencia!

—Te lo prometo, —repuso la anciana;—en cambio, no olvides practicar mis consejos á todas horas.

Y ambas se separaron con vivos deseos de volver á verse, regresando Teresa á su casa cuando sólo á ella se esperaba para emprender el viaje á Castellanos.

IV

Á fin de no molestar á la convaleciente, fué muy corta la primera jornada; pero animado Don Alonso por lo bien que había sentado á su hija, dió orden de marchar al siguiente día, poco después de nacer el sol; pusieronse en camino, y felizmente, cuanto más adelantaban, más alivio se notaba en la niña; el ambiente saturado con los perfumados aromas de brezos, romeros y tomillos, dilatava sus pulmones y parecía darle nueva vida; hablaba alegremente, informábase de cuanto veía, y mientras el anciano se apresuraba á satisfacer su infantil curiosidad, fe icitábase interiormente por haber accedido á los ruegos de Doña María.

Hallábase ésta entretanto llena de ansiedad y anhelante de que volara el tiempo para reunirse á los seres queridos que esperaba ; en unión de su esposo, Martín de Guzmán Barrientos, habían prevenido la casa con cuantas comodidades juzgaron que requería el delicado estado en que venía Teresa ; y como, después de disponerlo y vigilarlo todo, aún sobraban días para su impaciencia, discurrieron ponerse en camino é ir á encontrar á los que llegaban ; hiciéronlo así, y pronto tuvieron el consuelo de verse, y aun el de hallar á la doncella más restablecida de lo que podían suponer.

¿Qué diremos de la estancia de Teresa en Castellanos? ¿Cómo describir las cariñosas atenciones, honestos recreos y gratas sorpresas que á cada momento recibía? Hablen por nosotros las páginas de su Vida, que por obediencia escribió años después.

«Era en extremo lo que mi hermana me quería, y por su gusto no me separara de ella: su marido también me amaba mucho, mostrándome regalo en todo, que en esto debo al Señor la gracia de haberlo tenido siempre y dondequiera que he estado.» (El espíritu y algunas frases de este párrafo, es del cap. III de la Vida de la Santa Madre, antes citada, núm. 2.)

No lejos de Castellanos, y en la villa de Hortigosa, vivía un hermano de D. Alonso Cepeda, llamado D. Pedro ; *era viudo, de buen entendimiento, grandes dotes espirituales y muy entregado á la virtud.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo III, núm. 2.) Como Teresa parecía hija única en el amor que

toda la familia le mostraba, el tío deseó tenerla algunos días á su lado, y Dios, por lo que había de aprovecharle, permitió que su padre consintiera en ello y la llevara.

No parecía natural que la compañía de un pariente de edad, gustos é inclinaciones tan distintas á las de la hermosa hija de Cepeda pudiera ser agradable á ésta, á pesar del cariño que le profesaba; pero fué muy al contrario: la blandura de carácter de la niña se prestó fácilmente á embellecer la soledad de D. Pedro, y desde su llegada comenzó para los dos una serie de días risueños y tranquilos.

«Su ejercicio habitual, dicen las páginas donde Teresa estampó las impresiones de esta época de su vida, eran buenos libros de romance, y hablar de Dios y de la vanidad del mundo; hacíame leer, y aunque no era amiga de ello, mostraba que sí, porque en dar gusto á otros he tenido extremo, aunque yo no lo tuviese tanto; que en mí ha sido gran falta lo que en otros fuera virtud, pues á veces he ido muy sin discreción.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo III, núm. 2.)

¡Admirable ejemplo ofrece la conducta de esta humilde doncella, y muy digno de ser imitado por todos los que al lado de parientes ancianos ó enfermos, en vez de prestarse dócilmente á servirlos y complacerlos, demuestran una fría indiferencia y una rebelde voluntad á sus menores deseos!

V

Adelantaba la estación; á las flores de la primavera habían sucedido las rubias espigas del Estío, y Teresa, bien hallada en Hortigosa, encontraba cada vez mayores atractivos en aquella retirada y apacible existencia. El trabajo que le costó avenirse á las lecturas favoritas de su tío, se lo premió el Señor con que se aficionase á las mismas y despertaran en su corazón nuevos deseos y santas inclinaciones.

Quien la hallaba en sus largos paseos por la agradable campiña, divertida en hablar cariñosamente con el anciano, daba gracias á Dios al ver tanta juventud y hermosura, unidas á tal madurez de juicio y honesto recato. La caridad con los pobres, santa herencia que había recibido de su buena madre, lejos de entibiarse, aumentaba, y cuantas desgracias podía averiguar que hubiera en aquellos alrededores eran generosamente aliviadas por ella, no sólo con el socorro material, sino con la magia inefable de sus dulces palabras y cristianos consuelos.

Pero si para alegrar el aislamiento de su tío y proteger á los desvalidos se olvidaba de sí, empezaba, sin embargo, á experimentar los primeros sufrimientos de una lucha interior que debía darle horas muy crueles. Nada hemos dicho de la situación de su espíritu desde que salió del convento; pero habían aumentado de tal modo sus fervores, que habrían llenado de admiración á quien hubiera podido penetrarlos; si el deseo de ser re-

ligiosa no la dominaba todavía, este pensamiento la asaltaba con frecuencia y se apoderaba lentamente de su alma.

¿Quién pintará su estado mejor que ella misma?

«La fuerza, dice, que hacían á mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía que me rodeaba, me hacían entender, como cuando era niña, la verdad de que es nada toda la vanidad del mundo; cómo se acaba en breve, y á temer, si me hubiera muerto, haber ido al infierno; y aunque mi voluntad no acababa de inclinarse á ser monja, vi era el mejor y más seguro estado; y así, poco á poco, determiné forzarme para tomarlo.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. III, núm. 2.)

VI

La temporada en Hortigosa concluyó al fin; Teresa volvió á Castellanos con Doña María, y terminado el otoño tornó á Avila con su padre, sin que sus dudas y vacilaciones hubieran tenido consuelo alguno. ¡Triste condición de la criatura, que la sombra de los pensamientos y anhelos de la tierra haya de luchar siempre con la luz de las inspiraciones divinas!

Encerrando en el corazón cuanto podía agriar ó entristecer su carácter, se dedicó activamente á la dirección y cuidado de su hogar, y en breve la casa de Cepeda mereció ser citada como ejemplo de orden en la ciudad. Si desde que nació se hallaba rodeada de caricias y regalos, nunca

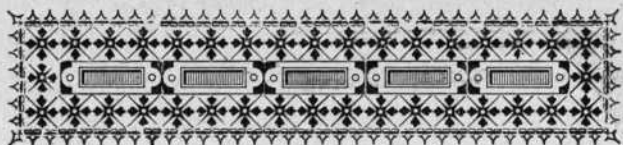
como entonces pareció aumentar el amor de sus deudos por Teresa; tantos extremos hacían, que mortificaban su humildad. La nobleza, hermosura y alta fama de talento y virtudes que la rodeaban, convertíanla en una de las doncellas más codiciadas, y muchas ilustres familias tenían puestos los ojos en ella; pero la joven, indiferente á los homenajes que le tributaban, se retraía de cuanto el mundo ofrece más brillante y seductor. En tanto las inspiraciones del cielo hacían más graves sus reflexiones y la disponían á seguir las en plazo muy breve.

«En esta batalla, dice, pasé tres meses, forzándome á mí misma con esta razón: los trabajos y penas de ser monja, no pueden ser mayores que los del purgatorio; y yo, que he merecido bien el infierno, no es mucho estar lo que viva como en purgatorio, tanto más cuanto que luego iré al cielo derecha, que éste es mi deseo. Parece-me que en tomar este estado más lo hacía por temor servil que por amor. Poníame el demonio ante los ojos del alma que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por estar acostumbrada á tanto regalo; á esto me defendía con lo que pasó Cristo y con que no era mucho pasara yo algunos por él, ya que su gran piedad me ayudaría á llevarlos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. III, núm. 3.)

De esta manera combatían su interior dos elementos contrarios; mas como si la voluntad era grande el cuerpo continuaba débil, le sobrevinieron calenturas y desmayos, que volvieron á llenar á su familia de zozobra y desconsuelo. Pronto, sin embargo, recobró la salud, y tornó á

sus meditaciones, no ya para decidirse, pues en los últimos tiempos su decisión había llegado á ser irrevocable, sino para discurrir de qué medios se valdría para anunciarla á D. Alonso, segura como estaba de la triste y enojosa impresión que debía hacerle.





CAPÍTULO IV

RESOLUCIÓN

I

ERAN las primeras horas de una noche de invierno, y en la cámara donde hacía labor Doña Beatriz, preferida siempre por su familia para pasar las veladas, hallábase Alonso de Cepeda con sus hijos y servidores. El tiempo se había deslizado sin alterar en nada la sencillez del mueblaje, el brillo algo opaco de los grandes cuadros que decoraban las paredes y el sello de ordenada gravedad que se extendía hasta los menores detalles. La misma lámpara de cobre ardía ante la bendita imagen á quien tantas veces encomendó sus cuidados la esposa de Cepeda, y con igual devoción que su buena madre guiaba Teresa las preces, á que todos respondían con profundo recogimiento.

¡Tierna y piadosa costumbre de nuestros antepasados, olvidada hoy, cuando no despreciada

ó escarnecida! Había una hora en el hogar cristiano en que, unidos señores y siervos, ofrecían á Dios las obras del día é imploraban su protección para el siguiente. Rogaban entonces por el hijo ó hermano ausente, por el caminante extraviado, por el enfermo lleno de tristeza y dolores, y por el marino perdido en la inmensidad de los mares; las almas de los seres queridos obtenían también piadosos recuerdos, y no había penalidad ni trabajo que no se presentase al Eterno envuelto en el suave perfume de la oración. ¿Qué se ha hecho de esta preciosa herencia de nuestra fe? Doloroso es confesarlo, pero el torbellino de la vida actual casi la ha perdido, á pesar de que las amarguras que nos rodean deberían hacerla más indispensable.

Hemos dicho que Teresa rezaba; el timbre de su voz era tan puro y agradable, que vibraba en los corazones como una armonía deliciosa. ¡Con qué santo placer debía su madre contemplarla desde el cielo, esclava de sus obligaciones, como ella lo fué siempre!

II

Terminaron las preces con la acción de gracias, y la conversación reemplazó al recogimiento. Teresa se informó cuidadosamente de lo ocurrido en el día; dió órdenes para el siguiente, distribuyó porción de lino á las dueñas y criadas, y en breve los husos de hierro, hábilmente manejados, aliviaron á las ruecas de su pomposa carga. En tanto D. Antonio recibía cuentas de

los mozos y, como su hermana, prevenía los trabajos que habían de hacerse.

Impósible fuera explicar lo que gozaba Don Alonso en esta escena de familia: su ancianidad le parecía una alegre puesta de sol iluminada por el amor de aquellos seres queridos. Paseaba las miradas de uno en otro de sus hijos, y con secreta complacencia admiraba su hermosura y gallardía; pero en ninguno las detenía con más placer que en Teresa, por quien sentía más amor que profesaba á todos los demás.

Bien merecía la doncella tan halagüeña distinción, no sólo por la serenidad y belleza del semblante, que inclinaba las almas á quererla, sino por la sabiduría, prudencia y cristiana piedad de sus palabras.

Al sonar el toque de cubrefuego dejáronse las labores, y mientras llamaban para la cena quedáronse solos D. Alonso, su hijo Antonio y Teresa: los dos hermanos cambiaron una mirada de secreta angustia; la de ella parecía pedir valor; la de él, vacilante y tímida, no lo daba. Cepeda, preocupado, no advirtió nada, y un penoso silencio reinó durante largo rato.

III

—Hija mía,—dijo el anciano á la pensativa doncella,—acércate á mí; paréceme que estás triste.

—No lo crea vuesa merced,—repuso ella vivamente, mientras aproximaba un escabel y se sentaba á los pies de su padre;—lo que extraña

es que los años me traen la seriedad que no he tenido.

—Todavía no son tantos que puedan pesarte; más bien creo que te halles cansada de los muchos cuidados que te rodean.

—¿Tan poco hecha al trabajo me juzga vuesa merced? Esté seguro de que todo me parece nada, y que muy diversos pensamientos son los que ocupan de continuo mi imaginación.

—¿Por qué no me los confías?

—Ya lo he hecho, como mis deberes de hija sumisa me ordenaban; y si en este instante dijera á vuesa merced las ideas que se agitan en mi cabeza, vería que no son cosa nueva.

Don Alonso guardó silencio, y como distraído púsose á remover con una badila de plata el fuego casi extinguido del brasero que tenía al lado.

—¡Ah, señor! —prosiguió la niña alentada.— ¡Cuánta pena me da ver que se pasa el tiempo en un vuelo, y que todo lo que tarde vuesa merced en concederme la licencia que le he pedido es una falta que me obliga á cometer con el desposado que me espera.

—¿Todavía insistes en eso? —repuso con acento enojado Cepeda. — Creí que te habrían convencido las fundadas razones que te he dado.

—Mal pudieran, señor, por discretas que sean, cuando luchan con las inspiraciones del cielo.

Don Alonso movió tristemente la cabeza.

—¿Sabes acaso si te engañas? Los deseos son ingeniosos para hacerse obedecer, y nuestra fragilidad busca siempre honestas disculpas para realizarlos; lo que juzgas inspiraciones del cie-

lo, ¿pueden serlo cuando te impulsan á contradecir la expresa voluntad de tu padre?

A estas palabras, dichas con firme y severo acento, sintió Teresa que sus ojos se llenaban de lágrimas; tomó una de las manos de Cepeda, y la besó humildemente sin contestar. Esta acción desarmó el enojo de D. Alonso, más aparente que real, y, arrepentido de la reprensión, agregó con ternura :

— Dejemos tal asunto, hija mía: los dos padecemos al tratar de él ; te he dicho antes lo que pienso, y mi resolución no varía.

— Esa es mi pena, — repuso la joven, al par que le dirigía una dulce y cariñosa mirada:— no crea vuesa merced que al pedirle su licencia para entrar en religión obedezco á un capricho; mis súplicas son el resultado de largas y graves reflexiones, y sólo cuando he estado convencida de que elijo lo mejor me he determinado á decirlo, *que en mí es como si tomara el hábito ; pues me parece no tornaré nunca atrás.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo III, núm. 3.)

— ¿Qué dices? ¿Acaso no es cuenta de tu padre el elegirte estado conforme á tu calidad, y tu deber someterte á la suerte que te destine?

— Y me someteré con tanto más gusto, cuanto que tengo la certeza de que al cabo ha de condescender con mis justos deseos.

Don Alonso iba á contestar, y Teresa prosiguió:

— ¡Oh, querido padre mío! Déjeme vuesa merced probar una vez más si puedo convencerle de la verdad de mi vocación : después de

tan largas enfermedades como he padecido, ¿no tengo contraída con el Señor una deuda sagrada? ¿No estoy en el deber de consagrarle los días de vida que me resten? Un milagro de su misericordia me ha devuelto la salud, y otro mayor ha abierto los ojos de mi alma, haciéndome comprender *la nada de los bienes terrenos, y cómo las leyes del mundo desatinan al que las sigue*. (De los escritos de la Santa que están al fin de su Vida). «Para no aficionarse á cosa de la tierra, es buen medio considerar cuán presto se acaba todo; y si me decís que es vida de sufrimientos la que anhelo, os diré que trabajos que tienen fin no son trabajos, ni debe hacerse caso de ellos». (*Camino de Perfección*, cap. III, número 3.)

—¡Teresa, Teresa! — interrumpió D. Alonso admirado y enternecido. — Es inútil que te canses; cuanto más te escucho, más estimo el tenerte á mi lado. Dios te ha hecho de manera que eres para mí un tesoro sin precio. ¡Perdóneme el Señor si el amor de padre me hace egoísta, pero no tengo valor para que dejes de alegrar esta casa con tu presencia!

—¡Oh, por favor, no diga eso vuesa merced! Ha poco estuve á punto de que mi nombre fuese borrado de la lista de los vivos, y es el Dios que me llama el que me libró de la muerte.

Don Alonso inclinó la cabeza dominado por este razonamiento, y su hija prosiguió:

—Vuesa merced no tiene valor para que me separe de su lado, y no ha mucho hablaba de elegirme estado como á mi calidad convenía; si tal sucediese y mi destino me llevara á las Indias,

ó á cualquier otro paraje de la tierra, ¿se me obligaría á quedar en Avila, ó me dejarían cumplir con mi deber?

—Basta ya, — replicó Cepeda, contrariado al verse batido con sus mismas armas ; — cuando llegue el día en que tengas deberes, los cumplirás como siempre han hecho tus nobles ascendientes; entretanto espera tranquila el porvenir que Dios y tu padre te procuren.

Teresa bajó los ojos llena de aflicción ; Don Antonio, que hasta entonces había guardado silencio, terció en el diálogo con tanta discreción como dulzura.

—Vuesa merced —dijo á su padre— acaba de expresar unas ideas que más parecen nacidas á impulsos de las emociones que siente que hijas de profunda convicción.

Teresa se estremeció de alegría al comprender que tenía un aliado en su hermano, mientras Don Alonso le miraba sorprendido y disgustado de su intervención.

—Según dice, — continuó el mancebo con respetuosa gravedad, — la idea que tiene de las bellas cualidades que enaltecen á Teresa es la causa del deseo que muestra por tenerla en su compañía ; pero, padre, por muy perfecta que sea la criatura, ¿qué es ante la suma perfección del Creador? ¿Debemos rehusarle que se consagre á Él porque valga más que otras? Perdóneme si no soy de su opinión; pero, si fuera mi hija, cuantos más méritos le hallara, más digna la creería de seguir sus piadosas inclinaciones.

—Quizá, en tu lugar, pensaría del mismo modo, — repuso con amargura Cepeda ; — el cariño

de hermano dista mucho del amor de padre.

—Es cierto, y, sin embargo, bien sabe Teresa que no es la indiferencia la que me hace hablar; pero cuando, lo mismo en la soledad que entre el bullicio del mundo, la voz de Dios nos deja oír frecuentes avisos, y nos marca la senda que debemos seguir para llegar felizmente al término de la jornada, es inútil resistir, y sólo podemos murmurar de lo íntimo del corazón: «Dichosa ella que ha elegido la mejor parte, de la cual no se verá jamás privada.»

—Según veo, hay en vosotros perfecta igualdad de sentimientos, —interrumpió bruscamente D. Alonso; —tanto mejor; pero no olvidéis que no permito se suscite más esta conversación. Teresa es muy niña para formar resoluciones irrevocables, y por lo mismo no creo prudente acceder por ahora á sus ruegos; en cuanto á ti, Antonio, espera á tener algunos años más y otros deberes para juzgar lo que es imposible comprendas hoy.

Y el caballero, triste y disgustado, se levantó con aparente severidad y abandonó la estancia sin dar lugar á que le replicaran.

IV

—¿Qué hacer, hermano?—exclamó la doncella deshecha en lágrimas apenas se dejaron de oír los pasos de Cepeda.

—Confiar en Dios y pedirle que proteja nuestros deseos, —repuso conmovido D. Antonio.

—¿Pero tienes seguridad en la firmeza de los

tuyos? ¿No podrán variarlos las contradicciones que nos rodean?

— Como la tienes tú y podemos tenerla todos, dada la flaqueza de nuestra mísera humanidad; y, sin embargo, hermana, bien necesitamos los auxilios divinos, porque nuestra lucha es la más dolorosa que puede ofrecerse.

— ¡Ay! Demasiado lo conozco; pero, ¿qué hacer? Por grandes y santos que sean los afectos de la tierra, preciso es dejarlos cuando Dios llama; amo á nuestro padre, si no como él merece, cuanto puedo amar, y, con todo, el anhelo de consagrarme al Señor me da alientos para separarme de su lado. No es un día, ni un mes; años enteros hace que oigo en mi interior una voz que me exhorta á entregarme completamente á Dios, y no puedo resistir más á su dulcísima fuerza.

Al hablar así Teresa, parecía transfigurada; radiaban sus ojos, y el semblante, suavemente coloreado, manifestaba una emoción que la embellecía hasta lo ideal. D. Antonio la contemplaba admirado; ¿cómo no asombrarse de la fortaleza que mostraba? Quiso á pesar de todo aventurar una objeción, y replicó tras de breves instantes de silencio:

— Creo que tu voluntad es sincera, pero conozco al mismo tiempo que nuestro padre tiene razón; eres muy niña, y el mundo que te rodea harto agradable para que haya el temor de que no estés tan desasida de él como piensas. ¿Cuál no sería tu desgracia si, juzgando acertar, equivocaras el camino, y los regalos y riquezas que hoy disfrutas atormentaran con sus recuerdos tu vida de penitencias y austeridades?

—Extraño tus sutilezas, y hasta me parece que las pone el enemigo en tus labios para afligirme; donoso estuviste en alabar al mundo, *que si va ganando honra es porque hay pocos que le conozcan*. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXVII, núm. 9.)

—¿Y puedes creerte del número de éstos?

—Aunque sin pretenderlo, me atengo á una gran verdad: «Dios y el mundo no son compatibles, y las almas que quieren unir estos dos extremos viven con grandes penalidades». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo VII, núm. 9.) «Verdugo de los que se dedican á servir á Dios, no permite faltas en los buenos; de mil leguas se las conoce, y en un día le parece ha de hacer el que empieza lo que hicieron los santos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXI, núms. 6 y 7). Para mí no tiene más atractivos que este hogar y los seres que en él se encierran, y por lo mismo que me es tan doloroso abandonarlos, hago tal sacrificio al Señor; ¡corta paga de los muchos favores que le debo!

—Por bien dichas tengo, hermana, las reflexiones que hice, pues ellas han dado lugar á tu discreta respuesta; verdaderamente, si el amor de la familia no fuera tanto, ¿qué mérito habría en separarse de ella?

—¡Oh Antonio, si quisiera el Señor inclinar la voluntad de nuestro padre á que accediera! Te aseguro que no sé ya cómo rogárselo; veo que padece, y el hacerlo sufrir me causa harta pena; pero ¿qué hacer? Cada hora que se tarda en emprender el verdadero camino es un hurto á nues-

tra pobre alma, que bien necesita todo el tiempo de su vida mortal para disponerse á la eterna.

—¡Terrible verdad! ¡Y qué olvidada está, y qué desatendida!

—«En cambio á la hora de la muerte quisiéramos todos haber sido frailes de los más estrechos»,—dijo con leve sonrisa la hija de Cepeda.

—Tienes razón,—repuso D. Antonio;—y como nuestras ideas son todo lo firmes que podemos desear, necesario es que procuremos realizarlas cuanto antes. Nuestro tío D. Pedro llegará aquí dentro de dos días; hablémosle francamente, y confiemos en su gran talento y sólida piedad.

Una criada que venía á llamarlos para la cena interrumpió esta conversación, y los dos hermanos se apresuraron á reunirse con el resto de la familia, que los esperaba.

V

Como aguardaban Antonio y Teresa, llegó Don Pedro; y apenas informado de los proyectos de sus sobrinos, los acogió lleno de alegría y se propuso favorecerlos en cuanto le fuera posible: afligido pronto de la tenaz oposición que Cepeda mostraba, quiso combatirla; pero inútilmente empleó su elocuencia; la obstinación del padre resistía á las razones más eficaces, y ni él ni los antiguos amigos de la casa, que interponían sus ruegos, obtuvieron el resultado que deseaban. Teresa apeló de nuevo á súplicas y lágrimas; pero estas armas, poderosas siempre, tampoco lograron la victoria. A pesar de que la conciencia de Don Alonso le arguía severamente por

contrariar la vocación de sus hijos, no hallaba en sí el valor necesario para tan costoso sacrificio; el amor que les tenía dominaba á todo, y era obstáculo invencible que le impedía cumplir con su deber.

Durante esta larga prueba, Teresa, que frecuentaba casi diariamente el convento de Santa María de Gracia, impetraba las súplicas de Doña María Briceño, que en su opinión debían ser poderosas para obtener lo que anhelaba; la buena maestra fortalecía su alma con sabios consejos, y la despedía con estas frases:

—Fía en Dios, hija, fía en Dios; El es dueño de corazones, y los mueve á su voluntad.

Tan sencilla y ardiente fe tenía la virtud de consolar y animar á la afligida doncella; pero el tiempo continuaba su marcha igual y rápida, sin que Cepeda se ablandase; antes bien cada día estaba más sólida la roca de su oposición. Disgustado D. Pedro por la ineficacia de sus razones, abrevió la estancia en Avila y se volvió á Hortigosa, mientras los amigos de D. Alonso dejaban poco á poco la molesta discusión, y se limitaban á esperar que la constancia de los hijos triunfase algún día de la firmeza del padre.

VI

En el convento de carmelitas de la Encarnación tenía Teresa una amiga religiosa á quien veía con frecuencia, y por la cual sentía ternísima amistad. Habían sido pensionistas en Santa María de Gracia, y contaban la misma edad; así no puede extrañarse que la más dulce simpatía unie-

ra sus almas desde que se conocieron: llamábase Juana Suárez, era huérfana, y si no de belleza deslumbradora, con agradable rostro, esbelta estatura y modesto ademán; su fortuna, más que mediana, le permitió vivir como convenía á su clase mientras estuvo en el convento, y llegada á tiempo de elegir estado, pudo seguir libremente su inclinación y consagrarse á Dios. Los tutores formalizaron las escrituras de dote cuando les dió cuenta de esta determinación, y muy alegres de tan buen empleo, la vieron encerrarse en el claustro antes de cumplir los veinte años.

Juana Suárez era criatura dulce y tímida; alma llena de pureza y santidad, que seguía con planta firme el estrecho camino de la perfección, tan libre para ella de escollos como difícil y áspero es para otras; sólo una afección tenía en el mundo, y era Teresa; sólo un deseo en el corazón: verla religiosa á su lado.

Acompañada de una dueña, y con la honesta libertad que D. Alonso le concedía, iba la hija de Cepeda á visitar á Juana, satisfaciendo así su anhelo de conversar con aquel alma gemela de la suya. Cuál fuera el espíritu de estas pláticas puede suponerse considerando la perfecta virtud de la una y el encendido deseo de pertenecer al Señor que animaba á la otra.

—¿Pero cuándo vendrás, Teresa?—preguntaba la religiosa; — todos los días pido á Dios que te abra las puertas de esta morada.

—¡Ay!—respondía la doncella; —no mereceré tal ventura cuando tan pocas esperanzas tengo de conseguirla!

—¿A qué aguarda vuesa merced?—dijo en una

ocasión el más autorizado de sus deudos á Cepeda ; — bastante probada tiene la vocación de su hija; ¿por qué se obstina en rehusarle celebrar su místico desposorio?

El caballero no pudo contenerse, y respondió enojado:

—Es inútil que piensen he de dar á Teresa licencia para que éntre en religión ; anciano y achacoso me hallo ; después de mi muerte, que haga lo que quiera.

Esta conclusión fué como un rayo para la pobre niña, que lloró amargamente ; no quería seguir ligada al mundo por santos é inocentes que pudieran ser sus lazos, y le espantaba la idea de que su voluntad de consagrarse á Dios se hubiera de cumplir por falta del ser á quien tan tiernamente amaba : temía al mismo tiempo que su flaqueza llegara á contentarse con las dilaciones que se le ofrecían, y para afirmar su resolución oró fervorosa, pidiendo al Señor que la iluminara.

VII

Alboreaba una mañana de verano, y el canto de las aves se unía al apacible rumor del aura entre los pinos y cañaverales que sombreaban las orillas del cristalino Adaja ; el sordo ruido del agua en las presas de los molinos armonizaba con las voces de algunos madrugadores labriegos ; todo despertaba al movimiento y la vida, después del silencio y tranquilidad de la noche. La ciudad, envuelta por leves y vaporosas nieblas, elevaba al cielo los remates de sus campa-

narios, cuyas agudas veletas semejaban pájaros de extrañas formas; el sol, que nacía majestuoso entre doradas nubecillas, proyectaba cambiantes variados en las colinas y montes, que resplandecían con la riqueza de tintas que sólo esparce la paleta del divino Artífice; los toques rojos se desvanecían en un verde suave, que se fundía á su vez en el gris azulado de las montañas, y el río se deslizaba como ancha cinta de plata, salpicada por las chispas de luz que perfilaban todos los objetos del agreste y delicioso paisaje.

Aquella riqueza de resplandores penetraba, sin embargo, difícilmente en las estrechas calles de Avila; y si el sol había puesto en movimiento á los activos trabajadores, los habitantes de la ciudad no acostumbraban á recibir tan de mañana sus saludos; así, aunque las campanas llamaban á la primera Misa, pocos eran los que acudían á sus metálicos sonidos.

La puerta de la antigua mansión de los Cepedas se abrió lentamente; un anciano criado asomó al umbral y dirigió una mirada en torno suyo, como saludando á los muros y rejas que conocía de tantos años, mientras dos personas que venían del interior de la casa pasaban á su lado, salían á la calle y le daban los buenos días sin detenerse.

—Vayan con Dios vuestras mercedes,—contestó el fiel servidor, á la vez que seguía con cariñosa mirada á los gallardos jóvenes, en quienes sin duda ha conocido el lector á Teresa y su hermano Antonio.

La primera, envuelta en un largo y tupido manto negro, caminaba con paso desigual, como

presa de febriles agitaciones; el joven, más sereno, pero muy pálido y hondamente conmovido, iba á su lado sin cambiar ni una palabra con ella. Ninguno tenía ánimo para hablar en tales momentos.

Dentro de aquellos muros quedaba un padre amado con ternura, bien ajeno de que se apartaba de él la hija que era el encanto de su existencia. ¿Qué se haría en adelante? ¿De qué le serviría el amor de sus otros hijos?

La situación de ánimo en que ponían á Teresa las circunstancias que la obligaban á determinar por sí en tan grave asunto, la describe de este modo en la narración de su vida :

«Cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; me parecía que cada hueso se apartaba por sí; pues como no había amor de Dios que quitase el de padre y parientes, en todo me hacía una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran consideraciones para ir adelante.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IV, núm. 1.)

Sin dejar de mirarles mientras se alejaban, murmuraba para sí el criado de Cepeda:

—¡Bendígalos Dios! ¡Y qué preocupados van por alcanzar la primera Misa! ¡Ni siquiera se han detenido á hablarme! ¿Dónde se hallarán galán y doncella más buenos, más hermosos y con más devoción que ellos? Son la alegría de la casa, y bien puede el Sr. D. Alonso estar contento de sus hijos: no los hay semejantes en toda Avila.

Y tornó á entrarse alegre y tranquilo, sin sospechar ni remotamente que la joven dejaba por largo tiempo la mansión de sus antecesores.

VIII

Embargados de sentimientos harto penosos, caminaban deprisa los dos hermanos; las reflexiones de D. Antonio podían traducirse en estas palabras:

—¿Era una niña como Teresa quien debía darme ejemplo de actividad y firmeza? Anhele como ella entrar en religión, y, sin embargo, consideraciones del mundo han dilatado hasta ahora mis buenas resoluciones; pero no más aguardar: hoy mismo hablo á mi padre, y mañana sigo el camino que hace tiempo debí tomar.

En cuanto á la doncella, abismada en un océano de amarguras, preguntábase, próxima al sacrificio, si le sería lícito consumarlo sin la aprobación del autor de sus días, y llena de congoja exclamaba en lo íntimo del corazón:

—«¡Oh, mi Dios y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes menos para ir contra Vos?» (Exclamaciones, número 12.)

Los rayos del sol, espléndidos y brillantes, envolvían en un velo de oro las esbeltas y graciosas figuras de los dos hermanos, y el cielo diáfano y azul parecía prometerles una felicidad sin nubes. Al llegar frente á los muros del convento de la Encarnación, una opresión dolorosa los advirtió que había llegado el momento de separarse.

La comunidad esperaba ya á Teresa; D. Antonio vió abrirse la pesada puerta, y las últimas palabras de despedida vibraron tristemente en sus oídos. Cerraron luego, y quedó solo, rodeado

de la luz y alegría de una mañana de verano, que contrastaba lúgubrementemente con la angustia de su corazón.

Volviendo los ojos á la tranquila morada donde quedaba la predilecta de toda su familia, Don Antonio se alejó despacio y se encaminó á su casa; faltábale lo más penoso, que era noticiar á Cepeda la heroica resolución de su hija querida, y pedirle al mismo tiempo licencia para abrazar él también el estado religioso.

Al llegar, preguntó por D. Alonso y le dijeron que no había vuelto de Misa; entonces bajó á la huerta, y se puso á pasear lenta y gravemente.

La naturaleza extendía por doquiera las más preciosas galas, y, sin embargo, el mancebo no fijaba en ellas su atención; multitud de alados cantores modulaban armoniosos conciertos, y ni una nota llegaba á sus oídos: pensaba en la hermana ausente, en el dolor que su padre iba á sentir, y pedía á Dios le iluminara para salir de tan difícil situación.

Embebido en estas ideas, no echó de ver cómo pasaba el tiempo, y al dar una vuelta le sorprendió, como si no le hubiera esperado, encontrarse con Cepeda.

—Dios dé á vuesa merced buenos días,—dijo, á la vez que se inclinaba para besar con respeto su mano.

—Y á ti, querido hijo,—repuso con tranquila sonrisa el anciano;—al llegar de la iglesia supe que habías preguntado por mí y que me esperabas en la huerta; así, he venido á reunirme contigo por si necesitabas mis consejos en algún asunto.

—Lo que necesito ante todo, es el perdón de vuesa merced,—murmuró el joven con alterado acento;— estoy encargado por mi hermana de pedirlo.

—¡Teresa! ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está?

—En el convento de carmelitas de la Encarnación, donde ha entrado hace tres horas para pretender el santo hábito.

Cepeda experimentó como un vértigo al oír esta nueva; su amor de padre y la autoridad de sus derechos despreciada, libraron en aquel alma un momento de terrible combate; durante él, la tempestad que le agitaba marcó en su frente profundas arrugas; poco á poco, y mientras su hijo le contemplaba temeroso y afligido, empezó á renacer la calma, triunfó la cristiana resignación, y se desprendieron de sus ojos dos lágrimas ardientes.

—Mía es la culpa,—dijo para sí, aunque en tono bastante alto;— ¡pobre Teresa! ¿Cómo resistir á las inspiraciones del cielo? Perdóneme el Señor haberme opuesto á su piadosa vocación hasta obligarla á ejecutar como una falta de obediencia lo que debió hacer acompañada y protegida por mí.

Sorprendido el joven de tan favorable cambio, dobló en tierra una rodilla y exclamó con humildad:

—Padre, pues la perdona vuesa merced, perdóneme también á mí, que anhelo imitarla entrando en religión.

Don Alfonso puso la mano sobre la cabeza de su hijo, y le miró largo rato, mientras éste, palpitando de emoción, esperaba en silencio que se decidiera su suerte.

—Puedes hacerlo que quieras, —dijo al fin;— ¿por qué he de sacrificar vuestras existencias al vano goce de teneros á mi lado?

Don Antonio se puso en pie, y exclamó radiante de alegría:

—Gracias, señor; os debía el ser, y ahora os debo mucho más.

Cepeda volvió el rostro, y se alejó para internarse en una sombría alameda de naranjos; las lágrimas que hasta entonces había logrado contener, descendieron á raudales por sus mejillas. Don Antonio hizo un movimiento para seguirle; pero adivinó el motivo de tan brusca retirada, y se alejó silenciosamente en dirección opuesta.

En tanto el sol enviaba sus dorados rayos para llenar de alegría el delicioso jardín; mecía el aura las flores y esparcía sus perfumes; volaban las abejas entre los cálices para robar de ellos la miel, y saltaban los insectos en la hierba. ¿Vió el anciano durante su largo y triste paseo algo de lo que le rodeaba? Seguramente no; pero pasado el primer momento de debilidad, las lágrimas dejaron de correr, inclinó la frente, y á pesar del sentimiento que le desgarraba el corazón, ni un suspiro se exhaló de sus labios.





CAPITULO V

EN EL CONVENTO

I

CON qué ansiedad esperaba Teresa nuevas de su padre! Tardábale saber cómo habría tomado su determinación; así D. Antonio, deseoso de tranquilizarla, fué á verla al siguiente día, y le refirió minuciosamente lo ocurrido.

— ¡Gracias á Dios! — exclamó la doncella al escucharle ; — «nunca se cansa el Señor de hacernos mercedes ; ¡cuán cierto es que sus dones los da á quien quiere y cuando quiere, sin que cuente los años que lleva de practicar las virtudes.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIV, núm. 6.)

Consolada en la tribulación que tanto la había afligido, se dedicó á marchar por la senda de la perfecta vida á que aspiraba con paso tan rápido, que era asombro de sus compañeras. Durante más de dos meses D. Alonso, disgustado ó

resentido de la determinación de Teresa, batalló consigo sin ceder á los ardientes deseos que experimentaba por verla; y esta soledad, en vez de perjudicar á la pretendiente, le fué sumamente provechosa : separada de todos los afectos del mundo, uníase á Dios de tal suerte que su vida era la de un serafín abrasado en amores por su Creador.

Aunque muy ocupado en el casamiento de su hija Juana, no olvidaba Cepeda ni un instante á la que parecía haberse llevado consigo su alegría; pero ni hablaba de ella, ni se informaba de nada relativo á su existencia. Cuando solo y pensativo recorría el anciano las cámaras y galerías de la antigua morada, sentía una angustia inmensa, porque necesitaba apelar á los recuerdos del pasado para ver lleno de seres aquel recinto ; el primero y desconsolador vacío en la numerosa familia, era la tierna esposa ; después muchos de los hijos se habían esparcido como un puñado de aristas secas, sin que el sombrío dolor de Don Alonso se calmara por el tiempo que transcurría. Para el amor de aquel padre separado de las prendas queridas de su alma, no era consuelo que Lorenzo, el primogénito, creara en las Indias una fortuna mayor que las de todos sus nobles ascendientes; ni que María, rodeada de tierna y cariñosa familia, disfrutara en Castellanos apacible vida ; la felicidad que gozaba D. Antonio con vestir el hábito de novicio, y la de Juana en la opulenta mansión de su esposo, habían dejado agudas espinas en su lacerado corazón, acabando de entristecerle la ausencia de los hijos menores, que estudiaban en la universidad de Salamanca.

Pero al recordar una por una aquellas criaturas tan amadas, si bien padecía, no era con el sordo y cruel tormento que le causaba no ver á Teresa á su lado : reconveníase por lo que juzgaba egoísmo ; pero aunque fuerte para dominarse en todo lo que creía su deber, sólo se hallaba débil y cobarde al tratar de la que fué su preferida desde el día que nació.

A pesar de [que cada hora que pasaba sentía la hija de Cepeda nueva alegría por su resolución y aumentaban los deseos de llevarla á cabo, entristecía á veces las mayores dulzuras el desvío de D. Alonso, y habría dado gustosa todos los bienes de la tierra por verle ; día por día juzgaba iba á ser el último de tan penosa ausencia, y todos le dejaban la amargura de una esperanza desvanecida ; sin embargo, su fe no desmayaba, y el premio de ella no se hizo aguardar.

II

El 2 de Noviembre de 1536, la iglesia del convento de la Encarnación apenas podía contener la multitud que se apiñaba en ella ; las nobles damas se codeaban con las mujeres del pueblo, y los apuestos galanes con los niños y los mendigos. La noticia de que Teresa Cepeda iba á tomar el hábito se había extendido con la rapidez de una chispa eléctrica ; y como su juventud, hermosura y altas dotes de inteligencia eran conocidas en toda Avila, parecía que la ciudad entera se daba cita en aquel templo para verla por ultima vez entre los esplendores del lujo propio de su clase.

Pronto quedó satisfecha la curiosidad general ;

rodeada de sus hermanas y de las más distinguidas damas de la familia, se presentó la joven, y, á pesar de lo respetable del lugar, un murmullo de admiración se elevó por todas partes al verla.

Imposible hubiera sido soñar tipo de belleza más perfecta; las costosas galas que la cubrían y el brillo de los diamantes que sembraban sus cabellos como cuajadas gotas de rocío, palidecían ante la hermosura del semblante suavemente coloreado por la emoción que agitaba su pecho, y sobre todo por el resplandor de sus negros ojos.

—¡Bendígala Dios!

—¡Es la perla más rica de nuestra ciudad!

—¡Ay! Si la noble y santa Doña Beatriz levantará la cabeza, ¡qué día el de hoy tan feliz para ella!

—¡Buena esposa tiene Dios nuestro Señor en Teresa de Cepeda!

Estas frases, que claramente pronunciadas se oían de grupo á grupo, formaban en torno de la doncella como un aura de mundanas lisonjas: pero ella nada oía; su alma, su corazón, todo su ser se elevaba de la tierra, enajenada en la contemplación de las mercedes que debía al Señor. Él la había llamado, inspirado, fortalecido, y, finalmente, le concedía la deseada gracia de admitirla á sus bodas; y ¿qué extraño era, en tales circunstancias, que no pensara sino en la grandeza de estos favores?

—«¡Oh vida, vida!—exclamaba en su interior.

—¿Cómo has podido sustentarte ausente de tu vida? ¡Oh, Señor, qué suaves son vuestros caminos! ¿Qué haré yo para no deshacer las grandezas que usáis conmigo? ¡Oh almas que ya gozáis sin te-

mor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en las alabanzas de mi Dios: venturosa fué vuestra suerte: qué grandes razones tenéis para ocuparos siempre de estas alabanzas!» (*Exclamaciones*, núms. 1 y 13.)

Llena de tan dichosos pensamientos, Teresa atravesó, como la estrella que cruza el espacio, la apiñada muchedumbre, que se apartaba respetuosamente, y se dirigió á la puerta del claustro, que se abrió á su llegada; vió entonces á la comunidad que la esperaba y al mundo que la despedía con tanto anhelo de pertenecer á la primera como indiferencia y hastío le causaba el segundo; sólo al recibir la bendición y el postrer abrazo de su padre, sintió que el corazón se le estremecía: ¡le amaba tanto!

Después de las solemnes ceremonias, que hacían de la rica y codiciada heredera la desposada de Jesús, lo único que restaba de las grandezas del mundo eran las joyas y galas, confusamente arrojadas sobre un sitial, mientras la humilde novicia pedía con lágrimas su bendición á la anciana Priora y se prosternaba ante sus hermanas, para ser al punto levantada con abrazos de la más ardiente caridad.

Es un espectáculo conmovedor el que ofrece este acto de la vida, y, sin embargo, son muy pocas las personas que se fijan en su alta significación; acude el pueblo ávido de emociones, se discuten, inventan y aquilatan los motivos que impulsan á él; se alaba, admira ó desdeña el mérito de aquel ser que voluntariamente desaparece del mundo, y cuando todo ha terminado se dispersa la multitud, olvidada de lo que ha visto.

Mas conviene advertir á estos espíritus ligeros, para que se fijen y aprecien el valor de una toma de hábito, que en la mujer que cambia sus galas por el sayal han de considerar un alma que se despoja de todas las vanidades para llegar humilde al aprisco del Buen Pastor; un corazón valiente que renuncia á todo lo que el vulgo llama felicidad, y se priva de cuanto lisonjea el orgullo humano para cifrar todos los anhelos, aspiraciones, deseos y esperanzas de la vida en la cruz del Salvador, y aceptar una existencia de virtudes y sacrificios, hasta que, purificada, llegue á reposar tranquila en el seno de su Creador.

III

Teresa, cuya gran pena había sido la oposición de D. Alonso á su vocación religiosa, perdonada por él, autorizada la toma de hábito con su amada presencia y agasajada por toda la familia, empezó á disfrutar una felicidad apacible y llena de encantos. Sus nuevas hermanas se desvivían por manifestarle el afecto que le profesaban, pero el de Juana Suárez superaba al de todas; su alegría tenía algo de éxtasis, y aumentaba las penitencias para dar gracias á Dios, mientras el dulce objeto de tan tiernos desvelos, en la soledad del coro, en los trabajos de comunidad y dondequiera que se hallaba, sentía el corazón abrasado de amor y gratitud hacia *Aquel* á quien debía su dicha.

—«¡Oh, Dios mío!—pensaba muchas veces.—¿Para qué quiero desear más de lo que Vos quisierais darme? ¡Qué miserable es la sabiduría de

los mortales, y qué incierta su providencia!; Proveed por la vuestra los medios necesarios para que mi alma os sirva más á vuestro gusto que al suyo; muera ya en mí este yo, y viva en mí otro que es más que yo, para que le pueda servir: Él viva, y me dé vida; Él reine, y yo sea cautiva; que no quiere mi alma otra libertad!» (*Exclamaciones*, núm. 17.)

Las reflexiones de la humilde doncella se traducían en la perfección de sus obras, en la penitencia, donde aventajaba á las más fervientes; en la oración continua, y sobre todo en las altas dotes espirituales, que la hacían ser como el espejo donde las más perfectas se miraban.

El tiempo se deslizó suave cual si resbalara sobre una pendiente de flores; á las nieves del invierno sucedieron las galas de la primavera, las rubias espigas del estío y los remolinos de hojas secas que arrebatan las primeras brisas de otoño; había vuelto el mes de Noviembre, y con él llegaba el anhelado día de la profesión, que el fervor de Teresa acusaba de perezoso; parecíale que iban á surgir nuevos obstáculos que le impidieran realizar sus deseos, y que jamás llegaría á la posesión del Esposo adorado; á la vez el recuerdo de lo que severamente juzgaba sus *pasadas infidelidades*, cuando en realidad no habían sido verdaderas faltas, sino distracciones de su inocencia y tierna edad, la llenaba de amarga confusión y ansiaba pronunciar sus votos, para verse libre de turbaciones y sobresaltos.

La escritura de dote, otorgada desde antes de la toma de hábito, no ponía impedimentos; así, D. Alonso convocó á toda la familia, viniendo la

primera, desde Castellanos, Doña María, con la mayor de sus hijas, preciosa criatura que se fijaba en cuanto sucedía con un juicio superior á su niñez; y terminados los preparativos de la solemne ceremonia, amaneció en fin radiante y puro el día 3 de Noviembre de 1537, señalado para la profesión de la hija de Cepeda.

¡Misteriosos designios de la Providencia! Aquella hermosa virgen, considerada hasta entonces sólo como nobilísima doncella, enriquecida de méritos según las vanas ideas del mundo, iba á ser por medios extraordinarios el baluarte más firme de la Religión y el águila que edificaría nidos preciosos, desde donde sus hijos lucharían ventajosamente con la herejía que, amparada por el soberbio Enrique VIII de Inglaterra, amenazaba invadir la Europa entera como un torrente devastador.

IV

Flores, luces, incienso, salmos que se entonaban, voces puras y argentinas que respondían á las graves de los sacerdotes, ojos velados de lágrimas fijos con insistencia en el santuario, sollozos ahogados de algunos corazones que no podían dominar los afectos de la tierra; un pueblo que se estrechaba palpitante de encontradas emociones, he aquí lo que rodeaba á Teresa la mañana de su profesión.

Si hermosa había parecido adornada con el lujo propio de su clase, más bella parecía con la toca y el sayal; elevada en un éxtasis de amor

infinito, aquel venturoso instante le compensaba de todas sus angustias pasadas.

—¡Oh Señor y Dios mío!—decía procurando expresar quedamente en cortas y expresivas frases los conceptos que afluían á su imaginación;— «quien no os conoce no os ama». «¡Qué gran verdad es ésta!» «¡Oh, Jesús, qué larga es la vida del hombre, aunque se dice que es breve!» «Veisme aquí, Señor : si es necesario vivir para haceros algún servicio, no rehusó cuantos trabajos me puedan venir. ¡Oh contento mío y Dios mío ! ¿Qué haré yo para contentaros?» (*Exclamaciones*, núms. 14 y 15.)

Cuando llegó el momento de pronunciar los votos, su voz pura y vibrante, que se elevaba en medio de profundo silencio, hizo palpar todos los corazones ; con perfecta calma repitió una á una las sagradas promesas, y, al concluir las, Teresa de Cepeda había muerto para el mundo ; en cambio la Orden carmelitana adquiría la más radiante de sus estrellas.

Nada hemos dicho de los sentimientos de Don Alonso durante el noviciado de su hija, ni al presenciar el acto que para siempre se la arrebató, porque es imperfecto cuanto se hable queriendo explicar los grandes sufrimientos de la vida ; pero cuando el día de la profesión salió de la iglesia rodeado de sus hijos y nietos, y el aire y el sol hirieron su frente, pálida y contraída, se volvió hacia los muros que encerraban la gala más rica de su morada señorial, y le pareció que dejaba allí algo tan preciso para su existencia como el aire que respiraba. ¿Cruzó acaso por su calenturienta imaginación el recuerdo del costoso sacri-

ficio de Abraham? Si fué así, sólo entonces comprendería el valor de la obediencia á la voluntad divina.

Triste y aislado en medio de su numerosa familia, tuvo fuerzas para ofrecer al Señor lo que padecía en expiación de aquel ciego amor paternal que por tanto tiempo osó disputarle el corazón de su hija adorada; pidió perdón desde el abismo de su arrepentimiento, y el Padre de misericordias se lo otorgó según la fe con que lo demandaba y la necesidad que de él tenía, trocando la agitación de su ánimo en dulce paz, y las febriles angustias en cristiana resignación.

Ardua empresa sería explicar lo que pasaba entretanto en el agradecido y amoroso pecho de la nueva esposa de Jesús; después de treinta años de profesa, y con la sencillez que la caracterizaba, lo refiere así:

«A la hora de tener aquel estado me dió tan gran contento, que no me ha faltado jamás hasta hoy.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IV, núm. 1.)

¿Cuántos seres, aun los más favorecidos por la fortuna, podrán decir otro tanto? La verdad es que el porvenir, cuya felicidad estriba en los afectos humanos, es torre con cimientos de movediza arena, que basta un soplo de aire para derribarla, mientras el que se pone en manos de Dios es inmutable y dichoso como Él.





CAPITULO VI

BATALLAS DEL ESPÍRITU

I

Si durante el noviciado se había hecho querer Teresa de todas sus compañeras, desde el día de la profesión excedió á cuantas esperanzas hicieron concebir sus primeros fervores.

«Dábanme deleite — dice en el relato de su vida — todas las cosas de Religión, y así, algunas veces andaba barriendo en las horas que solía ocupar anteriormente en mis regalos y galas; y acordándome que estaba ya libre de aquellos cuidados, me daba tanto gozo que me espantaba, y no podía entender de dónde venía. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IV, número 1.)

Pero breves y contados fueron los días de tranquila felicidad que gozó la nueva religiosa; resentida gravemente su salud, le sobrevinieron grandes desmayos y recias convulsiones que la llevaron á las puertas del sepulcro ; los médicos

más afamados de Avila combatieron sin comprenderlo aquel extraño mal, y D. Alonso, que disfrutaba una temporada de solaz en Castellanos con sus hijos, apenas recibió la triste nueva regresó prontamente á la ciudad.

Durante muchos días, y á pesar de cuantos remedios se le aplicaban, vióse crecer el peligro de manera que hacía perder las últimas esperanzas. ¿Cuál era la causa de la misteriosa enfermedad que amenazaba segar en flor aquella preciosa existencia? ¿Sería la mudanza de su regalada vida por otra de trabajo continuo, aspereza y mortificación? Nadie lo sabía; todo eran conjeturas y medicamentos inútiles, cuando no perjudiciales.

II

En tan grave conflicto únicamente podía tomarse una determinación: no se prometía por este tiempo clausura en el convento donde Teresa había hecho sus votos, y bien podía Cepeda sacarla de él y llevarla á otro pueblo, por si la mutación de aires y cambio de tratamiento lograban mejorar el trastorno y suma debilidad de la enferma; receloso de que pusiera obstáculos, el amoroso padre no permitió que la consultaran esta resolución, y, venciendo cuantas dificultades ofrecía el caso, consiguió al fin trasladarla á Becedas casi sin esperanzas de que pudiera recobrar la salud. La tierna amistad que Juana Suárez profesaba á Teresa fué causa de que la Priora permitiese á la fiel amiga acompañar en su viaje á la hija de Cepeda.

Llegó el invierno con fríos intolerables y heladas crueles ; la opinión de los facultativos de Becedas fué que hasta el verano próximo era imposible hacer con buen éxito la difícil cura que exigía el mal, pero que entretanto debía la enferma continuar disfrutando el saludable aire del campo ; según este dictamen, Teresa, con todo género de precauciones, fué trasladada á Castellanos, donde María, su esposo é hijos rivalizaron en celo y unieron sus cuidados á los que le prodigaba sin cesar la buena y afectuosa Juana Suárez.

También desde Hortigosa acudió, lleno de sollicitud, Pedro Cepeda; y convencido de que el mejor remedio para los sufrimientos del cuerpo es el esparcimiento y quietud del ánimo, trajo á su sobrina algunos de los buenos libros que poseía, para que en ellos aprendiera á servir á Dios con mayor perfección.

Las páginas en que por obediencia escribió Teresa los detalles de su trabajosa vida, conservan el título de la piadosa lectura que en esta ocasión consoló las tristezas de su larga enfermedad. Era la tercera parte del *Abecedario de la Oración*, del P. Osuna; aficionada á sus dulces y sabias lecciones, y dedicada enteramente á tratar con el divino Esposo, la hija de Cepeda parecía espiritualizarse de día en día, crecer en fervor y llegar hasta considerar sus padecimientos como celestiales favores; causaba admiración y encantaba á cuantos la veían hallarla siempre humilde, afable, alegre en los trabajos, solícita de la gloria de Dios, y tan olvidada de sí como atenta y deseosa del bien de los demás.

Desde que llegó al pueblo confesaba con más

frecuencia quizá que cuando se hallaba en el convento; y como la elección de sujeto para tan importante cargo la preocupase mucho, le aconsejaron tomara por director á un sacerdote conocido como excelente letrado, pues á todos parecía que inteligencia tan elevada como la de la hija de Cepeda debía guiarse por quien fuese verdaderamente sabio.

Aceptó Teresa, y fué á confesarse con D. Alvaro Ruiz Tello, que era la persona que le indicaban, y por algún tiempo estuvo sumamente satisfecha de su elección; las palabras del sacerdote eran suaves, y su ingenio tan claro como brillante su erudición; el modo que tenía de dirigirla estaba muy conforme con el espíritu religioso de que Dios le había hecho merced; pero á medida que su virtud era conocida y apreciada por el confesor, un extraño sentimiento reemplazaba en éste á la indiferencia que le inspiró al principio su nueva penitente; confusa mezcla de temor y respeto que le humillaba, porque le hacía considerarse miserable y pequeño ante alma tan pura, llegó tal idea á mortificarle en términos que su conducta con la religiosa varió completamente.

Á la blandura y mansedumbre de los primeros días, siguieron claras muestras de desagradó; mostrábase torpe, distraído, irascible y severo; esquivó sin pretextos la presencia de su humilde hija de confesión, y, finalmente, confundido y enojado con todos, y consigo el primero, cayó en una postración de ánimo que llenó de dolor é inquietud á cuantos le trataban. Mucho trabajo costó á Teresa conocer la diferencia que

progresivamente notaba en el sacerdote; desconsolada por creerla culpa suya, mortificó el inocente pensamiento para recordar las faltas que suponía haber cometido; pero cuando, después de minucioso examen, se convenció de que no había dado el menor motivo, comprendió con perfecta lucidez de espíritu los grandes males que sufría aquel alma, aunque sin tener la menor idea de las causas que los producían.

III

Los caminos de que Dios se vale para ganar á las criaturas se hallan tan ocultos á nuestras inteligencias, que sólo viendo la realidad de los hechos llegamos á comprenderlos alguna vez. Los más distantes son con frecuencia los más seguros, así como primera y visible prueba de la influencia que tenía con el Señor su dulce y sufrida esposa iba por su medio á despertar del culpable letargo en que yacía á un pecador rebelde y contumaz hacía muchos años.

Desde que la hija de Cepeda tuvo por intuición el convencimiento de que D. Alvaro sufría graves contrariedades y recios trabajos, despertóse en ella una tierna compasión; y como por la imposibilidad de sus males estaba reducida á forzada quietud, entregóse á continua oración para rogar fervorosamente por aquel alma tan necesitada de la gracia divina.

Ruiz Tello había determinado mil veces excusarse de cualquier modo y dejar la dirección de una criatura cuya pureza de conciencia era sangriento reproche de su conducta; pero no tenía

valor; encontraba en ello una amarga expiación, y le parecía que con sufrirla ganaba algo para atreverse á esperar en la misericordia de Dios. Su desdicha y las malas artes de un corazón enteramente pervertido se habían juntado para ligarle con la pesada cadena de un delito impropio de su respetable edad y sagrado carácter.

Duranto mucho tiempo, adormecido en la culpa y esclavo de un afecto muy vivo, no tuvo conciencia de lo que hacía; acumulaba estudios sobre estudios, sin comprender que *toda la ciencia es nada cuando no tiene por base el santo temor de Dios*; mas al ver llorar á Teresa levísimas faltas como graves crímenes, se sintió herido de saludable temor, y cada vez más espantado al considerar lo imponente de la eterna justicia, comprendió que no tenía derecho para erigirse en juez quien debía pedir misericordia como reo.

Por más que se procuren ocultar, los grandes dolores se adivinan siempre; alguna palabra dicha al azar reveló á la religiosa mucha parte de los tormentos que el sacerdote sufría, y con la timidez de su inocencia le alentó en el buen camino y rogó eficazmente al Señor le iluminara y protegiera; así pasaron dos meses; y como Teresa se hallara cada vez peor, siéndole imposible ir á la iglesia por las grandes calenturas que le daban diariamente, afligida del retraimiento de su confesor le envió á decir que le rogaba fuese á verla, ó al menos que la tuviera presente en sus oraciones al celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Esta humilde súplica produjo en Ruiz Tello un extraño acceso de ira. ¿No era bastante la

confusión que había llevado á su ánimo el trato con la religiosa, sino que la había de aumentar yendo á visitarla? ¿Cómo buscar frases piadosas que endulzaran sus padecimientos, y sobre todo, cómo tener presente sus virtudes hasta durante la celebración de los divinos misterios? Esta última reflexión le afligió más que cuantas espinas laceraban su pecho: ¡hacía tiempo que osaba llegar á los altares y recibir en su manchado y miserable corazón al Santo de los Santos! ¡Era reo de un delito cuya gravedad aparecía con fatídico brillo ante los ojos de su alma, á la vez que asaltaban su memoria estas frases, que la amargura del arrepentimiento habían hecho pronunciar á la hija de Cepeda:

— «¡Oh Dios mío dé mi alma, qué prisa nos damos á ofenderos! ¿Qué causa hay para tan desatinado atrevimiento?» (*Exclamaciones*, número 10.)

— Es cierto, — pensaba D. Alvaro, mientras con acelerados pasos salía de su casa y caminaba sin saber adónde; — son avisos de Dios que me llama por medio de esta sierva suya; no más dilaciones: ¿sé acaso los días ó los instantes que me restan de vida?

IV

Eran las últimas horas de una tarde tibia y despejada; empezaban los árboles á cubrirse con hojas de un verde tierno, y el campo de aterciopelado musgo, salpicado de florecillas azules y rosadas; en una sala del piso bajo, con puerta y ventana á la frondosa huerta de la casa donde

vivía, se hallaba Teresa cada vez más pálida, débil y enflaquecida, pero hermosa y tranquila como siempre; hundida más bien que sentada en un ancho sillón de cuero, arropada con algunas pieles y apoyados los pequeños pies en un escabel de roble tallado, habíase hecho conducir delante de la ventana, desde donde con mirada dulce y vaga contemplaba la puesta del sol; la brisa llena de aromas acariciaba su ardorosa frente, mientras el suave calor que por la espalda recibía de la gran chimenea donde ardían haces de sarmientos, templaba el frío nervioso de la calentura, que minaba lentamente su ser.

La tranquilidad que la rodeaba era solemne; los únicos ruidos venían de la huerta con el piar de los pajarillos y el sordo rumor de la presa, en la acequia del molino. La niña María, hija mayor de su hermana, hacía compañía á la enferma, caminaba de puntillas por no turbar su reposo, y aunque á veces ponía en el escabel pimpollos de rosas ó margaritas silvestres, procuraba que no se advirtiera su presencia, ligera como la de una mariposa.

Pero ni la niña, ni Juana Suárez, que de rato en rato se acercaba á ella, distraían á la religiosa de su profunda meditación; embebida en la hermosura y grandeza de Dios, suspiraba por verle de cerca, y elevaba de lo íntimo del corazón un himno de amor constante y deseo infinito.

—«¡Oh deleite mío y Señor de todo lo criado! —decía más con el pensamiento que con los labios.—¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida en que no se vive! ¡Oh qué soledad tan sola!

¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? ¡Oh muerte, no sé quién te teme, pues está en ti la vida! Mas ¿quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios?» (*Exclamaciones*, núm. 6.)

Esta conclusión trajo á su mente el recuerdo de la pobre alma de D. Alvaro, tan débil y afligida, cuyas extrañezas eran efecto de sus mismos combates. ¡Razón tenía en recordarlos, pues precisamente en aquellos momentos sufría uno de los más crueles entre la gracia y el pecado!

—«¡Oh Señor,—prosiguió,—tened piedad de las almas que os ofenden; resucitad estos muertos; sean vuestras voces tan poderosas que, aunque no os pidan la vida, se la déis! ¿No os pidió Lázaro que le resucitarais? Por una mujer pecadora lo hicisteis. ¡Vedla aquí mayor! ¡Resplandezca vuestra misericordia: yo, aunque miserable, la pido por los que no os la quieren pedir!» (*Exclamaciones*, núm. 10.)

V

—Hermana,—dijo con su voz suave y reposada Juana Suárez,—el Sr. Álvaro Ruiz viene á saber cómo te hallas.

—¡Oh padre mío, cuánta bondad la de vuestra merced,—exclamó Teresa, volviéndose hacia el que llegaba, aunque apenas podía moverse á causa de su mucha debilidad.

—No se moleste mi hija,—repuso el sacerdote profundamente conmovido al contemplar no tanto los estragos de la enfermedad, como la serena paz de aquel rostro, que no parecía pertenecer á la tierra.

Juana Suárez acercó un sillón, y D. Alvaro se dejó caer en él; asombrábase de encontrarse allí; ¿qué misterioso poder le había guiado sin apercibirse del camino que seguía, hasta hallarse al lado de la persona que más deseaba evitar?

La niña María acudió presurosa á besar la mano de Ruiz Tello, y le dijo alegremente:

—¿Sabe vuesa merced que cuando mi tía se ponga buena y torne á su convento me va á llevar con ella?

—¿Y qué dice del proyecto Doña María?

—Señora madre está muy contenta, porque allí me enseñarán á ser santa.

—¡El Señor bendiga tus buenos deseos!

La niña, dando por terminada la conversación, hizo una caricia á Teresa, y con la inocencia propia de su tierna edad volvió á sentarse en el umbral de la puerta, y continuó su tarea de entrelazar guirnaldas de margaritas y amapolas; poco después Juana Suárez se retiró discretamente.

Reinaron algunos instantes de penoso silencio; D. Alvaro, que tenía el propósito de exponer claramente á la religiosa su resolución de que buscase otro director, llegada la hora no sabía cómo decirlo. ¡Tan difícil le parecía ocupar aquel pensamiento, fijo siempre en Dios, con las miserias y penalidades de la vida!

Cuando un corazón culpable largo tiempo despierta al arrepentimiento, cuanto le rodea parece tomar voz para dirigirle enérgicas reconvenciones; así, deseoso de huirlas, y por una reunión de circunstancias en que su voluntad no había tenido parte, Ruiz Tello, decidido á substraerse á la tortura moral que sufría, dejaba para siempre á

Castellanos ; esperaba que , lejos del alma pura que le hacía comprender la enormidad de sus faltas , podría vivir , si no tranquilo , al menos bastante aturdido para no ocuparse del lastimoso estado en que se hallaba .

Sumido en tristes reflexiones , y sin saber cómo empezar , la situación se le hacía de tal modo insoportable que hasta la armoniosa voz de la niña , cantando levemente , le mortificaba ; uno de los últimos rayos de sol dorado y brillante que penetraba por la abierta ventana envolvía como un velo de resplandores la cabeza de la joven esposa de Jesús , y prestaba á su pálido rostro un idealismo difícil de explicar .

— ¿Y cómo le va en estos días ? — dijo al fin D. Alvaro por decir algo , pues comprendía que guardar silencio más tiempo era contrario á todas las conveniencias sociales .

— No muy bien , Padre , — repuso dulcemente la religiosa ; — y doy gracias á vuesa merced porque ha venido ; mucho me consuela su caridad .

— Hace quizá dos semanas que tengo intención de verla , pero multiplicados quehaceres me lo han impedido ; sin embargo , hoy me decidí , con tanta más razón cuanto que mi visita tiene un doble objeto .

Calló un instante , y prosiguió con acento inseguro :

— El primero saber cómo se hallaba su reverencia , y el segundo despedirme , pues mañana al amanecer me ausento de Castellanos por largo tiempo .

— ¿Sí?... — murmuró Teresa , dando á la sencilla pregunta tal vibración que D. Alvaro sintió

brotar el sudor de la angustia de la raíz de su cabello.

—Sí, por cierto; —afirmó con extraña volubilidad; —este pueblo no conviene á mi delicada salud; además, varios graves asuntos que tocan á mi adelantamiento y mejoría me llaman á Burgos lo más pronto posible.

—¡Dios le guíe! —exclamó tristemente la religiosa; — sólo le ruego tenga presente *que el que no deja de andar va siempre adelante*. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XII, núm. 6.)

—¡Juiciosa máxima, y que es cabalmente el motivo de mi ausencia! —replicó el sacerdote, como si tomara en chanza el consejo; — desde que la fortuna no viene á buscarme á este rincón del mundo, me he propuesto viajar hasta encontrarla.

—No es tan difícil como la bienaventuranza, pues *errado lleva el camino para el cielo el que cree llegar allá por placeres y honras* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXVII, núm. 9.); y si éste ha de ser nuestro verdadero descanso, bien merecen los cuidados temporales que les demos de mano para que no lleguen á impedirnos lograr las felicidades eternas.

Estas palabras, aunque dichas con suma sencillez, impresionaron de tal modo al sacerdote, que se levantó y empezó á recorrer la estancia á largos pasos, con una agitación que en vano trataba de disimular.

—Vamos á separarnos para siempre, hija mía —dijo al cabo con extraña dulzura, deteniéndose

frente á la religiosa;—y es mi deber, no sólo pedirle perdón de la injusticia con que la he tratado, sino encomendarle muy de veras que ruegue por mí á Dios nuestro Señor.

Se detuvo un momento, y añadió en voz baja y rápida :

—¿Tiene su reverencia alguna idea de mi situación ?

—Sí,—respondió Teresa sin vacilar;—vuesa merced lucha por romper una cadena de graves faltas contra Dios.

—Es verdad,—repuso Tello con amargura;—y más todavía : que son inútiles mis esfuerzos para conseguirlo; escúcheme en caridad, y perdóneme que la distraiga de sus santas meditaciones para hablarle de mis desdichas.

Mozo, rico, obsequiado y lleno de vanidades, elegí el estado que tengo, no tanto por seguir piadosas inclinaciones, como por no defraudar las esperanzas que se fundaban en mí. Durante la carrera que seguí en Salamanca, vivía como los otros estudiantes, y era á la par de ellos pendenciero y rondador; participaba de sus orgías y placeres, y era mi nombre tan famoso como el que más; en aquella temporada de vértigo traté á una persona á quien me aficioné medianamente, y de la cual me separé sin violencia cuando las sagradas Ordenes me impusieron deberes que, á pesar de mis locuras estudiantiles, estaba decidido á cumplir.

Interrumpióse D. Álvaro; esperaba quizá una frase que le diera ánimo para seguir; Teresa, abstraída en profunda meditación, bajos los ojos y cruzadas las manos sobre las rodillas, es-

cuchaba con el pensamiento fijo en su paciente y divino Esposo, mientras la niña, indiferente á las penas que se revelaban á su lado, continuaba su lenta cantilena y distraída ocupación.

—Por muy poco que valiera,—prosiguió Ruiz Tello con un profundo suspiro,—no fué la resignación la virtud que más brilló en la persona que he dicho; por el contrario, fuí batido con cuantas armas puede usar el despecho mujeril; pero triunfé valerosamente de ellas, y abandoné á Salamanca orgulloso de mi victoria.

Pasaron años, y durante ellos, dedicado enteramente al estudio, logré que mi nombre fuera conocido y respetado en la república de las letras; verdad que mi cabello había encanecido y que las arrugas surcaban mi frente; pero vivía tranquilo y olvidado de la borrascosa juventud, cuya memoria hubiera debido hacerme cauto y prudente. Un día apareció en este lugar la persona de que he hablado, y por circunstancias largas de referir tuve que volver á tratarla; la compasión por ella hizo la herida, y el orgullo la envenenó; ¿qué más podré decir? Desde mi caída vivo como cuerpo sin alma, pero hasta ahora no había sentido congoja ni remordimientos; sin embargo, la luz que me muestra el abismo en que estoy me ciega é impide salir de él.

Inclinó la cabeza como un reo ante su juez y guardó silencio, mientras una lágrima ardiente marcaba la primera huella en su mejilla.

—¡Dios es la vida y la resurrección! — exclamó Teresa con inspirado acento. — Vuélvase á El, Padre mío, que más gozo hay en el cielo

por la conversión de un pecador que por la gloria de noventa y nueve justos.

Don Alvaro movió con desaliento la cabeza, y sin levantar los ojos continuó :

— La lucha que sostengo gasta los resortes de mi vida tan rápidamente, que este convencimiento contribuye á desanimarme ; temo ser llamado á juicio muy pronto, y ¿qué tiempo de penitencia me queda para disponerme á él ?

— ¡Oh, mi Padre, no hable así vuesa merced; se lo ruego por las entrañas de misericordia de Nuestro Señor Jesucristo! Tales ideas son impropias de su sagrado carácter y lazos que le arma el enemigo para perderle. Arrepíentase y ore ; Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

— No es posible explicar lo que sufro y lo cobarde que soy en todo cuanto se relaciona con la cómplice de mi falta, — murmuró el desdichado, que hacía algunos instantes daba vuelta entre sus dedos á un objeto que Teresa no distinguía bien ; desde el día que por segunda vez la hallé en mi camino, tengo conmigo esta prenda, que con vivas ansias me rogó no abandonara nunca ; en muchas ocasiones he tenido intención de arrojarla, y no he podido vencerme á hacerlo; si para un acto tan sencillo me falta valor, ¿cómo tenerlo para resoluciones más graves?

La religiosa fijó los ojos con vaga curiosidad, y vió una figurilla de cobre groseramente esculpida, pendiente de una cadena del mismo metal, que por lo gastada acusaba largo tiempo de uso.

— Si me permite vuesa merced, —dijo,— gustaría examinarla despacio.

Don Alvaro, con marcada repugnancia, entregó la figurilla, y Teresa la contempló largo rato, fijándose hasta en los menores detalles; la entrada de Juana Suárez y Doña María se la hicieron ocultar rápidamente, reservando volverla á su dueño cuando aquellas tornaran á retirarse; pero no sucedió así, porque la conversación se hizo general, animada con el deseo de distraer á la enferma, llegando á prolongarse tanto que D. Alvaro se levantó para despedirse; y aunque en extremo contrariado, no se atrevió á reclamar el objeto que dió, y hubo de contentarse con prometer que volvería al día siguiente.

VI

La tarde tocaba á su término, y misteriosos velos de sombras envolvían los árboles de la huerta; Doña María salió á dar órdenes para la merienda de los trabajadores, y al poco rato Juana Suárez fué por una medicina; apenas Teresa quedó sola con la niña, se apresuró á llamarla.

—¿Qué quiere vuesa merced?—preguntó María dejando caer las flores que llenaban su falda para acudir más pronto al lado de la enferma.

—¿Te daría miedo ir á la acequia?—le dijo ésta en voz muy baja.

—Ninguno, porque va en mi compañía el angel de la guarda.

—Entonces vas á hacer lo que te digo: toma esta figura, vé con mucho cuidado hasta la orilla; sin acercarte demasiado la arrojas, y tornas aquí sin volver la cara atrás.

Un pensamiento había surgido en la viva ima-

ginación de Teresa, y lo ejecutaba con el convencimiento de que servía á Dios; aunque no concedía importancia alguna á prenda tan ruin, bastábale su origen para asumir en sí la responsabilidad de hacerla desaparecer; la niña cumplió el encargo con la mayor gravedad, y volvió al lado de la religiosa, que la vió tornar con tanto gozo como sobresalto sintió al enviarla.

Entonces fué cuando la espantó su atrevimiento. ¿Qué respondería á D. Alvaro cuando le reclamara la prenda que dejó en sus manos? Como le era imposible remediar lo hecho, recobró la tranquilidad dejándolo todo en manos de Dios.

El sacerdote no volvió; durante aquella noche se obró en su espíritu una revolución inmensa; sintióse fuerte, rompió sus culpables lazos, y marchó de la aldea para entregarse á estrecha y penitente vida.

Ni afirmamos ni negamos que el objeto arrojado á la acequia pudiera influir en la resolución de Ruiz Tello; pero si creemos piadosamente que las santas medallas y devotos escapularios obran á veces milagrosas conversiones, del mismo modo es lícito suponer que el enemigo de las almas se vale alguna vez de medios materiales cuando las criaturas, sin luz ni temor de Dios, se proponen realizar sus fines á toda costa.

«Yo no creo en hechizos determinadamente», decía Teresa al referir este episodio de su vida, «mas diré esto que sé para que se guarden hombres y mujeres»; y después añade: «á trueque de llevar adelante su voluntad y la afición que el demonio les pone, no miran nada». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. V, nú-

mero 2.) Todo el caso referido es del mismo capítulo.

Al cabo de un año, llegó á Teresa la noticia de la muerte ejemplar de D. Alvaro Ruiz Tello, y le sirvió de grandísimo consuelo saber, al par de ella, que había procurado rescatar sus faltas con virtudes y ásperas penitencias; era la primer alma que debía su conversión á las oraciones y méritos de la humilde esposa de Jesús.





CAPITULO VII

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

I

Las alegrías de la tierra pueden compararse con las blancas y rosadas flores del almendro; nacen con la aurora, y á la puesta del sol caen de las ramas deshojadas y marchitas: hemos visto á Teresa realizar sus deseos de entrar en religión, y juzgar que nada le quedaba que hacer sino dejarse llevar por la suave pendiente de su destino hasta llegar al puerto feliz de la bienaventuranza; y apenas ha recorrido la primera etapa de tan difícil carrera, la hallamos combatida por rudos padecimientos, que ponen á prueba su paciencia y angélica resignación.

La vuelta de la primavera hizo que la trasladasen de nuevo á Becedas, donde los facultativos, con mejor deseo que acierto, no hicieron con los complicados remedios sino aumentar sus ma-

les ; he aquí de qué manera describe la dulce mártir tan dolorosa situación :

«Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia de lo que pedía mi complexión... A los dos meses, á poder de medicinas tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de que me fuí á curar mucho más recio ; algunas veces me parecía que con dientes agudos me destrozaban el corazón, tanto que se temió fuese rabia. Ninguna cosa podía tomar sino bebida, y me tenía tan gastada (porque casi en un mes me habían dado una purga cada día) que se me empezaron á encoger los nervios, con dolores tan insoportables que ningún sosiego podía tener. La tristeza era profunda, y los médicos me desahuciaban por hética ; imposible parecía poder sufrir tantos males juntos ; ahora me espanta, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió para sufrirlo todo, que se veía claro que venía de Él. Mucho me aprovechó también leer la historia de Job en las *Morales* de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto, y haber empezado á tener oración, los medios para que lo pudiese llevar con tanta conformidad. Traía de ordinario en el pensamiento, y las decía estas palabras: «Pues »recibimos los bienes de manos del Señor, ¿no »sufriremos también los males? (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. V, núm. 3.)

II

Llegó el mes de Agosto sin que los recios accidentes hubiesen tenido mejoría ; desde Abril la

existencia de Teresa era un prolongado y doloroso martirio, cada vez con menos esperanzas de salud; pero la víspera de la Asunción un terrible paroxismo la privó completamente de sentido, llenando de consternación á su desolada familia.

Don Alonso era el más afligido, no sólo por el grandísimo amor que profesaba á su hija, sino porque la conciencia le argüía severamente; aquella mañana había deseado Teresa recibir el consuelo de los santos Sacramentos, y él, temeroso de que lo hiciera por creerse próxima á morir, y que la contrición y tiernos afectos la empeoraran, pretextó leves inconvenientes; y como ella insistiera, se negó en absoluto. Así, cuando algunas horas después la vió con todas las señales de muerte, sintió punzantes remordimientos; si la religiosa expiraba sin confesión, ¿quién sino él era responsable de esta falta ante la justicia de Dios?

En la confusión de tan tristes circunstancias, médicos y religiosos se agrupaban en torno del lecho donde yacía la enferma; y mientras los primeros multiplicaban recetas, en cuya eficacia ni ellos mismos confiaban, los segundos repetían las oraciones de los agonizantes; los criados iban y venían sin concierto; los hermanos de Teresa lloraban, y Cepeda, retirado en lo más apartado de su casa, humillaba la frente hasta el suelo é imploraba la misericordia del Señor.

III

Cuatro días hacía que la religiosa permanecía rígida y helada, insensible á los crueles reme-

dios como á las tiernas caricias y lastimeras quejas.

¿Alentaba todavía el alma en aquel cuerpo? Tal era la pregunta que todos se hacían, y mil opiniones contradictorias llenaban los ánimos de dudas: la situación era difícil; ¿cómo robar más tiempo al sepulcro los restos que le pertenecían? Mientras algunos indicaban tímidamente que aún se debía esperar, los demás, asombrados de la tenacidad de D. Alonso, censuraban que no se hubiese trasladado la difunta á su monasterio, donde hacía día y medio que tenía abierta la sepultura; ¿á qué aguardar, cuando ya en varios conventos, y principalmente donde se hallaba su hermano D. Antonio, se le habían hecho honras fúnebres?

Nadie, sin embargo, podía convencer de su desgracia al desolado y amoroso padre. «Esta hija mía no es todavía para ser enterrada» (Padre Yepes, lib. I, pág. 134.),—decía bruscamente á los que le hablaban en tal sentido, y su voz opaca vibraba tristemente en el corazón de quien le oía; mas si en presencia de la familia y amigos mostrábase inflexible, en la soledad se deshacía en lágrimas y golpeaba su pecho con profunda pena, rogando á Dios devolviera la vida á Teresa como prueba visible de que su pecado merecía perdón.

Velaban á la madrugada de la cuarta noche Doña María Cepeda y Juana Suárez aquel sueño aterrador, en la convicción de que acompañaban á un cadáver, cuando el débil eco de un suspiro detuvo el latir de sus corazones y las hizo inclinar en silencio hasta tocar el helado rostro de Teresa;

por algunos instantes nada confirmó sus esperanzas; pero después de un espacio, cuyas angustias es difícil comprender, otro suspiro más acentuado que el anterior las convenció de lo que juzgaban imposible.

Mientras Juana levantaba suavemente á la enferma y le hacía tragar gota á gota un cordial que estaba prevenido, Doña María salió precipitadamente, llamó á su padre y á los religiosos que velaban en la cámara inmediata, y volvió con ellos palpitante de sobresalto y emoción, para que asistieran todos maravillados á lo que realmente podía considerarse como una resurrección.

En tanto la hija de Cepeda, sin hacer movimiento alguno, abrió los ojos y fijó en los circunstantes una vaga mirada; quiso después hablar, pero no pudo articular ni un sonido; Juana continuaba sosteniéndola; D. Alonso y Doña María, arrodillados junto al lecho, la contemplaban temerosos de ver en un momento desvanecida su esperanza; Teresa entornó dulcemente los párpados, hizo un supremo esfuerzo, y murmuró con voz débil de extrañas modulaciones:

—«¿Para qué me han llamado? He estado en el cielo, y he visto el infierno; mi padre y Juana Suárez se han de salvar por mi medio: he visto los monasterios que he de fundar, y las almas que se salvarán por mí. Moriré santa, y mi cuerpo será cubierto de un paño de brocado?» (P. Yepes, lib. I, fol. 135.)

Todos los que rodeaban á la enferma, creyeron aquellas frases hijas del delirio; ella misma, al recordarlas después, las llamó *disparates*; el tiempo se encargó de mostrar que fueron

inspiradas por verdadero espíritu de profecía.

Después de las breves palabras que con sumo trabajo pronunció, tornó á perder el sentido; pero entonces fué solamente un desmayo, del que con facilidad se la hizo volver; al referir estos sufrimientos, dice:

—«Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo V, núm. 4.)

Apenas recobrado un soplo de fuerzas, le aprovechó en confesar y comulgar; hízolo con muchas lágrimas, y tan deseosa de su mayor santificación cuanto era grande su temor de haber acabado la vida sin estos saludables remedios.

IV

Nadie como Teresa pinta con vivos colores su larga y penosa convalecencia.

—«Quedé de estos cuatro días de paroxismo de manera que sólo Dios puede saber los insupportables tormentos que sentía,—dice.—La lengua hecha pedazos de mordida, la garganta seca de no haber pasado nada, y tan gran debilidad que ni el agua podía tragar; me parecía estar toda descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; hallábame encogida como hecha un ovillo, que en esto paró el desatino de aquellos días; sin poder mover ni brazo, ni mano, ni pie, ni cabeza; tocarme no había modo, pues me sentía tan lastimada que no lo podía sufrir; con una sábana, unas de un cabo, otras de otro, me volvían; esto

duró hasta Pascua florida.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VI, número 1.)

Añádase el rigorde unas cuartanas dobles, cuyos intensos fríos destrozaban su delicado cuerpo, y grandísima repugnancia hasta de los alimentos más sanos y sencillos, y se comprenderá el estado en que se hallaba cuando se hizo conducir á su convento con tanta prisa, como si entre aquellos muros tuviera seguridad de recobrar prontamente la salud.

Grande fué la alegría de las religiosas viendo llegar viva á la que habían llorado muerta; pero á tan grata impresión sucedieron graves inquietudes y temores de una fácil recaída. Durante ocho meses los padecimientos de la hija de Cepeda fueron continuos, y tan vehementes que en nada hallaba descanso; después se calmaron un poco; *pero cuando á los tres años de tullida comenzaba á andar á gatas, alababa á Dios.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VI, número 1.)

¡Oh cuánto debemos avergonzarnos, las almas débiles ó poco sufridas, de la constancia de Teresa en todas las pruebas que le envió el Esposo divino! Anhelamos llegar á la Sión eterna por camino de flores, y cuando sentimos la menor punzada de los muchos abrojos que le llenan, nos detenemos y acobardamos, pareciéndonos imposible seguir adelante.

A pesar de que Teresa de Cepeda padecía lo que no es decible, extremaba sus cuidados por que los males del cuerpo no agriasen la blandura y mansedumbre de su apacible carácter. Servíale

de mucho para ello la continua memoria de lo que el Señor había sufrido por amor á las criaturas, y esta meditación endulzaba todas sus penas ; mas á medida que adelantaba la convalecencia, empezaron á atormentarla grandes desasosiegos y crueles temores, comienzo de una larga época de tribulaciones, congojas y durísimos trabajos.

V

Dejando aquí suspensa la narración, quiero dedicar un tierno recuerdo á la buena maestra y ejemplar religiosa Doña María Briceño, que murió algunos meses después de la profesión de su discípula predilecta.

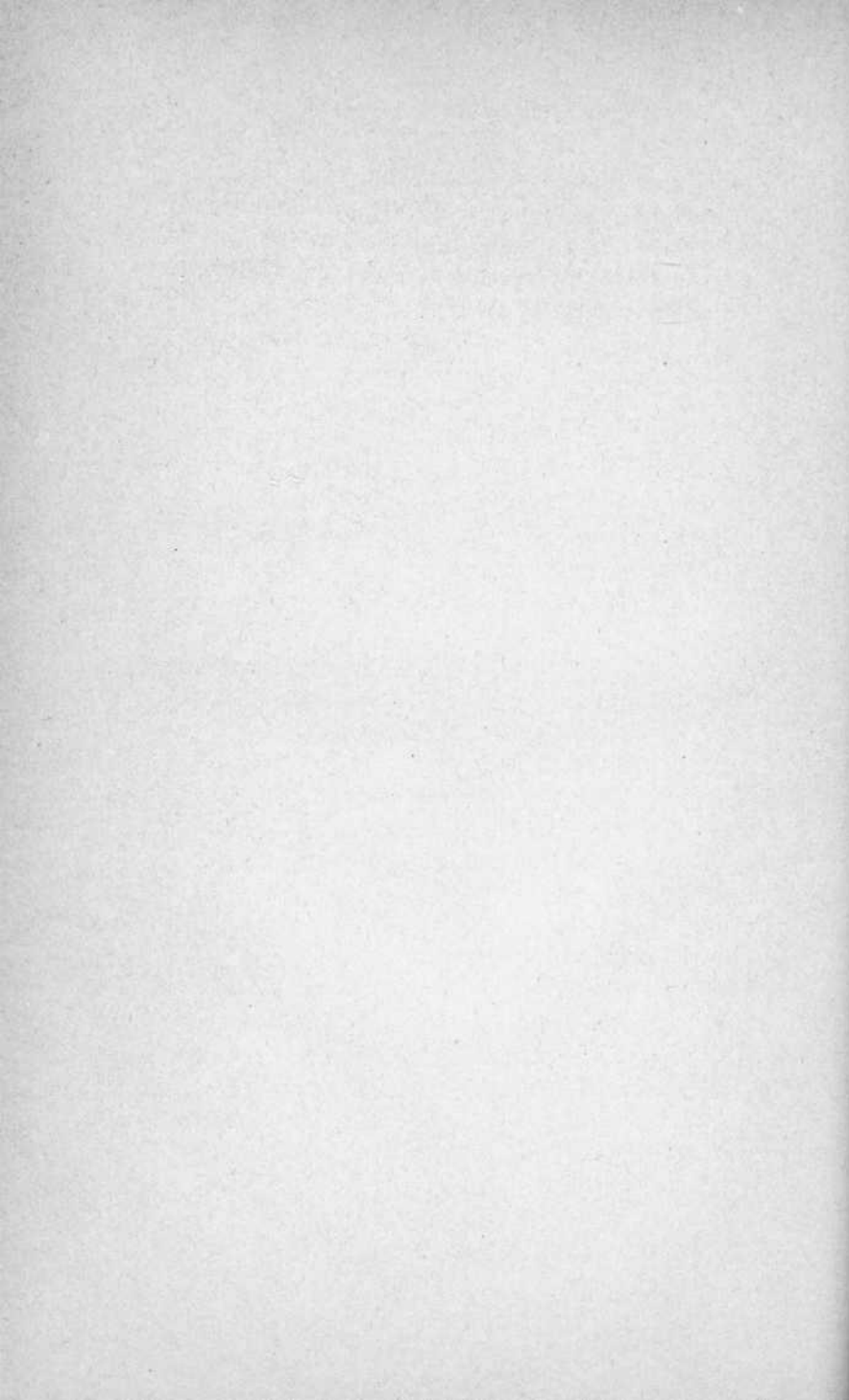
Si los añosos árboles del huerto, las fuentes de los patios ó las rejas del coro hubieran tenido el don de la palabra, habrían repetido las que la anciana murmuraba sin cesar para pedir á Dios por la felicidad de Teresa, que constituía en la tierra la más dulce de sus afecciones; los elogios que oía hacer de ella, y cuyo eco le llegaba como suave perfume, llenaban de gozo su corazón, inclinándole á amarla cada día más.

Aunque nada queda dicho por no descuidar el interés principal, bien comprenderá el pío lector cuán cumplidamente pagaba la deuda de tan santa amistad la generosa y agradecida hija de Cepeda.

Grandísima pena le causó, por tanto, la noticia de su muerte ; tal fué, que durante muchos días Teresa permaneció como abismada en el dolor ; por más que piadosamente creyera gozaba en

el cielo el premio de su inocente vida, desde entonces su recuerdo, unido al de Doña Beatriz Ahumada, hizo que en humildes y fervorosas plegarias subieran siempre al trono del Eterno los nombres de sus dos Madres.

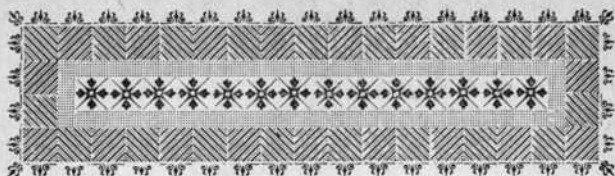
FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE



LA PRUEBA DEL ORO



CAPÍTULO PRIMERO

MURMURACIÓN

I

LA hora de recreación había sonado en el convento de carmelitas de Avila, y se notaba gran animación en sus anchos claustros y espaciosos jardines; por todos lados se veían cruzar religiosas, doncellas y educandas, ataviadas éstas con las galas de los días festivos, que, divididas en grupos pequeños, paseaban, referían leyendas y vidas de santos, mientras algunas se reunían para practicar sus devociones, y las más pequeñas jugaban con inocente alegría, llenando el espacio de notas armoniosas los argentinos ecos de sus voces.

En un patio separado de los corredores por balaustradas de piedra, se hallaban varias religiosas abstraídas en místicas lecturas bajo la fresca sombra de frondosas parras y tupidas enredaderas. Sentadas en el borde de la fuente que

ornaba el centro había tres y una seglar, que hablaban con animación en voz muy baja. La mayor de ellas tendría cincuenta años, y las otras dos poco más de veinte. En cuanto á la seglar, que por el traje negro y toca revelaba su estado de viuda, acercábase ya al octavo lustro; era alta, densamente pálida, con grandes ojos azul obscuro, y un sello de nobleza y distinción en todo su porte que encantaba. La pérdida de su esposo y graves disgustos de familia la habían hecho retirarse al convento, donde entró la tarde anterior.

Las dos jóvenes poseían ese tipo dulce, sencillo y agradable que tan fácil es hallar en las religiosas: ojos serenos, frentes puras y candorosas sonrisas manifestaban la paz de sus almas; si no deslumbraban por hermosas, atraían por su bondad.

A propósito hemos dejado para la última á la mayor de las personas que formaban este grupo: su rostro duro y huesoso inspiraba más bien repulsión que simpatía; pero era su trato tan agradable, sabía insinuarse tan dulcemente en la confianza y la amistad, que al escuchar el timbre armonioso, aunque un poco metálico, de su voz, se olvidaban los defectos físicos para deleitarse en su conversación. Sin embargo, las condiciones morales, aunque hábilmente disimuladas, no eran lo que parecían: suspicaz, recelosa y altiva, aborrecía todo lo que juzgaba superior, y sufría graves disgustos por no querer ni poder dominar el mal fondo de su carácter.

Hija de una opulenta familia, á quien bruscos reveses de fortuna arruinaron en breve tiem-

Doña Inés de Guevara entró religiosa, no tanto por sincera vocación, como por olvidar en el claustro los pesares que su cambio de posición le causaba. Los restos de su pasada riqueza bastaron para el dote, y aunque trabajó algo con deseo de perfeccionarse, no pudo conseguirlo y quedó siempre en su corazón una amarga levadura que le hacía sentir el bien de los demás, obligándola frecuentemente á ser injusta en sus apreciaciones.

Dados tan ligeros pormenores de las personas que poco á poco iremos conociendo, interesa oír ahora el diálogo que sostienen.

II

—Mis hermanas pueden asegurar á vuesa merced que no exagero,—decía Doña Inés con su habitual dulzura ;—cierto que es una cruz muy pesada ; pero desde que Nuestro Señor la envía, preciso es resignarse y sufrirla.

—La cruz en todo caso es para madre Teresa,—interrumpió vivamente Esperanza de Hita, que era la mayor de las jóvenes profesas ;—harta pena es no gozar hora de salud en tantos años, y, sin embargo, á pesar de lo que padece, jamás se la ve desabrida con nadie. Siempre tiene una dulce palabra ó un buen consejo que dar á quien lo necesita ; así es que todas la queremos de corazón.

—Por mí,—afirmó sencillamente la otra joven, cuyo nombre era Juana Téllez,—confieso que me encanta ; ¿no se ha fijado vuesa merced en aquel semblante lleno de paz y hermosura?

Hay en sus negros ojos algo que hace bajar los nuestros ; parece que lee los pensamientos, y muy justo ha de ser el que sostenga su límpida mirada.

—Si he de hablar con verdad,—dijo entonces Doña Leonor Salcedo, que así se llamaba la viuda,—no me he fijado todavía en ninguna de las religiosas para poderla distinguir de las demás ; llegué como sabéis ayer tarde, y preocupada con mis buenos y malos sucesos, ha sido preciso que hiera veinte veces mis oídos en tan pocas horas el nombre de la madre Teresa para inspirarme el deseo de preguntar respecto á ella.

—Vuesa merced ha tenido muy buen acierto al dirigirse á mí,—repuso Doña Inés ;—acaso no habrá otra en el convento que pueda informarla mejor ; llevaba yo tres años de profesa cuando tomó el velo en este monasterio Doña Teresa de Cepeda.

Y con aparente buena fe, mas con algo de torcida intención, refirió lo que ya conoce el lector por la primera parte de esta historia ; sin embargo, procuraba pasar como sobre ascuas cuanto podía enaltecer las virtudes de su hermana en religión, deteniéndose con maligna complacencia en lo que se prestaba á la crítica.

—Nuestra alegría al verla aquí de nuevo,—prosiguió la narradora al llegar con su relato á la vuelta de la hija de Cepeda,—fué turbada muy pronto por graves cuidados.—En mi interior he creído siempre que desde su cruel enfermedad no ha quedado bien de la cabeza ; sólo así se explican las alteraciones que ha sufrido su carácter. Primero la hemos visto aficionada á pasa-

tiempos de buena conversación; tratar amigablemente á muchas personas, y encantar á todos por su gracia, vivacidad y alegría. Poco después, pensativa, triste, preocupada y llorosa, retirarse al locutorio y negarse á las visitas que antes recibía, con ser tan inocentes y autorizadas que ni sus directores, ni los más celosos maestros, ponían obstáculo á ellas. Inquieta por su salud, la hemos observado continuamente, hasta convencernos de que amargos pesares la afligían. Retraída en su celda, hacía tales extremos de sentimiento que llegamos á temer seriamente que las penitencias acabaran su vida, agobiada además por las enfermedades de que ha más de veinte años no la vemos libre. Por último, después de cambiar de confesor muchas veces (pues creo que ninguno puede sufrirla), hace algún tiempo presenta nuevo carácter, lo que no dudamos sea una alteración de su cerebro. Cree tener revelaciones divinas, arrobamientos y tan altas dotes espirituales como solamente los santos podrían experimentar: habla como inspirada, y escribe obras que sólo ella lee; en fin, su existencia es un tormento y cuidado perpetuo para las que tanto la amamos y nos condolemos sinceramente de su estado, cualquiera que sea la causa de él.

—¿Según eso, vuesa reverencia se inclina á juzgarla más bien una loca pacífica que alma favorecida por Dios con dotes sobrenaturales?—preguntó intencionadamente Doña Leonor Salcedo, que, acostumbrada al trato de sociedad, comprendía mejor que las jóvenes religiosas la mala voluntad que encubría la aparente dulzura de la de Guevara.

—No creo haber dicho nada que pueda hacerlo suponer,—respondió ésta, acudiendo al reparo con la prontitud que se pone en defensa un hábil combatiente;—hay muchos padecimientos del cerebro que, sin ser locura, llegan á causar grandes trastornos; de todos modos, mejor es dar esta explicación á las extrañezas que vemos que no juzgarla poseída del espíritu del mal.

—¡Jesús, María y José!—exclamó Juana espantada, y haciendo repetidas veces sobre su frente la señal de la cruz.—¿Quién se atrevería á sentir ni pensar semejante cosa?

—¡Ay, hermana,—repuso gravemente Doña Inés,—no se puede manifestar nada que salga de las reglas ordinarias de la vida sin exponerse á serios disgustos! A vuesa merced, como á mí, se le hace imposible creer que el espíritu malo pueda atreverse á tan buena criatura; pero hay opiniones muy respetables de que el tentador toma, cuando quiere, apariencias de ángel de luz, por lo cual no es extraño que las almas se equivoquen fácilmente.

—¿Y quién puede penetrar los misterios de la conciencia, para saber si es bueno ó malo el espíritu que la guía?—tornó á preguntar la viuda, que formaba con rapidez un acertado juicio de lo que se hablaba.

—Con seguridad nadie,—contestó Doña Inés;—pero hay en todo secreto alguna ráfaga de aire que se complace en esparcirlo; el hecho es que nuestra hermana, con sus penitencias, lágrimas, arrobamientos, inspiraciones y delirios, es un ser verdaderamente excepcional.

—Pues yo afirmo á mi señora Doña Leonor,

—dijo entonces Esperanza, que aunque muy joven se distinguía por su claro talento,— que cuando hable con nuestra madre Teresa ha de sentir írsele á ella el corazón, sin que sea parte la voluntad para retenerlo. Si es locura la suya, es la locura de la santidad. ¡Qué modo de aconsejar, de pedir y de tratar con todas! ¡Qué humilde en los trabajos! ¡Qué sufrida en los padecimientos! ¡Qué resignada y gozosa en las injustas humillaciones! Cuando reza, su rostro se transfigura. Cuando recibe la sagrada comunión no parece criatura mortal, sino serafín abrasado en el amor de Dios.

—¡Cómo se entusiasma la hermana!—exclamó con entonación burlona Doña Inés.—¿Se habrá de cumplir aquí el refrán de que «un loco hace ciento»?

—¡Ojala!—repuso impetuosamente Esperanza.—Toda una vida de penitencia sería poco para la gloria de los sublimes arrobamientos que en ella se notan. Con gusto pasaría que se creyera de mí todo lo malo por tal de gozar verdaderamente de Dios, como en el fondo de mi conciencia creo que goza.

—Es vuesa merced harto joven para pensar de otro modo,—dijo sentenciosamente la de Guevara;—pero si hubiera visto lo que yo, ya le causaría miedo dejar volar su fantasía.

—¿Qué ha visto su reverencia?—interrumpió curiosamente Juana, que, como la más niña, era muy aficionada á referencias y cuentos.

La religiosa miró alrededor suyo para cerciorarse de que nadie podía oírla, y murmuró:

—Para probar que no todos los espíritus que

rodean á la madre Teresa son buenos , puedo contar dos casos de que he sido testigo.

Recibía en el locutorio la visita de una de las muchas personas que vienen con el deseo de consultarla (que en verdad me espanta la necesidad del vulgo al preferirla á tantas, si no mejores, iguales á ella) ; yo estaba á su lado, cuando me pareció que se le alteraba la voz : volví el rostro, y la hallé pálida como una muerta ; seguí la dirección de su mirada, y vi un sapo enorme, con los ojos saltones y la lengua encendida, que marchaba derecho hacia ella; cuando, vencido el terror que se apoderó de mí, pude lanzarme á la puerta y pedí socorro, al volver ya no le hallé, y por más que se buscó no pareció en parte alguna. Discurriamos cómo y por dónde habría entrado tan asqueroso animal, y en esto pasamos buen rato; pero la emoción de madre Teresa me dió la seguridad de lo que sospechaba, y era que ella creía aquella visión sobrenatural y nada buena. Así lo probó en no querer recibir más á la persona que estaba allí. (El espíritu de lo referido es del capítulo VII de la Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma.)

Otra vez la vimos sufrir horribles dolores, y un desasiego tan grande, que nos daba mucha compasión; por algunas palabras que decía en medio de estremecimientos y convulsiones, entendimos que veía un negrillo, que le enseñaba los dientes como regañando furioso; de pronto echóse á reir de muy buena gana, lo que aumentó nuestro espanto; al cabo de un rato pidió agua bendita, roció en el sitio donde estaba la visión, y se tranquilizó; mas quedó tan rendida,

que ella misma aseguraba tenía el cuerpo como si le hubiesen dado muchos palos. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXI, núm. 2.)

—¡Jesús mil veces! —interrumpió temblando la temerosa Juana. —¡Eso es horrible!

—Pues yo,—dijo Doña Leonoren tono de convicción profunda,—sólo veo en tales visiones claras pruebas de ser gran sierva de Dios; siempre el enemigo anda tras de las almas que más valen; para las ruines é indiferentes no se toma esos trabajos, pues sabe que al cabo vendrán á dar en su poder.

Y la noble viuda guardó silencio muy satisfecha del efecto que había causado su discurso, pues vió fruncir las cejas á Doña Inés, y dilatarse con placentera sonrisa los rostros de Esperanza y Juana.

—Vuesa merced tiene razón,—apoyó la última,—y harto prueban las obras de madre Teresa que es espíritu de Dios el que la guía.

—Su modestia es tanta,—añadió Esperanza,—que se cree la última y más ruin de todas; además, el celo que tiene por la gloria del Señor y el bien de sus prójimos no le deja punto de reposo. Donde ella está, bien guardadas tenemos las espaldas; pues su máxima favorita es: *Jamás oigas ni digas mal sino de ti mismo, y cuando te alegres de ello, bien aprovechado vas.* (Aviso 22.)

Y Esperanza, que á pesar de su inocencia percibía secreta enemistad en Doña Inés, sintió vivo gozo al hablar así, porque notó expresivas señales de aprobación en el semblante de la viuda de Salcedo.

—¡Si viera vuesa merced qué trovas y villancicos tan hermosos escribe!—exclamó entonces Juana con entusiasmo;—¿no han llegado á su noticia?

—No,—repuso Doña Leonor, cada vez más interesada por la ausente religiosa.

—Yo, cuanto sé que hace algunos, le ruego que me los lea para aprenderlos de memoria; y en sabiéndolos no me canso de repetirlos, pues todos son dulcísimos coloquios con el Señor.

—¿No recuerda ninguno?—insistió Esperanza, deseosa de evitar que Doña Inés volviese á tomar la palabra.

—Sí,—repuso Juana con afable sonrisa;—¿cuál quiere que diga?

—El que le parezca, ¡son todos tan hermosos!

—Escuchad esta letrilla; tan de mi gusto es, que la repito á todas horas :

*«Alma, buscarte has en Mí,
Y á mí buscarme has en ti.
De tal suerte pudo amor
Alma en mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Pudiera con tal primor
Tal imagen estampar.*

*»Fuiste por amor criada,
Hermosa, bella, y así
En mis entrañas pintada;
Si te perdieres, mi amada,
Alma, buscarte has en Mí.*

*»Pues yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.*

»Y si acaso no supieres
Dónde me hallarás á *mi*,
No andes de aquí para allí;
Sino, si hallarme quisieres,
Alma, *buscarme* has en *ti*.

»Porque tú eres mi aposento:
Eres mi casa y morada;
Y á ti llego en cualquier tiempo
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.

»Fuera de ti no hay buscarme,
Porque para hallarme á *Mi*
Bastará sólo llamarme,
Que á ti iré sin tardarme
Y á *Mi*, *buscarme* has en *ti*. »

La voz de Juana era dulce y conmovedora;
Doña Leonor y Esperanza sentían llenarse sus
ojos de lágrimas al escuchar la ternísima poesía.

En cuanto á Doña Inés, precisada á guardar
silencio, ocultó con una leve sonrisa la contra-
riedad que experimentaba.

III

Arriba queda ya dicho cómo las religiosas se
hallaban sentadas al borde de la fuente: desde allí
se veía en uno de los claustros la puerta del coro
cubierta por antiguo y pesado tapiz; levantóse
éste y apareció Teresa de Cepeda, á quien los
años pasados, lejos de marchitar su espléndida
hermosura, parecían haberla aumentado con nue-
vos atractivos.

El otoño de su vida era tan bello como lo fué
la primavera y el estío; los padecimientos físicos
y morales no habían impreso ni una arruga en su

frente: al verla Doña Leonor, pudiera decirse que la reconoció, según la idea que de ella tenía formada; levantóse con involuntario impulso, é interrogó con una mirada á Esperanza.

La joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Juana se había puesto de pie al mismo tiempo que la viuda, y se despidió apresuradamente de sus compañeras, diciendo:

—Voy á dar las buenas tardes á nuestra Madre Teresa; tengo mil preguntas que hacerle, y más de un consejo que pedirle.

Y alegre y ligera como una mariposa, se apartó de sus compañeras.

Doña Leonor y Esperanza, que experimentaban también vivos deseos de hablar con la religiosa, siguieron el ejemplo de la joven después de cambiar breves frases con la de Guevara.

—Allá van,—murmuró ésta entre pesarosa y enojada;—allá van á buscarla como si dependiera de ella la paz de sus corazones. ¿Qué meritos tiene para atraer de tal modo? Su hermosura se acaba, su razón la abandona; pues á pesar de cuanto digan en favor suyo, lo que padece es locura rematada; ¿por qué, sin embargo, nos ofenden á todas con preferirla?

Y el gusano de la envidia, disfrazado de generosa emulación, se deslizó en su alma para hacerle sufrir nueva amargura. A fin de consolarse recordó con maligna complacencia las varias opiniones que circulaban en toda Avila respecto á su hermana en religión.





CAPÍTULO II

EL FIN DEL DÍA

I

POR muy poco que tardarse Juana en llegar junto á la hija de Cepeda, otra joven se había adelantado y le besaba la mano cariñosamente.

Era María de Ocampo, la niña que acompañaba en Castellanos á su tía enferma, y que por su orden arrojó en la acequia la figurilla de cobre que había entregado el pecador arrepentido.

La sobrina de Teresa fué constante en el propósito que formuló aquella tarde; y á pesar de que su madre no era gustosa en separarse de ella, logró al cabo de muchos ruegos entrar de pensio-nista en el convento.

Si, como vulgarmente se dice, es el rostro el espejo del alma, y debía juzgarse la suya por la belleza con que Dios la había dotado, bien pudie-ra asegurarse que pocas le llevarían ventaja: era

blanca y suavemente rosada; los ojos azules como el cielo, y el cabello con el color de oro de la espiga en sazón; su talle esbelto se unía á la gracia en el andar, y su sonrisa encantaba; de modo que, cuantos la conocían, exclamaban con admiración:

—¡Bendígala Dios, rostro de ángel y alma de santa!

Las tareas más dulces y agradables para Teresa, en los breves ratos de recreación que se permitía, eran guiar hacia el Señor los juveniles corazones que la rodeaban. Hacíase niña con ellos, amoldaba sus consejos á las inteligencias que debían recibirlos, y puede afirmarse que las semillas entregadas por tan discreta labradora á la buena tierra de aquellas almas, no sólo fructificaron, sino que dieron ciento por uno.

II

— Si no temiera disgustar á Su Reverencia, había de mostrarme quejosa, — dijo María de Ocampo con tan dulce entonación que desmentía sus palabras; — hace mucho rato que la espero, y si supiera en qué grave conflicto se halla mi alma, no hubiera tardado tanto en venir.

—¿Qué te sucede? — preguntó bondadosamente Teresa.

—Tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Vaya : pues aprovecha el tiempo, que gran falta es perderlo sin justa causa.

Notó entonces la hija de Cepeda que Juana se había detenido temerosa de interrumpir la conversación, y le hizo señal de que se aproxi-

mara, á la que ella obedeció con alegría, mientras María de Ocampo volvía á tomar la palabra.

—Comienzo por decir á Su Reverencia que me tiene muy afligida el ver que no me sirven de nada sus consejos, y no porque los olvide, sino porque mi alma es tan tibia y mi inteligencia tan ruda, que todo se me hace difícil, y lo más perfecto sale de mí lleno de imperfecciones.

—Desde que las conoces y te afligen, no son de temer,—repuso Teresa;—los primeros ensayos de la oración producen alguna vez estos efectos. «El vaso de agua parece muy limpio y claro si no le da el sol; pero si éste le hiere, aparecen muchas motas. Así es el alma cuando la hiere el sol de justicia, que entonces conoce todas las manchas de sus imperfecciones.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XX, núm. 2.)

Detúvose algunos momentos, y continuó :

—Este conocimiento es el primer favor, y trae la ventaja de que la voluntad se aplique á purificar el alma hasta dejarla transparente como el cristal.

—Me consuela grandemente lo que dice; y si antes lo hubiera entendido, no distrajera á Su Reverencia con tal ocasión : ¡pero me encontraba tan afligida!

—Muchos inconvenientes pone el enemigo para el servicio de Dios, y uno de los peores es esa inquietud y extremo ; si desde el principio no la dominas, ella acabará por dominarte, sin que tengas jamás reposo.

—Y yo, Madre Teresa, —preguntó candorosamente Juana, —¿cómo haré para que mi ora-

ción sea provechosa? Puesta en la presencia del Señor, hay un desatino en mi cabeza que á lo mejor se me va el pensamiento á cualquier niñería y pierdo todo lo hecho.

— No te aflijas y persevera, que cuanto mayor dificultad encuentra el alma en hacer algo bueno por solo Dios, si sale con ello mejor premio logra y más sabroso se hace después.

— ¡Ay! Al escuchar á Su Reverencia, — dijo tiernamente María de Ocampo, — las contrariedades desaparecen; ¿cuándo hubiera gozado en Castellanos la felicidad que disfruto en esta casa? Bien puedo asegurar que las pocas veces que me acuerdo del siglo, es para alegrarme de haber escapado de sus redes á tan buen tiempo.

— En todo es menester cuidado; pues algunas veces, meditando en las cosas del mundo para despreciarlas, nos solemos meter en las que amamos, y de aquí que el alma, en vez de salir con ganancia, salga con pérdida. Por más buen acuerdo tengo desechar toda idea vana, sea cual fuere la forma en que se nos presente, y someter-nos á la voluntad de Dios. (El espíritu de este párrafo es del *Camino de Perfección*, cap. XIX.)

— Es lo más fácil, — repuso Juana.

— En el decir, que el hacerlo es diferente, — contestó con gravedad Teresa; — y si no, pongamos un ejemplo: si en este instante viésemos ante nosotras un ángel que nos anunciara íbamos á morir en el acto, ¿qué hariais?

— Yo, — dijo María de Ocampo, — iría á confesarme por última vez.

— Pues yo, — afirmó Juana, — correría al pie del altar para acabar mi vida en presencia de Je-

sús Sacramentado. Y vuesa reverencia, ¿qué haría?

Teresa, que sonreía dulcemente, contestó :

— Seguiría en recreación, porque así cumplía la voluntad de Nuestro Señor.

III

Doña Leonor y Esperanza, que llegaban, interrumpieron esta sabrosa plática; y después de cambiar con la hija de Cepeda breves y discretas razones, se reunieron al grupo, deseosas de aprovechar las sublimes enseñanzas de Teresa.

— Perdón vuesa merced, mi señora Doña Leonor, — dijo Juana, — pero es tan corto el tiempo que nuestra Madre nos dedica, que ha de permitirme le ruegue continúe en darnos sus provechosos consejos.

— Tanto más gusto tendré en ello, cuanto que así podré entrar en parte con vosotras para recibirlos.

— ¡Oh, señora! — exclamó con humildad la hija de Cepeda. — Mucho hay que disimular al afecto que me profesan estas criaturas; él les hace estimar como prudentes avisos las más sencillas advertencias.

La viuda se inclinó cortésmente como asintiendo á esta idea, aun cuando crecía en su espíritu la alta opinión que había formado de aquella criatura excepcional.

— Madre, — dijo María de Ocampo, — estoy conforme en seguir punto por punto lo que me encargó respecto á la pregunta que ayer le hice; pues si con amar y temer puedo servir fielmente

al Señor, no haya miedo que busque otros caminos.

— Dichosa serás si lo hicieres tal como te lo propones : « amor y temor de Dios son dos castillos, desde donde guerrea el alma contra el mundo y el demonio ; con estas dos virtudes se puede lograr seguridad para pasar la vida. » (*Camino de Perfección*, cap. LX, núms. 1 y 2.) « Acuérdate sobre todo que no tienes más que un alma, ni ni has de morir más que una vez, ni tienes más que una vida breve, ni hay más que una gloria, y ésta eterna, y darás de mano á muchas cosas. » (*Aviso 67.*)

— Y cuando todo se nos allane por estos medios, ¿ qué nos quedará que hacer, Madre mía? — interrogó Esperanza.

— Entregarse enteramente en manos de Dios, que Él nos guiará.

— ¿ Y si los cuidados de la tierra combaten nuestras buenas resoluciones ?

— Desecharlos, y para ello recordar siempre estas palabras : « Tu deseo sea de ver á Dios ; tu temor si le has de perder ; tu dolor que no le gozas ; tu gozo de lo que te puede llevar á Él, y vivirás con gran paz. » (*Aviso 68.*)

IV

— Madre Teresa, — dijo cerca de ellas la voz hipócritamente dulce de Doña Inés, — la señora Priora llama á Su Reverencia.

— Voy al momento, — contestó la religiosa levantándose para obedecer ; — hasta mañana, hijas mías.

Y se alejó serena, sonriente, con tanta paz en su hermoso semblante como inquietud mostraban los de sus compañeras.

La de Guevara la vió alejarse en silencio, y después movió la cabeza con aire pesaroso.

— ¿Á qué la llamarán? — dijo afligida María de Ocampo. — ¡Con tal que no sea para causarle algún disgusto!

— Mucho lo temo, — repuso Doña Inés bajando los ojos; — nuestra Madre Priora ha tenido noticias desagradables, y no extrañaría que su fundado enojo hiciera sufrir á nuestra Hermana, por más que se halle inocente de toda culpa.

— ¡No lo permita Dios! — exclamó impetuosamente Esperanza. — ¡Hartas veces la han hecho padecer con declarada injusticia!

— ¿Qué sabe Su Reverencia? — preguntó áseperamente la de Guevara, mientras sus inquietos ojos parecían buscar algo en uno de los extremos del jardín. — Nada hay más conveniente que pensar mucho las cosas antes de decirlas para evitar cometer desaciertos.

La joven inclinó la cabeza para ocultar las lágrimas que le arrancaba tan injusta represión: Juana y la viuda cambiaron una rápida mirada, que no pasó desapercibida para los penetrantes ojos de Doña Inés.

El toque lento de la campana que llamaba á coro terminó esta conversación, tan enojosa como agradable había sido la que tuvieron con la Madre Teresa; durante algunos momentos se vieron flotar en las sombras que empezaban á invadir los claustros los blancos trajes de las pensionistas; oyéronse pasos que se alejaban en to-

das direcciones, y luego reinó profunda quietud.

Doña Inés quedó sola, y tan abstraída que apenas reparó en el apresuramiento con que la viuda de Salcedo y las tres jóvenes se alejaron de ella.

¿Qué pasaba en aquel alma? ¿Se alegraba de las humillaciones que sufría su inocente hermana? Sin duda esta satisfacción no era debida á ningún sentimiento generoso; pero tampoco hemos de creer tanta ruindad de su corazón; la de Guevara no era mala, pero sí tan orgullosa de su mérito que no admitía pudiera nadie aventajarla; esta cualidad la hacía injusta; parecíale que, de no sentir ella nada extraordinario, los otros no debían sentirlo, y juzgaba engaños, ilusiones y hasta posesión del enemigo, mejor que aceptar recibiese favores del Cielo una criatura igual, si no inferior á ella. Así, aunque hubiera deseado que castigaran severamente á Teresa para escarmiento de las que se considerasen adornadas de tales méritos, cada vez que esto sucedía resonaba en lo íntimo de su pecho una voz que le argüía severamente. ¿Qué agravios le había hecho la humilde religiosa? ¿Por qué desearle mal cuando tan digna era de la estimación de sus Hermanas?

Embebida en estos pensamientos, sombríos como la noche que rápidamente avanzaba, no reparó que los objetos se confundían, y que sólo turbaba el silencio el manso rumor del agua, al caer gota á gota en la taza de la fuente. El último toque del rezo la sacó de su abstracción; levantóse con esfuerzo del banco donde se había dejado caer, y murmuró como queriendo dar respuesta á las ideas que la mortificaban:

—Después de todo, ¿qué me importa ella?

Y caminó deprisa, mirando con vago temor las luces de las lámparas, que, perdidas en la inmensa sombra de los claustros, le parecían pupilas de fuego ávidas de escudriñar los misterios de su agitada conciencia. Al llegar al coro levantó con mano trémula el tapiz que cubría la puerta, y se refugió entre sus hermanas como si escapara de algún peligro.

En tanto la hija de Cepeda, que acababa de sufrir las más injustas reconvenciones, sin que se turbara ni un momento la quietud de su alma, retraída en la celda, prohibida toda comunicación con las religiosas y humillada de cuantas maneras podía serlo, disfrutaba en la soledad dulcísimas alegrías espirituales, que hubieran podido envidiar las criaturas más felices de la tierra.

Mientras el falso celo y la mala voluntad de otros mueven las tempestades que tanto han de atormentar á la humilde Teresa, vamos á referir lo más brevemente que sea posible lo ocurrido durante los veinte años pasados desde que terminó la primera parte de esta historia.





CAPÍTULO III

MUERTE DE DON ALONSO DE CEPEDA

I

SABEMOS ya que la hija de Cepeda había tornado al claustro con pocas esperanzas de vida, y que su admirable paciencia le dió valor para soportar heroicamente los complicados males que plugo á Dios enviarle; añadiremos sólo que, viendo cuán poco la entendían los médicos de la tierra, acudió al Cielo y se encomendó muy de veras á San José.

«Le tomé por mi abogado y señor, dice, y vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, me sacó este Padre y señor mío con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora de haberle pedido cosa que no me haya concedido: es cosa que espanta las mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo; de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que á otros santos parece les dió el Señor

gracia para socorrer en una necesidad; mas á éste tengo por experiencia las socorre todas.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo VI, núm. 3.)

Apenas recobró la salud, su natural amable adquirió nuevos encantos, su ingenio se mostró más brillante, y fué celebrado por todos; agradecida á las personas que la visitaban frecuentemente, y tantas pruebas de interés le habían dado en su penosa enfermedad, se dejó llevar de la afición á recibirlas y tratar con ellas; de aquí vino el entibiarse en la oración, aunque Dios se extremaba en concederle mercedes para que se dedicara á Él sólo; mas un pensamiento de falsa humildad la retiraba del Esposo divino, y distraída unas veces y temerosa otras, acabó por dejarla del todo.

Esta situación, que hubiera sido fácil evitar si sus directores le prohibieran el trato del mundo (lo que no hacían por ser las afecciones de aquel alma tan sencillas que no la ponían en el más leve riesgo de culpa), se prolongó cerca de un año, y el recuerdo de ella amargó el resto de su vida. Algunas veces presentábase Jesús en su interior como para reprenderle las distracciones que tenía, y otras la espantaba con visibles señales de su enojo, cual hemos visto en el relato de los extraordinarios sucesos que contó doña Inés. Como para todo lo que hacía demandaba licencia á su confesor, estaba tranquila, y éste era el peor de los engaños que contra ella urdía el enemigo. (El espíritu de este párrafo es de la Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núms. 2 y 3.)

II

Don Alonso Cepeda visitaba frecuentemente á su hija, y ésta, que le amaba tanto y le quería todo para Dios, aconsejábale tener oración, dándole para ello libros y útiles enseñanzas, que aprovechó grandemente su alma; así fué tan adelante en la virtud que asombraba á la misma maestra. Cuando Teresa abandonó la oración, tuvo remordimientos de ocultarlo á su padre; y después de pensar mucho vino á decírselo, mas tomando por disculpa los males que no dejaban de atormentarla; Cepeda, que por cuanto existe en el mundo no habría disimulado ni levemente la verdad, creyó desde luego lo que decía, y aun la tuvo mucha lástima.

La dulce satisfacción que experimentaba Teresa al ver que, no sólo su padre, sino otras almas adelantaban en el camino de la santificación guiadas por sus consejos y advertencias, se trocaba en desaliento al considerar las espesas tinieblas que la envolvían, hallándose á cada momento más descontenta de sí, más tímida en los ejercicios espirituales, y más perdida en el torbellino de afectos y gratitudes, que venían á ser otras tantas piedras puestas por Satanás en el camino de su salvación.

No era, sin embargo, suya la culpa, sino de la suave regla que se profesaba en el convento, que no prohibía las amistosas relaciones, ni el honesto trato de sociedad, por más que cada latido que el corazón de las religiosas consagrara á las criaturas fuera un hurto que hacían al Criador.

¡Extraña contradicción! Cuanto más se apartaba Teresa de la vida de oración continua que tuvo en los primeros tiempos de su estado, y muy especialmente durante la enfermedad que la afligió, más gustaba de enseñar á servir á Dios, y procurar que todos le amaran y se consagrasen á Él.

III

Salía una mañana del coro cuando la llamaron á la portería, donde halló á uno de los antiguos servidores de su casa, que le traía la triste nueva de que D. Alonso Cepeda estaba peligrosamente enfermo; sobresaltada y llena de angustia, acudió á la Priora y obtuvo licencia para ir al lado de su padre, lo que hizo al punto lleno el corazón de tristes presentimientos.

Cuál fué la alegría de Cepeda al verla, puede juzgarse por el amor que siempre la había tenido; sentóse la hija á la cabecera del lecho como el ángel de su guarda, y desde aquel instante sus cuidados, actividad é incansable celo endulzaron la amargura de su intenso padecer.

—«Pasé hartos trabajos en su enfermedad, —dice Teresa al tratar de este triste suceso, —y creo le serví de algo por lo que él había pasado en las mías; tuve gran ánimo para no mostrar pena y estarme hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vi acabar su vida, porque le amaba mucho.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

Uno de los sufrimientos más crueles del no-

ble anciano era un dolor de espaldas tan agudo, que á veces le producía violentas congojas; la tierna hija, ansiosa de consolarlo, murmuró á su oído:

—«Padre mío, ya que vuesa merced es tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestas, piense que Su Majestad quiere darle á entender algo de lo que pasó con ese dolor.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

¡Sublime inspiración de la fe cristiana, que hacía servir los tormentos del cuerpo para motivos de santa contemplación! Tanto consolaron á D. Alonso estas palabras, que no se le oyó quejar más de tal molestia.

Pero Dios había determinado llamarle á sí, y, ni la previsora ternura de cuantos le rodeaban, ni los fervientes ruegos de su hija lograron alcanzarle la salud: después de permanecer tres días sin sentido, volvió en su acuerdo para expirar tranquilamente, repitiendo las palabras del *Credo*, que su confesor y Teresa decían en alta voz. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

IV

El dolor que se experimenta con la pérdida de un padre querido, el abatimiento y desamparo moral que se padece son tan grandes, que al tratar de explicarlos sólo conseguiríamos despertar amargos recuerdos en los corazones que han sufrido esta cruel prueba.

Agrupados al pie del lecho en que el autor de

sus días acababa de exhalar el último suspiro, los hijos de Cepeda derramaban amargas lágrimas, en tanto que Teresa, fuerte y resignada, aunque deshecho el corazón de pena, contemplaba el cadáver cuyo rostro sereno justificaba la opinión del confesor, que aseguraba lo «creía, según sus grandes virtudes, descansando de los trabajos de la vida en la mansión de los bienaventurados».

Apenas cumplidos con su padre los últimos deberes, la religiosa tornó al convento; para tranquilizar su corazón, atormentado de graves confusiones, pensó dirigirse al confesor de D. Alonso, Fr. Vicente Barrón, Presentado de la Orden de Santo Domingo, excelente letrado, digno de la elección por todos conceptos; y decidiéndose pronto, le confió su situación y le pidió humildemente consejos.

Mucho se admiró el religioso al escucharla, y no podía acabar de entender, por más que reflexionaba sobre ello, aquel ardiente celo de la salvación de las almas, unido al abandono de las piadosas prácticas que debían santificar la suya; lleno de interés hacia ella, hízola desde luego volver á la oración, y, á pesar del temor que Teresa experimentaba, obedeció con docilidad, recibiendo desde el principio consuelos y mercedes que la hacían sufrir más que si fueran acerbos castigos; porque, á medida que el amor á Dios aumentaba, su espíritu recibía clarísimas luces, crecía el arrepentimiento, las menores faltas le parecían graves pecados, y espantada de la mala senda que había seguido, ponía todo su esmero en enderezar sus pasos hacia la más alta perfección.

Mas no espere adelantar el alma en tales caminos sin grandes luchas y contrariedades; con ser la de Teresa inocente y pura, sufría combates sin número, ya con el recuerdo de sus pasadas tibiezas en la oración, ya por no estar tan desasida como quisiera de las muchas personas que la abrumaban con su amistad; ya, en fin, por un malestar interior y desasosiego del ánimo que á todos estos trabajos se unía, aumentado con el continuo y doloroso recuerdo de su padre.

¡Qué provechosa es, para la desconfianza que siempre debemos tener de nuestras fuerzas, la lección que en estas circunstancias nos da la dulce Esposa de Jesús, que sólo en Él buscaba el valor necesario para el sacrificio! Nada esperaba ni quería de las criaturas, cuya inutilidad declara en estas breves y elocuentes palabras, dignas de ser grabadas en nuestros corazones :

«Para caer había muchos amigos que me ayudarán ; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 13.)

V

Obediente á su confesor, Teresa comulgaba frecuentemente, y cada día dedicaba más tiempo á la oración, continuando en recibir del divino Esposo los favores que tanto la hacían padecer al compararlos con sus ingratitudes pasadas; así, llena de dolor se acusaba por ellas con más se-

veridad que hubieran podido hacerlo sus mayores enemigos.

—« En esta lucha, —dice, — andaba ya mi alma cansada; y aunque quería, no la dejaban sosegar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome una vez entrar en el oratorio, y vi una imagen que habían traído allí á guardar. Era de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbé, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había pagado aquellas llagas, que el corazón parece se me partía, y me arrojé á sus pies derramando muchas lágrimas y suplicándole me fortaleciera de una vez para no ofenderle más.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IX, número 1.)

Conocedor profundo de los sufrimientos morales que tanto martirizaban á la hija de Cepeda Fr. Vicente Barrón, la animaba sin cesar, disipaba sus dudas y le mostraba libre de escollos la senda que debía seguir. Tenía el religioso, al par de clarísimo ingenio, un alma llena de bondad, que le hacía interesarse vivamente por el bien espiritual de aquella criatura tan dócil como dispuesta á alcanzar las perfecciones más sublimes. Al escucharle Teresa, se encontraba fuerte y valerosa; y aunque al principio había juzgado extremadamente difícil su vuelta á la oración, guiada por él se acostumbró pronto, y llegó á encontrar tales atractivos en sus místicas dulzuras que nunca más volvió á dejarla.





CAPITULO IV

AMAR Y SUFRIR

I

PENETREMOS ahora en otro terreno harto escabroso, del cual con el favor de Dios, saldremos ilesos. Intentar en un siglo todo materialismo é indiferencia, donde la negación absoluta se expresa de la manera más desenfrenada, necia y orgullosa, hacer comprender que existen misterios de relación entre Dios y el alma, inasequibles á muchas inteligencias, lo juzgamos tarea en extremo difícil; pero si la creación los ofrece hasta en el cáliz de la flor mas sencilla, si hay seres y vidas que todavía no se nos han revelado, si la ciencia tiene también misterios incomprensibles, ¿por qué no hemos de concederlos á ese hálito espiritual que nos anima y pone en continua comunicación con el Supremo Creador?

La razón humana, extraviada y ciega por la soberbia que la domina, rechaza la fe como con-

traría á sus aspiraciones, y quiere mejor dudar de todo que confesar lo sobrenatural y misterioso, porque no lo ve ni lo entiende. ¿Es posible, dice, que se sienta ni se vea lo que nosotros no vemos ni sentimos? ¡Funesta aberración! ¿Han de ser iguales ante Dios las almas creyentes que las escépticas? ¿Qué aprecio hará del favor el que niega que puede recibirle? ¿Se verán tan claros los rayos del sol á través del finísimo y delicado cristal, como por el vidrio manchado de barro y ennegrecido de humo?

Los años dichosos vuelan como esas bandadas de azules golondrinas que las primeras nieblas de Otoño hacen emigrar á las costas del África: los tristes se deslizan como el agua que, gota á gota, se desprende de la desnuda piedra.

No intento yo declarar por menudo lo que fué la vida de Teresa durante mucho tiempo. Semejante á la navecilla que boga serena, sin apartarse nunca del derrotero que debe seguir, la hija de Cepeda, llena de humilde confianza, marchaba adelante abrazada á la cruz de sus trabajos. Ni las tribulaciones ni las amarguras, que á veces la abatían como carga desoladora, hacían flaquear su ánimo ni entibiar sus afectos; suplicaba al Señor que la ayudase, y refiriendo sus penas dice:

«Deseaba vivir, que bien entendía no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte; ni había quien me diere vida ni yo la podía tomar, pues el que podía dármela tenía razón en no socorrerme habiéndome tantas veces llamado á sí.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VIII, núm. 6.)

A los tormentos del alma se mezclaban, para exacerbarlos, los sufrimientos del cuerpo; violentos dolores la mortificaban de continuo, y cada mañana la acometían grandes vómitos; mas nada de esto era obstáculo para que fuese la primera en el coro y la última en recreación; pronta siempre á humillarse y á aceptar los trabajos más penosos, olvidábase de sí para atender al regalo y alivio de sus Hermanas.

Si consideramos las dificultades que ofrece la vida, no digamos á esos genios sublimes que tienen la misión de realizar grandes destinos, sino á los que siguen más trilladas sendas, no extrañaremos que con tan vivo fuego de *trabajos* se purificara el *orode* una virtud que había de brillar eternamente. A medida que el monte es alto, se hace más difícil la subida; así la Reforma del Carmelo costó veinte años de angustias espirituales, y casi otros veinte de luchas y contradicciones, á la que Dios había destinado para tal obra.

II

Como existen criaturas que cifran todo su anhelo en sorprender los secretos de los que les rodean, no se escaparon mucho tiempo las tribulaciones de la hija de Cepeda á las escrutadoras miradas de Doña Inés; despierta su curiosidad, dióse á averiguar lo que sucedía á su Hermana en religión y á espiar hasta las lágrimas que derramaba.

Así pudo detallarlas á su sabor en la conversación que hemos referido; sus observaciones dieron margen á que otras repararan en ello;

misteriosos cuchicheos llenaron el claustro; el eco de las crujías les llevó á los jardines, y, arrebatados por la brisa, cundieron por toda Avila, dando motivo para que muchos hablaran de la humilde religiosa é interpretaran desfavorablemente la más sencilla de sus acciones.

Bien ajena de estos juicios, consagrábase Teresa cada vez más á la espiritual unión que anhelaba con el Amado de su alma; y sépase de una vez para siempre que no se dirigen estas páginas á los espíritus que se apellidan fuertes, sino á los creyentes y humildes. Porque éstos comprendan bien cómo por medio de la oración puede la criatura elevarse hasta el Creador: entienden cómo desasida del mundo se engolfa en mares inmensos y desconocidos, viendo lucir hemisferios de incomparable hermosura; cómo descansa embebida en dulcísimos deliquios, y cómo descender á la vida después de tan inefables delicias es sentir lo que el viajero que se duerme arrullado por el rumor de las palmeras en el oasis, y despierta al rugido del *simoun* entre las abrasadas arenas del desierto.

III

¿Por qué no querrán detener los hombres el ánimo fatigado, y recrearlo en cuadros sublimes cuando se ven obligados á marchar sin tregua hasta llegar al punto del eterno descanso?

La tranquila situación que disfrutaba la hija de Cepeda, comprada á costa de muchas lágrimas y torturas morales, le ofreció algún tiempo de bienestar desconocido para ella. Mientras procu-

raba perfeccionarse cuanto le era posible, favorecía Dios con un género de contemplación especial que le hacía tener á Cristo siempre retratado en su alma : con *Él* comunicaba sus penas, y de *Él* recibía dulces consuelos.

Mas de pronto la asaltaron graves temores. ¿Serían las que juzgaba mercedes del Señor lazos que le tendía el enemigo? Esta idea, en vez de perjudicarle, trájola provecho, pues con mayor cuidado procuró guardar la pureza de su conciencia, al par que aumentaba el fervor de su espíritu ; mas los recelos no cesaban, y, semejantes á la chispa que prende en un montón de leña seca, que pronto se convierte en incendio, crecieron de tal modo que se propuso consultar sobre ellos á personas doctas y de reconocida virtud, y entre tanto ponía esmero en corregir sus más leves imperfecciones, y hacía entresí esta consideración:

— «Si es espíritu de Dios el que siento, consigo trae la ganancia y provecho, y así no hay que temer ; si es demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podrá hacer: antes él quedará con pérdida. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XV, núm. 1.)

A pesar de tan buenos razonamientos, pronto se convenció de que por sí sola no tenía fuerzas para disipar sus dudas ; y como crecieran los dones de Dios, y con ellos el deseo y temor de recibirlos, trató de buscar remedio comunicando sus trabajos con quien pudiera aliviarla de tal peso.

IV

Francisco de Salcedo, antiguo amigo de Don Alonso Cepeda, era un hidalgo de tan ejemplar virtud que se le citaba como perfecto modelo de jefes de familia. Teresa, que le estimaba mucho, le llamó un día en su niñez *el caballero santo*; y aunque fué dicho como inocente chanza, pareció el mote tan bien aplicado á sus cualidades, que en adelante le nombró siempre así; á él se dirigió la religiosa para consultar el grave asunto que la preocupaba. Salcedo, deseoso de tranquilizarla, ofreció hablar de ello al Padre Maestro Daza, varón eminente en santidad y letras.

Pero, ó la humildad de la hija de Cepeda le hizo explicarse mal, ó permitió Dios que el ilustrado teólogo no entendiera el verdadero estado de aquel alma, y dilató la respuesta hasta tener mayor seguridad; entonces, á pesar de su repugnancia en revelar los altos favores que recibía, la religiosa tuvo que manifestarlos claramente, y se valió para ello de un libro que le pareció á propósito para el caso, al margen de cuyas páginas señaló la semejanza que encontraba en ellas con la situación en que se hallaba su alma. Acompañó dichas notas con una detallada relación de su vida, que escribió por obediencia á la expresa voluntad del Maestro Daza.

Con gran temor de equivocarse, el religioso y Salcedo estudiaron el asunto, pues juzgaban, por lo que de sus faltas decía la heroica virgen, que Dios no había de conceder tan grandes mercedes á quien se acusaba de tales imperfecciones; así,

convinieron en que el espíritu que sentía era maligno, y aunque con harta pena por la que ella debía sentir, se lo dijeron después de mucho vacilar.

¡Cuál fué su dolor, puede considerarse; en vez de luz, hallaba tinieblas; en lugar de Dios, Satanás!

Las lágrimas corrían sin cesar por sus pálidas mejillas; los temores la perseguían por doquiera, y sus hermosos ojos negros, velados de tristeza, mostraban el abatimiento de aquel espíritu, siempre tan valeroso. ¿Dejaría la oración para no sentir los favores que ya la espantaban? Imposible; era su vida, su fuerza y su único bien.

Entonces, guiada por divina inspiración, se resolvió á consultar á un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Baltasar Alvarez, excelente letrado y persona de gran virtud, á quien fió la dirección de su conciencia.

—«Quedó mi alma de esta confesión tan blanda,—dice al referir la primera que hizo con él,—que no hubiera cosa á que no me dispusiera, y así empecé á hacer mudanza en muchas, aunque no me obligaba; antes parecía hacer poco caso de todo.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm. 1.)

Y al hablar después de los rumores que se propalaban contra ella por las variaciones que notaban en su manera de ser, añade:

—«Así el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun de nuestra Casa; de lo que antes hacía, razón te-

nían que era extremo; mas de lo que era obligado á el hábito y profesión que tenía, me quedaba corta.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm 1.)

V

Dos meses hacía que luchaba Teresa con mil contrariedades, cuando llegó á Avila el Padre Francisco de Borja, nacido duque de Gandía, y que había renunciado á las vanidades del mundo para servir á Dios entre los hijos de Iguacio de Loyola; á su instancia el humilde jesuíta fué á visitar á la hija de Cepeda, escuchó sus cuitas; y después de meditar mucho en ello, la tranquilizó, asegurándola que era espíritu de Dios el que sentía, y que no debía resistirle más.

Gran consuelo fué para la combatida religiosa el oír la favorable opinión de persona tan docta y santa; así, cuando Francisco de Borja se ausentó de Avila, llevó consigo los temores y congojas que tanto habían atormentado á Teresa, hasta obligarla á rechazar por obediencia las mercedes divinas y tratar al Señor con el desprecio que si fuese el enemigo; dedicóse enteramente á la oración, y saboreó con plácida quietud los santos goces que hallaba en ella, mientras con la penitencia más dura purificaba su cuerpo y sufría resignada y alegre los juicios injustos que la perseguían.





CAPITULO V

CONSUELOS

I

SI Doña Inés de Guevara y otros espíritus inquietos ó envidiosos miraban con despecho la santidad que resplandecía en todas las acciones de la hija de Cepeda, el resto de la comunidad, y cuantas personas conocían sus virtudes, sentían aumentar el afecto y admiración que desde joven había inspirado. Las educandas preferían su conversación á los más gratos recreos, y doquiera se detenía un instante, acudían á rodearla y formar lo que pudiera llamarse con propiedad un coro de ángeles.

Algunos años antes había muerto Juana Suárez en tan buena opinión como sus virtudes y la profética visión de Teresa daba derecho á esperar; el dolor que esta pérdida causó á su fiel amiga se templó con el leal cariño de Juana Téllez, la joven religiosa que ya conoce el lector;

niña y huérfana ésta, había tomado el hábito y profesado llena de conmovedora alegría; lo infantil de su carácter atrajo la voluntad de la hija de Cepeda, y una circunstancia sencilla al parecer estrechó más el lazo de simpatía que las unió desde que se conocieron.

Juana tenía hermosa voz, y alegraba el oír la cantar los *Villancicos*, *Trovas* y *Pastorelas* más en boga para las funciones que en el convento se hacían. Su afición á las coplas era tanta, que desde que una vez, con motivo de una profesión, compuso Teresa letra nueva, se vió obligada á hacerlas con frecuencia para complacer á la joven, que las grababa en su memoria y las recitaba después á cuantas querían oírlas.

Mas si para dar alguna expansión á su ardiente amor divino aprovechaba Teresa en tan inocentes pasatiempos los breves ratos de recreo que se permitía, el resto de su existencia era de continua mortificación, tanto más agradable á los ojos del celestial Esposo, cuanto que por ella crecía en méritos, recibía su inteligencia esplendorosas luces, y su vida era en todo como una vida nueva, donde la materia, dominada por el espíritu, no ponía estorbos con su flaqueza para que éste pudiera recorrer los maravillosos hemisferios donde sereno y feliz moraba casi siempre.

No había llegado á esta época de tranquilidad relativa sin pasar por una larga prueba de tristezas y sequedades que sucedieron de pronto á los favores del Cielo; y cuando logró triunfar de ellas, los recuerdos de sus pasadas amistades la perseguían, teniéndolas clavadas en el corazón

cual punzadoras espinas. Consultó á su confesor para librarse de tal tormento, y él le dijo que encomendara al Señor su cuidado, y le rogase mucho por espacio de algunos días. Obediente en esto como en todo, la hija de Cepeda oró de continuo, ayudando sus plegarias con duras y asombrosas penitencias.

II

Era una noche de hermosa primavera, y profunda quietud reinaba en el convento; la luna bañaba de pálida luz los claustros y las balaustradas de piedra, que se dibujaban en el pavimento como fantásticas sombras; uníase al monótono rumor del agua al caer en las fuentes, el del aura, que mecía las hojas tan suavemente como si las acariciaran. Algunos jazmines y madreselvas que vestían las paredes, perfumaban el aire y esparcían los blancos pétalos de sus flores en el musgo cubierto de rocío. Era una de esas horas en que el alma se eleva en alas de la fe, y busca, á través del azulado velo sembrado de rutilantes estrellas, la majestad infinita del Supremo Hacedor del universo.

Hacía rato que las campanas habían dado la señal de reposo, y obediente á ella, la comunidad descansaba; la puerta del coro se hallaba abierta y descorrido el tapiz; una lámpara esparcía tenues reflejos, dibujando apenas el vago perfil de una religiosa que oraba arrodillada delante de la reja. Era Teresa de Cepeda, que aprovechaba las últimas horas del día en íntimos y dulces coloquios con el Amado de su alma, sin determi-

nación para alejarse del tabernáculo que encerraba al sagrado objeto de sus constantes y amorosos desvelos.

De pronto un extraño arrobamiento embargó su ser ; perdió la conciencia de cuanto la rodeaba, y mientras procuraba en vano darse cuenta de lo que sentía, una voz cuya suavidad no podía compararse á ningún acento de la tierra, habló á su alma :

— *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm. 3.)

Estas fueron las únicas palabras, y al oirlas se estremecieron todas las fibras del corazón de Teresa con inefable sensación de delicia; aquel eco que no se parecía ni á la vibración del grano de oro al herir la plancha de cristal, ni á la armonía de música lejana, y que participaba de todas las melodías, se extinguió sin que la religiosa en grandísimo rato pudiera volver de su admiración. Sólo una idea flotaba en su espíritu é irradiaba con destellos deslumbradores : su Esposo, su Dios, su amor ardiente y purísimo, se había dignado hacerle conocer su voluntad en el silencio de la oración.

Era la primera vez que el Señor hablaba á su sierva, y bien se echó de ver que la palabra fué divina, según los efectos que hizo. Desde entonces todas las dificultades se le allanaron : ella lo asegura así en el relato de su vida.

— *Desde aquel día quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, que no fué menester mandármelo más.* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm. 4.)

No se me oculta, volveré á decir, cuán difícil es presentar sencillamente misterios de tal naturaleza ante el juicio de la razón humana ; los éxtasis y revelaciones que se presentan habrán de presentarse en el transcurso de esta obra , sugieren la reflexión que se acaba de hacer ; pero si por incomprensibles que parezcan algunos hechos, aparecen repetidos con pasmosa frecuencia, debemos creerlos, pues para el infinito poder de Dios todo es fácil. Procure, pues, el ánima sencilla, con la práctica de las virtudes, alcanzar lo que sin estos auxiliares ignorará por siempre.

III

Rota por la misericordia del Señor la valla que separa al Creador de la criatura, se repitieron muchas veces los celestiales favores; Cristo dio á Teresa saludables avisos, le manifestó su voluntad, y le facilitó los medios de servirle hasta elevarla á la más sublime perfección.

A pesar de estas venturas, como las alegrías de la vida van siempre uncidas al yugo de los trabajos, cada nueva visión intelectual ó imaginaria, cada rayo de luz divina que al romper los velos de la inteligencia le dejaba entrever algo del cielo, renovaba sus temores, movía guerra en su espíritu y lo llenaba de extraña confusión. Si cumplía su deber y declaraba al confesor hasta los más ligeros incidentes de los combates que sostenía, hacía lo con miedo de equivocarse y anhelando siempre nuevas luces para no padecer error.

Así, pasando grado á grado de oración por los

más eminentes y maravillosos, escuchaba de continuo vibrar en su alma la voz del *Amado*; sentía su presencia inmediata, y llegó hasta ver en sublimes arrobamientos (no con la vista corporal, sino por intuición maravillosa) la hermosura de Cristo glorioso, primero de sus manos divinas, y después del rostro que se le representó más de una vez para consolarla en los grandes trabajos que de estos mismos favores nacían.

Admirablemente explica esta angelical y sublime inteligencia hechos que nadie sino ella haría comprensibles. Al hablar del modo con que el Señor se mostró á su alma en toda la majestad que admira el cielo, dice así:

«Si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar; no es resplandor que deslumbra, sino una blancura suave que da grandísimo deleite á la vista y no la cansa; es una luz tan diferente de las de acá, que parece cosa deslustrada la claridad del sol que vemos en comparación de la claridad y luz que se representa, tal que no se querrian abrir los ojos después; es como ver un agua muy clara que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol; es, en fin, de suerte que, por gran entendimiento que una persona tuviera, en todos los días de su vida podría imaginarse cómo es.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXVIII, núms. 4 y 5.)

¿Qué sucedía entretanto á las personas que rodeaban á Teresa? Ocioso es afirmar que, así como vieron las penas, no se les ocultaban los consuelos. Por la opinión de Doña Inés podemos juzgar

la de los demás; los mismos confesores, aunque sabios y letrados, fluctuaban en dudas contradictorias, y antes de convencerse de las verdades que declaraba la hacían sufrir humillaciones y amarguras sin cuento; de tal suerte llegaron á arreciar los trabajos, que la hicieron exclamar:

«Levántense contra mí todos los letrados; persiganme todas las cosas criadas; atormentenme todos los demonios; no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis al que sólo en Vos confía.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIV, núm. 9.)

Seguridad que fué premiada con estas frases, percibidas dentro de su alma:

— «No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé; no temas.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXV, núm. 9.)

IV

Después de algún tiempo, en que por un extremo de rigor, hijo acaso del excesivo celo, prohibió á Teresa su confesor que comulgara con frecuencia, quitándole al mismo tiempo la soledad y oración, que eran sus más caras delicias, convencido al fin de no ser justo mortificarla tanto, le concedió nuevamente licencia para dedicarse á sus piadosos ejercicios; y como el ciervo acude á saciar su sed en el cristalino manantial, la obediente religiosa tornó á ellos con todas las fuerzas de su alma.

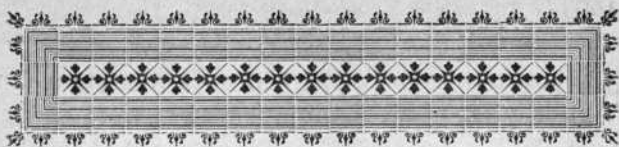
Oraba un día ansiosa *de padecer ó morir*, cuando, arrobada en éxtasis, vió junto á sí un ángel

resplandeciente de luz y de hermosura, cuyo semblante brillaba como un relámpago; la nieve y el coral combinaban sus reflejos en las tenues gasas que parecían vestirlo, y sostenía en sus manos un dardo de oro, cuya punta era de fuego. Sonriendo dulcemente, atravesó con el encendido dardo el corazón de Teresa, que sintió de tal modo la herida que, al retirarle, dejándola abrasada en amor de Dios, creyó que le llevaba tras de sí las entrañas.

— «Era tan grande el dolor que sentía, — dice al referir este suceso, — que me hacía dar quejidos, y tan excesiva la suavidad de este dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.» (El espíritu de estos renglones es de la Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXIX, núm. 11.)

¿Cómo podía la hija de Cepeda, después de tan dulces deliquios, tornar sin hastío á las cosas de la vida? Disimulaba, sin embargo, cuanto le era posible, y trataba de aparecer entre sus Hermanas como la más ruin de todas; pero la fama de sus virtudes y de las maravillas que Dios obraba en ella crecía y se propagaba continuamente, á pesar de que, por un exceso de humildad, la religiosa rogaba al Señor que no le diese arrobamientos visibles.





CAPITULO VI

PEDRO DE ALCÁNTARA

I

ENTRE las muchas personas que profesaban á Teresa el más santo y tierno afecto, había una dama noble y virtuosa, llamada Doña Guiomar de Ulloa; reinaba entre ellas grande amistad, y con esta señora, dotada de tanta prudencia como elevado talento, era con quien la atribulada religiosa comunicaba sus penas é inquietudes.

En una de las épocas que más arreciaban las tempestades en el corazón de la hija de Cepeda, vino á Avila, y fué á hospedarse en casa de Doña Guiomar, un venerable anciano llamado Pedro de Alcántara, que en su dilatada vida contaba tantas penitencias como horas, y tantas victorias sobre el mundo, demonio y carne como sublimes perfecciones le adornaban.

En la afectuosa compasión que Doña Guiomar sentía por los sufrimientos de su amiga y las diferentes opiniones que había respecto á ella, cre-

yó oportuno hablar á Fr. Pedro de Alcántara de Teresa, y hasta consiguió que ésta le viera en su casa. Mucho se interesó el religioso por el estado de aquel alma; y propuesto á aliviar sus trabajos, le hizo dar cuenta minuciosa de su vida; convencido por el relato de la bondad é inocencia de ella, no necesitó más, como muy experimentado, para conocer el espíritu que la guiaba; aclaró algunas dudas que tenía, la consoló eficazmente, y le dijo por último: «que alabase á Dios por las mercedes que recibía, y estuviera segura que, si no la fe, no había cosa más cierta que ser su espíritu de Dios». (P. Yepes, lib. I, cap. XXI, fol. 165.) Mucho tranquilizó á la religiosa esta conclusión, y no contribuyó poco á levantar su ánimo decaído; así, agradeció tanto al anciano el bien que le había hecho, que conservó su recuerdo durante toda su vida. No fué menor el gozo de Doña Guiomar al ver confirmado por tan docta opinión el juicio que tenía de su amiga, pues en este delicado asunto su gran virtud y claro talento la hacían entender más en él que los muy letrados.

II

Aun estaba en Avila el penitente Fr. Pedro de Alcántara, cuando llegó á visitar la ciudad el Licenciado Alonso de Salazar, que era entonces Inquisidor y fué algún tiempo después obispo de Salamanca. La mucha humildad de Teresa y el temor que las diversas opiniones habían puesto en su ánimo de ofender en algo la fe, la determinaron á hacer una consulta con el Licenciado Salazar, convencida de que, cuantas más personas doctas la

aseguraran, más tranquila debía estar. Después que él la hubo escuchado con escrupulosa atención, la dió por respuesta: «Que nada de cuanto le decía era en contra del Santo Tribunal que representaba, el que tenía por única misión castigar ó enmendar lo que fuera culpa; que si de Dios era el espíritu que la favorecía, podía considerarlo como insigne merced; pero que si, por el contrario, fuese el enemigo de las almas, como sufría esta pena á su pesar no debía temer mientras no cometiese alguna falta.»

Añadió á estas palabras santas exhortaciones, y le aconsejó poner por escrito cuanto sentía y había pasado, y lo enviara al Padre Maestro Avila (que se hallaba entonces en Andalucía), cuya gran virtud y justa fama de muchas letras y extremada prudencia eran bastantes para definir las cuestiones más arduas.

Aprobó este dictamen el confesor de Teresa, que lo era entonces, por ausencia del Padre Baltasar, Fray García de Toledo, y con la opinión del bendito Pedro de Alcántara la religiosa escribió el informe con cuanta prisa pudo, enviándolo con una carta á su confesor, en la que le rogaba disimulara los defectos que debía tener con estas palabras:

—«Yo he hecho lo que vuesa merced me mandó en alargarme, á condición de que haga lo que me prometió en romper lo que mal le parezca; no había acabado de leerlo después de escrito, cuando vuesa merced envía por él; puede que vayan algunas cosas mal declaradas, y otras puestas dos veces; porque ha sido tan poco el tiempo que he tenido, que no podía tornar á

verlo que escribía.» (P. Yepes, lib. I, fol. 168.)

Fray García transmitió puntualmente el encargo, y la respuesta del Maestro Avila no se hizo esperar; gran consuelo fué para Teresa la llegada del precioso escrito, notable por todos conceptos, y especialmente por la manera con que el sabio religioso apreciaba lo que había leído. Su carta, llena del espíritu de Dios, que guió la pluma con que se escribieron los dilatados párrafos en que deslindaba todo cuanto podía confundir á la hija de Cepeda, terminaba dándole este prudente aviso :

«Paréceme, según de su libro consta, que vuesa merced ha resistido á estas cosas más de lo justo, aunque creo le han aprovechado á su alma, especialmente si le han hecho conocer su propia miseria y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con aprovechamiento espiritual, incitándola á amar á Dios y á su propio desprecio, y á hacer penitencia; así, no veo por qué condenarlas, y me inclino más á tenerlas por buenas.» (P. Yepes, lib. I, fol. 171.)

Esta faz de la vida de la religiosa dió no poco que hablar á las personas cuya malévolatención estaba poderosamente excitada; así la vigilaron sin tregua y apuraron el ingenio para hacerla sufrir por todos los medios imaginables, sin lograr, empero, turbar su tranquilidad : ¿qué podrían significar las mezquinas mortificaciones para aquella á quien tan crueles padecimientos habían atormentado?

Segura por entonces, dejóse llevar la envidiable hija de Cepeda, y adelantó maravillosamente en los suaves caminos donde su divino Esposo la

guiaba; recordó los muchos favores que le debía y se extasió en ellos con el corazón deshecho de tierna gratitud.

— ¡Con qué ardiente amor volvía á escuchar, repetidas por los misteriosos ecos de su alma, las palabras que en una sublime visión de gloria oyó á Jesús dirigiéndose á su Eterno Padre!

— «Esta que me diste, te doy.» (Adiciones á su Vida.)

¡Cómo se recreaba su espíritu en la contemplación de la Beatísima Trinidad, vista muchas veces entre los resplandores de su majestad altísima! ¡Con qué dulce consuelo se le representaba el místico desposorio en que, al entregarle el Redentor uno de sus clavos, le había dicho!:

— «Tómale en señal de que serás mi esposa desde hoy: hasta ahora no lo habías merecido; de aquí en adelante, no sólo como de Criador, de Rey y de Dios mirarás mi honra, sino como de verdadera Esposa mía; mi honra es ya tuya, y la tuya mía.» (Adiciones á su Vida.)

¡Qué gozo inundaría su espíritu al escucharle en otra ocasión!:

— «Hija, ya eres toda mía, y yo soy tuyo.» (Adiciones á su Vida.)

¡Oh qué bondadoso se muestra el Señor con las almas que se le entregan en absoluto, y cuánto manifestó su predilección por la humilde Teresa al decirle en los días que más le atormentaban sus cuidados!:

— «Si no hubiera criado el cielo, para ti sola lo criara.» (Adiciones á su Vida.)

III

Interminable se haría esta narración si hubieran de referirse aquí al pormenor los extraordinarios acontecimientos que en el largo período de veinte años purificaron el espíritu de Teresa y la hicieron llegar al más sublime grado de perfección ; parecía natural que, una vez calmado el temor del enemigo que tanto la había hecho padecer, descansara algún tiempo ; mas no fué así : despertáronse de repente en su corazón nuevas angustias ; visiones del purgatorio y del infierno la espantaron con las terribles verdades que mostraban ; consideraba cuán grande es la voluntad de Dios en librarla de tan horribles castigos, dándole tiempo para arrepentirse y hacer penitencia, y con estos pensamientos sintió crecer su gratitud de manera que no le dejaba punto de reposo ; á la vez reflexionaba en dos asuntos de gran importancia, y tal llegó á preocuparse con ellos que acabaron por ser el objeto principal de sus meditaciones.

Era el primero un vivo sentimiento de haber ofendido al Señor y parecerle muy corta la penitencia de los pecados que su humildad abultaba extremadamente. La idea de una cueva en el desierto, y en ella una cruz, algunas pajas para descansar y amargas raíces por alimento, aún lo creía poco para satisfacer al Esposo de quien tantas pruebas recibía de bondadosa ternura.

Lo segundo que la contristaba era la pernicioso influencia de las doctrinas de Lutero, que

se esparcían en todas partes como hálito de muerte para causar la de muchas almas. A sus terribles efectos caían tan fácilmente los espíritus en el error, como los cuerpos bajo el azote de espantosa epidemia; las lágrimas y ruegos con que la religiosa quería contrarrestar esta plaga asoladora, fueron tan aceptos á Dios como veremmos por la continuación de esta historia.

IV

Sor Teresa de Cepeda, que no había olvidado cuán eficaces consuelos debía al bendito Pedro de Alcántara, le escribió confiándole sus nuevas aflicciones, y le pidió consejo; él le respondió solamente que encomendara al Señor tales cuidados, lo que ella hizo anhelante del remedio que tanto deseaba.

En sus horas de soledad y recogimiento, cada vez más frecuentes, dióse á pensar por divina inspiración que lo primero y más acertado que debía hacer era perfeccionarse en su estado y llamamiento, guardando el rigor de la primera Regla; pues aunque en su monasterio regía la de Nuestra Señora del Carmen que dió en el año 1071 el Santo Patriarca Alberto de Jerusalén á los ermitaños que moraban en el Monte Carmelo, junto á la fuente del Profeta Elías, en 1248 se había mitigado por el Pontífice Inocencio IV, y en 1431 por Eugenio IV. Así, aunque se vivía muy religiosamente, no se guardaba clausura, y disfrutaban mucho regalo y comodidad, tanto por los alimentos, como por ser la casa deleitosa y grande.

Esta idea, que arraigó con vivísimo anhelo en su corazón, acabó dominándola por completo; informe al principio, y madurada después con sabias reflexiones, venció uno por uno los graves inconvenientes que le representaba su imaginación : trazó, ensayó y concluyó en el pensamiento su obra, la adornó de cuanto requería, y embebida de continuo en ella, olvidó los temores pasados y hasta la quietud presente para buscar medios de realizarla.

Viósela entonces, con gran asombro de la Comunidad, que no sabía ya á qué atenerse respecto á ella, inquieta y cuidadosa, embelesada siempre en un objeto visible solo á su alma, y aunque afable y buena con todos, aislarse con mayor empeño; así, Inés y las que participaban de su modo de pensar, tornaron á juzgarla ilusa ó poseída; y si no lo creyeron, manifestaron que lo creían. Tales opiniones eran crueles tormentos para Esperanza, Juana y cuantas personas se interesaban por nuestra Santa Teresa, que observaban con angustia la constante persecución de que era objeto, las humillaciones que le hacían sufrir, y las contradicciones de las que más debían conocer y apreciar sus méritos.

Esta era la situación de la bendita religiosa cuando anudamos el interrumpido hilo de su historia.





CAPITULO VII

LA PRIMERA PIEDRA

I

EN vano Doña Leonor Salcedo y las amigas de la Santa carmelita interpusieron sus ruegos para que, despreciando las acusaciones de que era objeto, le fuese perdonado el castigo que le imponían; la Priora se mostró inflexible y extremó los rigores con su humilde súbdita, que permaneció algunos días encerrada en la celda, con gran complacencia de muchas, que así juzgaban se curaría para siempre de los delirios de santidad.

En cambio el dolor de la viuda de Salcedo, María de Ocampo, Juana y Esperanza, se unía al del resto de la Comunidad, que, con pocas excepciones, sentía por la prisionera interés y compasivo afecto. La diferencia de opiniones entre ellas alejaba á unas de otras, y la perturbación de los ánimos anunciaba graves disgustos para el porvenir.

En compensación de la injusticia con que la trataban, consolaba Jesucristo á su esposa en la soledad, que en vez de castigo era para ella el más suave de los regalos, pues, levantado hasta muy alto grado el amor que le llenaba el corazón, la hacía prorrumpir en tiernas quejas por lo que tardaba en unirse al Amado de su alma. Al mismo tiempo, la idea de una vida tan estrecha que recordara el fervor de los primeros ermitaños del Carmelo, crecía con el deseo de reunir muchas criaturas que, con el extremo de rigor que pudieran soportar humanas fuerzas, satisficieran á Dios, ofendido sin cesar por los herejes luteranos.

Pero ¿cómo realizar tan gran proyecto una pobre mujer sola, y por añadidura monja, es decir, sin voluntad propia? Tocábale al Señor que le inspiraba llevarlo á cabo, y así lo hizo por tan sencillos medios como *Él* sólo podía hacerlo.

II

El día que se permitió á Teresa tomar parte de nuevo en la recreación, apenas podía contenerse la alegría de sus amigas en los estrechos límites que la prudencia y reserva de aquel suave carácter les marcaba. Hallábase entre ellas como si la tarde anterior hubiera disfrutado tal placer, tranquila y afable como de costumbre. ¡Cuánto tenían que comunicar con su dulce Madre los corazones de sus amantes discípulas! Mas apenas habían empezado á saborear el encanto de su grata compañía, se suscitó una animada discusión entre María de Ocampo y Espe-

ranza, que hizo fijar en ella la atención de todas.

—En realidad, — había dicho la primera, — aunque es grande mi deseo de consagrarme al Señor, no acabo de resolverme, y esto me hace carecer de la tranquilidad de espíritu que es precisa para tomar graves resoluciones.

—Pues tu vocación bien probada está; ¿qué te falta para decidirlo?—preguntó Esperanza.

—Primero una firme voluntad, —repuso con leve sonrisa la hermosa joven; —y después extraños deseos que á veces me mortifican, porque los veo imposibles de realizar.

Teresa prestó oído, aunque sin tomar parte en la conversación.

—Es la primera vez que te oigo hablar de ese modo,—dijo entonces Juana.—¿Te llama el mundo por el amor de tu familia?

—No, que me sucede muy al contrario, pues ni aquí me encuentro bastante retirada del mundo. El trato que permite esta Regla, con ser tan bueno y santo, no se aviene con mis deseos de soledad y desasimiento de todo; el regalo y abundancia que nos rodean tampoco se conforman con mis deseos de penitencia y mortificación, y éstas son las causas que retardan mi determinación.

Teresa había cerrado los ojos, y parecía abstraída de cuanto la rodeaba; las demás, acostumbradas á sus éxtasis y arrobamientos, respetaron aquel silencio y continuaron hablando entre sí.

—Si es eso lo que te preocupa,—murmuró Esperanza con un suspiro,—veo que tienes razón. Lo mismo siento que tú, y mi mayor pena es no tener absoluta soledad. La vida de los pe-

nitentes y ermitaños me agradaría más que la suave que llevamos.

—Bastante tiempo nos hemos inquietado por lo mismo,—dijo una de las religiosas que hasta entonces había escuchado en silencio;—pero como no hay otro camino preciso es resignarnos, comprendiendo que de todos modos se puede servir dignamente al Señor.

—Pues yo,—afirmó María de Ocampo,—de tan buen grado entraría en vida más estrecha, que, si con este objeto hubiera que levantar un monasterio, ayudaría á la obra con mil ducados de mí legítima.

—No puedo decir otro tanto, porque nada poseo ya,—replicó Juana;—pero si tal cosa acaeciera, tendría por singular favor ser admitida en él.

—Y yo,—dijo resueltamente Esperanza.

—Y nosotras,—apoyaron las demás, con una entereza que probaba su buen deseo.

Teresa abrió los ojos, y las miró sonriendo.

—«No hay mejor ganancia que dejar nuestra voluntad en manos de Dios.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, número 2.)

Las religiosas, sorprendidas, volvieron á ella sus ojos, mientras la hija de Cepeda proseguía:

—*Es mucho á lo que nos ofrecemos cuando en el Padrenuestro decimos: hágase tu voluntad* (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, núm. 4.); *en tanto*, hijas mías, vivid con grande paz, amándoos y trabajando unas por otras, y estad ciertas que el mayor mal de los conventos es faltar de ellos la concordia, señal cierta de haber echado fuera al Señor.

Estas palabras, que recordaban á todas las amarguras y desasosiegos de los días pasados, hicieron cubrir de rubor algunas mejillas.

—¿Según eso, hacemos mal en alimentar estos deseos?—interrogó con timidez María de Ocampo.

—No por cierto, hija mía; pero si han de ser agradables al Señor, deben hallarse limpios de toda mancha. Persevera en estos buenos propósitos (si los tienes en tales condiciones). ¡Quién sabe si algún día podrás realizarlos!

III

Al concluir estas palabras, llegó una religiosa á decir á la hija de Cepeda que Doña Guiomar de Ulloa la esperaba en el locutorio.

Teresa se alejó, y las jovenes continuaron su plática, bien ajenas de que, expresándose como lo habían hecho, respondían al más ferviente anhelo de su querida Madre.

Impaciente por saber lo que había sucedido á su amiga en el mucho tiempo que no la veía, Doña Guiomar esperaba con vivo desasosiego; era la noble dama de elevada estatura y agradable rostro, en que se notaban rasgos de la espléndida belleza que adornó su juventud; á sus distinguidas maneras se unía el irresistible encanto de una agradable conversación, clara inteligencia, firme espíritu religioso, y un corazón lleno de ardiente caridad; tal es el bosquejo físico y moral de este atractivo retrato.

Cuando llegó Sor Teresa de Jesús, la alegría de ambas fué tan sincera como poco expansiva, por

más que hubiesen deseado mucho aquel instante. Le habló de mil asuntos diferentes, sin hacer alusión á los disgustos pasados, porque Doña Guiomar procuraba con gracia singular distraer á su amiga; pero Teresa contestaba maquinalmente: su pensamiento vagaba en torno de las discípulas queridas, y las palabras de María de Ocampo: «*ayudaría á la obra con mil ducados de mí legítima*», zumbaban en sus oídos y vibraban en su corazón. ¿Serían la primera piedra del edificio con que soñaba?

No necesitó mucho Doña Guiomar para vislumbrar de que pasaba algo extraño á la hija de Cepeda; y temerosa de que la memoria de los recientes disgustos preocuparan su ánimo, deslizó una discreta pregunta.

—¡Oh, no, señora mía!—se apresuró á contestar Teresa.—Ningún pesar turba mi espíritu; es al contrario: un consuelo tan grande que me trae embebecida y como fuera de mí.

Y refirió á su amiga la conversación que acababa de oír, descubriéndole al mismo tiempo los proyectos que en este sentido acariciaba.

—De modo,—dijo la de Ulloa cuando la religiosa terminó su relato,—que me parece muy en razón su alegría, por más que la cortedad de la suma no dé ocasión á grandes esperanzas. Sin embargo, como sabe cuánto me interesa todo lo suyo, puede contar conmigo para ayudarla en tal empresa. ¡Lástima que mi caudal no iguale á mis deseos! Pero si le parece llame á su sobrina, interroguémosla, y si su dicho no es una niñería, veremos lo que se puede hacer.

Teresa, llena de agitación porque veía empe-

zar á tomar forma real á su idea, llamó á María de Ocampo, la cual vino al punto, muy sorprendida de que su presencia fuera necesaria; pronto se halló impuesta de lo que se trataba; y prestándose á ello de todo corazón, celebraron larga conferencia, en la que una religiosa, una viuda y una doncella iban guiadas por la fe á realizar prodigios que pudieran compararse con la traslación de las montañas, de que nos habla el Evangelio.

¿Qué hablaron entre sí? Sólo Dios lo supo entonces; pero las diferentes fases que presentaba el asunto, sus ventajas y dificultades, se discutieron con la calma y energía propias de la firme resolución que las animaba.

Acabó la conversación con el propósito de encomendar al Señor el proyecto, lo cual hicieron tan fervorosamente como útil creían la anhelada Reforma.

IV

Mientras María de Ocampo, indiferente en apariencia, rogaba á Dios con todas las fuerzas de su alma, y Doña Guiomar, activa como una joven, ponía en juego sus amistades é influencias, Teresa consultaba la voluntad del divino Esposo. Un día que acababa de comulgar se le apareció el Señor, y le mandó procurase realizar pronto la obra que Él mismo le había inspirado, añadiendo «grandes promesas de que se haría el monasterio y servirían mucho á Dios en él; que se llamaría San José, y que una puerta guardaría este santo y otra la Virgen nuestra Señora; y dijo también Cristo que sería una estrella que daría de sí gran

resplandor; que aunque algunas religiones no eran perfectas, no dejaba en ellas de servirse á Dios, y que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, núm. 6.)

Muy alentada Teresa con la divina aprobación, determinó consultar con su confesor el modo de dar principio á la obra.

Grandes dudas y vacilaciones promovieron en el espíritu del P. Baltasar los proyectos de la santa religiosa; no atreviéndose á rechazarlos abiertamente, ni á aceptar lo que su inteligencia no acababa de entender, se limitó á aconsejarle tratara el caso con el Provincial de su Orden.

Doña Guiomar se encargó de exponer á éste el asunto con la actividad, prudencia y secreto que requería. Entretanto la religiosa escribía á Fr. Pedro de Alcántara para que le diera su parecer; pues era tal la desconfianza que de sí tenía, que no se determinaba á cosa ninguna sino apoyada en el parecer de personas doctas y santas.

El anciano le contestó aprobando sus designios, y le aseguró que rogaría por el buen éxito de tan provechosa empresa.

Al mismo tiempo que llegaba esta carta para tranquilizar el agitado espíritu de Teresa, fué á verla doña Guiomar llena de alegría, para darla cuenta de la favorable opinión del Provincial, el que, no sólo venía en ello, sino que ofrecía su licencia para fundar la nueva Casa; mas no satisfecha con todo esto la humildad de la hija de Cepeda, consultó también al P. Luis Beltrán, cuya fama de virtud y letras había llegado hasta Avila

con los mayores encarecimientos desde las márgenes del Turia, donde residía.

Pasaron tres ó cuatro meses sin recibir respuesta, y la ansiedad de Teresa, así como la de todas las personas que se hallaban en el secreto, era mayor cada día, aunque ninguna lo manifestaba con la impaciencia que Doña Guiomar de Ulloa.

Una mañana salía del coro la Santa reformadora, cuando la Hermana Tornera le entregó un pliego que acababa de recibir para ella; apresuráronse los latidos de su corazón al tomarle, se encaminó á la celda, rompió el sello y leyó ávidamente el contenido.

Era muy breve, pero encerraba admirables conceptos, trazados por la mano del P. Luis Beltrán.

«Madre Teresa, — decía, — recibí vuestra carta; y porque el negocio en que me pedís parecer es tan en servicio de Dios, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa de haber tardado en responderle; ahora digo en nombre del mismo Señor que os arméis para tan grande empresa; que Él os ayudará y favorecerá, y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años sin que vuestra Religión sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios. Él os guarde. = *Fray Luis Beltrán.*» (P. Yepes, lib. I, fol. 186.)

Teresa hincó en tierra las rodillas, y levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas. ¡ Con qué afecto dió gracias al Señor, y cómo le demostró la alegría que llenaba su pecho! La aprobación de su Esposo celestial, la de los justos de la tierra, la

buena voluntad de las personas que la rodeaban, y los mil ducados tan generosamente ofrecidos por María de Ocampo, le permitían al fin colocar la *primera piedra* en el edificio de la Reforma.

V

Una gran animación, que anunciaba sucesos extraordinarios, se notaba en el convento de las carmelitas; la Priora, con lo que pudiéramos llamar *estado mayor*, casi todas ancianas de eminentes virtudes, pero intransigentes para las nuevas ideas, había constituido una especie de Consejo que, encerrado en la sala de Capítulo, permanecía en sesión secreta hacía más de tres horas: idas y venidas, rumores, vigilancias y castigos, todo se hacía á la vez; las graves noticias recibidas eran causa de estas violentas determinaciones.

¿Qué sucedía? Fácil es adivinarlo; la necesidad de empezar reveló el misterio, y Avila entera se conmovió á la primera insinuación de los proyectos de Teresa, alborotándose con ellos de suerte que lo que en la ciudad se hablaba llegó pronto á las religiosas. Por todas partes se oían comentarios exagerados, en que llamaban *disparates, delirios y locura* á la idea de la Reforma, y espantábanse los ociosos de que se dejaran combinar desatinos á una monja ilusa, y comprometer para realizarlos á personas respetables.

En vano Fr. Pedro Báñez, Presentado de la Orden de Santo Domingo, varón ilustre en santidad y letras, que había sido enterado de todo por Doña Guiomar de Ulloa, intentó defender á Tere-

sa, penetrado como estaba de su recto juicio y meritoria conducta por un extraño suceso del que daremos cuenta en breves palabras.

Temerosa la de Ulloa de los muchos inconvenientes que habían de estorbar la fundación, habló al Padre Presentado de lo que intentaba su amiga; pero él, más dudoso que convencido, pidió un plazo de ocho días para dar su parecer: durante ellos cambió el Señor de tal modo sus ideas, que lo que al principio juzgaba desatinos, llegó á tenerlo por cosa fácil y hacedera. Así, tomó á su cargo amparar la causa de la hija de Cepeda con todo su poder, que no era poco, y sus buenas razones, sostenidas con firmeza, trocaron de tal modo las voluntades, que muchos se inclinaron á seguir la opinión del sabio religioso.

Pero, apenas calmada la tempestad, arreció de nuevo y con tanta furia que el escándalo fué general; volvieron á encenderse los ánimos y á volar las murmuraciones, hasta el punto que, espantado el Provincial de lo que sucedía, y de la responsabilidad que echaba sobre sí, negó en absoluto la prometida licencia.

Es verdaderamente triste cómo en toda obra que ha de hacerse para gloria de Dios se alza á combatirla el celo de los falsos profetas; apenas iniciado el pensamiento, ¡cuántas dificultades presentan! ¡Con qué negros colores pintan las consecuencias que ha de tener! Más difícil es triunfar de estos enemigos que de quienes hacen declaradamente la guerra.

VI

Tranquila en su celda, esperaba Teresa el resultado de la lucha en que tan altos intereses se debatían. Sentada junto á una mesa sobrecargada de papeles, donde apoyaba el brazo derecho, descansaba en la mano la mejilla y miraba con insistencia el dorado rayo de sol que penetraba por una ventana cubierta de rosales, cuyos delicados capullos parecía acariciar, llenándoles de luz y transparencia. Meditaba la religiosa en el huracán que se había levantado, y rogaba mentalmente á su divino Esposo guiar la frágil barquilla de sus esperanzas hasta llevarla á puerto seguro.

Nada más sencillo que el aposento en que la encontramos, donde todo reflejaba su extremo amor á la pobreza: algunos escabeles de roble, que el tiempo y el uso se habían encargado de pulir, la mesa de que hemos hablado y el sillón que ocupaba, constituían el mobiliario.

Frente á ella colgaba de la pared un crucifijo de tosca escultura, aunque de muy devota expresión, y en la pequeña repisa que se apoyaba su pie había una calavera que recordaba el fin de la criatura y el deber en que ésta se halla de prepararse continuamente á él. Como últimos pormenores del cuadro que se va estudiando, añádase que en el arco de la ventana habían formado su nido unas golondrinas que llenaban el aire de suaves gorjeos, y que al lado de la religiosa había un cesto de labor lleno de lienzo grosero, cuyo trabajo acababa de soltar para entregarse á sus tareas intelectuales.

Continuaba en tanto la inquietud y discordancia de los ánimos en la sala de Capítulo; si se considera que la opinión de Doña Inés era de gran peso en el resumen de los hechos, y que, por decirlo así, se había constituido por autoridad propia fiscal de aquella causa, se comprenderá con cuánta razón María de Ocampo y sus compañeras temían el resultado.

Este llegó pronto : acusada de ser motivo de escándalo para la ciudad por querer que la juzgasen mejor que todas, de rebajar el convento donde se hallaba con pretender más estrecha vida (como si la que hasta entonces se había tenido no hubiera estado enteramente consagrada al servicio del Señor), hicieron saber á la hija de Cepeda con muy escasa caridad los males que su conducta producía, afligiéndola por cuantos caminos pudieron, y, finalmente, lograron que el P. Baltasar le prohibiera ocuparse en nada de fundación.

VII

Teresa, que había sido llamada á la sala de Capítulo para notificarle la resolución de su Prelada, tornó á la celda ya entrada la noche, y extraña tristeza se apoderó de su alma : ni veía las flores, ni oía el piar de los pajarillos que antes la halagaba como música deliciosa. Lo que más la afligía era saber que fuese voluntad de su Esposo divino que la fundación se realizara, y se reuniesen tantas voluntades para estorbarlo; y aunque estaba segura de que al cabo se haría, pesábale

que tardase el remedio de los males que sufría la Religión.

La Priora y Comunidad, muy tranquilas por haber hecho lo que su deber les imponía, y creer quitada para siempre la causa de los alborotos, descansaban sobre los laureles de su victoria.

Aquella misma tarde, y durante la hora de recreación, María de Ocampo, Juana, Esperanza y la viuda de Salcedo hablaban de los sucesos del día llenos los ojos de lágrimas y de amargura sus corazones.

—Esto es hecho, —dijo la primera; —se acabó nuestra esperanza.

—Por ahora, —repuso vivamente Juana; —sí, como creemos, ha recibido Madre Teresa la inspiración de Dios, no hay miedo, que *Él* cuidará que se realice.

—Verdad, —apoyó lo otra religiosa; —y á este propósito recuerdo lo que muchas veces he oído decir á nuestra amada Maestra: *que jamás falta el Señor á las personas desfavorecidas, porque dice David que está siempre con los afligidos.* (*Camino de Perfección*, cap. II, núm. 1.)

No era prudente, dado el espíritu en que se hallaba la mayor parte de la Comunidad, prolongar una conversación en tan escabroso terreno; ya algunas monjas habían fijado, al pasar, miradas recelosas en este grupo, cuyas opiniones eran bien conocidas; la viuda lo hizo notar á sus compañeras; y temerosas de ser causa de nuevos sufrimientos para la que tanto amaban, se separaron prometiendo entre sí perseverar hasta que pudieran conseguir el logro de sus deseos.





CAPITULO VIII

LA BUENA NUEVA

I

LA antigüedad y nobleza de la casa de Doña Guiomar de Ulloa se notaba bien en la gran sala á do quisiera yo ahora conducir al lector, decorada por costosos paños flamencos, cuyas flores y arboledas parecían deliciosos pensiles. Hallábase amueblada con un estrado de seda azul recamado de oro, y taburetes de preciosas labores; un brasero de plata colocado en el centro templaba suavemente el ligero frío que se dejaba sentir, á la vez que esparcía el perfume de las olorosas maderas que en él se quemaban. Grandes cuadros y dorados espejos adornaban las paredes y completaban el mueblaje. Vistosos bufetillos, en que el marfil y la plata formaban artísticas combinaciones.

Contrastaba con tanta riqueza el traje de la noble viuda, que consistía en una saya negra y

lisa, cerrada con botones de oro y tocado monjil de blanquísimo lino; sentada en un taburete frente al estrado en que ocupaba el puesto de honor Fr. Pedro Báñez, hablaba con éste de Teresa Cepeda, por quien tanto se interesaba.

—Preciso es convencerse, mi señora Doña Guiomar, —decía el religioso, —que el enemigo tiene formado empeño en contrariar este asunto; y tanto es así, que cuanto se vence una dificultad, levanta otra más insuperable.

—Hace tiempo que estoy segura de lo mismo, —repuso con leve sonrisa la viuda, —y lo tengo por señal certísima de que, si la fundación llega á realizarse, ha de dar grandes frutos al Señor.

—No os diré que sea tan pronto como deseamos, pero en lo de hacerse no cabe duda; todo será esperar más ó menos.

—¡Cuánto me consuela la confianza con que habla su paternidad! ¡Ah, si pudiera escucharlo mi desconsolada amiga!

—Demasiado sabe vuesa merced que no lo necesita, por más que las contradicciones aumenten, y no sólo las del pueblo, que todos sabemos, sino las del convento, que creo superan á éstas.

—El último día que la vi, —dijo suspirando Doña Guiomar, —volví á casa affligidísima; me habló de lo que había sufrido, y todavía me espanto cómo una débil mujer puede resistir á tales tormentos; el hecho es que está muy mal quista entre las compañeras porque quiere hacer monasterio más encerrado y pobre; dicen que ofende á sus Hermanas; que allí también se puede servir á Dios; que no tiene amor á la Casa, y, en

fin, que fuera mejor procurar rentas para ella que para otra, llegando hasta haber propuesto que la encarcelen; en tal confusión, sólo algunas de las más jóvenes vuelven por ella. (El espíritu de este párrafo es de la Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 13.)

—Si no fuera de Dios la fuerza que la anima, ¿cree vuesa merced que podría sobreponerse á tan rudos combates? Lo que por mí ha pasado es otra prueba; he querido convencerla que se dejara de los que yo creía desatinos, y el convencido á defenderlos contra todos soy yo. No contento de seguir su opinión, le he dado traza y manera de negociar con ganancias, y hasta he tomado á mi cargo asegurar las escrituras de la nueva casa.

—¡Desgraciadamente nada ha podido conseguir el celo de vuesa paternidad! Apenas empezaron los contratos, crecieron las murmuraciones; y á tal punto han llegado, que el Provincial niega la licencia.

Fray Pedro Báñez se levantó con impaciencia, y dió algunos paseos por la sala sin pronunciar ni una frase; muy preocupado debía hallarse el buen dominico para mostrar su mal humor en presencia de Doña Guiomar, como si se hubiera hallado solo entre los muros de su celda.

—Y Madre Teresa, ¿qué dice?—preguntó al cabo de algunos instantes.

—Tranquila, como si nada hubiera deseado; cuanto se le trata de este asunto, sólo contesta: «Quédome en esta Casa muy contenta, pues me parece he hecho todo lo que el Señor me ha mandado; y aunque no puedo dejar de creer que se hará la fundación, no sé cuándo ni cómo será.»

(Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 1.)

—Esa criatura es motivo de continua admiración,—dijo el P. Báñez,—y tengo para mí que no ha de pasar mucho tiempo sin que veamos grandes cosas. ¿Supo vuesa merced la llegada del nuevo Rector?

—Y algo más,—respondió la señora con discreta sonrisa;—como que me han llegado noticias de que el P. Baltasar, aunque había mandado á su humilde hija de confesión que abandonase el proyecto de la Reforma, dió cuenta de todo al Rector; y éste, como muy experto en el arte de encaminar almas al cielo, se apresuró á ver á Madre Teresa, informándose por ella misma de cuanto quería saber.

—¿Y consintió nuestra amiga en revelar las mercedes que recibe de Dios cuando tanto rehusa que se conozcan?

—¿Qué extraño es que consintiera si la obediencia le imponía este deber?

II

Una doncella que entraba cortó la conversación.

—El Sr. Francisco Salcedo pide licencia para saludar á vuesa merced,—dijo respetuosamente á Doña Guiomar.

—Que pase,—repuso al momento la viuda, y añadió mientras la sirvienta se alejaba:—A buen tiempo viene; ¡ojalá traiga alguna noticia agradable!

Salcedo, que entraba, saludó á Doña Guiomar,

besó la mano al Presentado y recibió de ambos las más halagüeñas frases de bienvenida.

—Y bien, señor mío: ¿qué sabe vuesa merced de la Reforma?—dijo el religioso apenas el caballero ocupó un cómodo sillón á la derecha de la viuda.

—Por dichoso me contara si estuviera seguro de recibir las albricias que merece la nueva que traigo,—repuso el fiel amigo de la hija de Cepe-da con una alegría que no trataba de disimular.

—¿Pues qué hay?—exclamaron á un tiempo los dos con vivo anhelo.

—Nuestra Madre Teresa,—dijo Salcedo mostrándoles una carta cerrada,—acaba de dármela para que la envíe con un expreso á su hermana Juana de Ahumada.

—¿Y hay algo en ello que se refiera al asunto que tanto nos interesa?—interrogó con ansiedad el Presentado.

—¿No lo adivina su paternidad? Pues entonces le diré el contenido de este pliego: llama por él á su hermana y cuñado para que compren en su nombre casa en que hacer la nueva fundación.

Doña Guiomar se levantó como si fuera movida por un resorte.

—¿Se logró la licencia?—preguntó.

—Sí; mas con reserva, pues conviene por ahora.

Lágrimas de alegría enturbiaron los serenos ojos de la viuda; el P. Báñez apretó enérgicamente la mano de Salcedo como expresando su enhorabuena.

—¿Quién hubiera dicho que iba á lograrse este resultado cuando me negaban la absolución

por ofrecer mi escaso valimiento á la desamparada Teresa?—dijola noble dama muy conmovida.—Pero hablad, caballero Salcedo, y referid cómo ha sucedido tal milagro.

—Como acaba vuesa merced de nombrarlo, —repuso el consecuente amigo, —y cual prueba inequívoca de que, cuando Dios quiere, de nada sirve que las criaturas se opongan.

—Contad cuanto sepáis, —insistió Doña Guiomar.

—Poco tengo que añadir: el P. Salazar mandó al P. Alvarez que animara á nuestra religiosa amiga mientras él estudiaba el espíritu de su proyecto con la detención que merecía; convencido en breve de la perfección cristiana que todo en él respira, dijo resueltamente al confesor de Teresa «que se dejase ya de temores y permitiera obrar á las inspiraciones divinas».

Al mismo tiempo el Señor dirigió á su sierva estas palabras: «di á tu confesor que tenga mañana meditación en este verso: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Profundísimos son vuestros pensamientos.» (P. Yepes, lib. II, folio 197.) Comunicó la Madre Teresa al P. Baltasar la orden recibida, y meditando en ella, así él como el P. Salazar, han quedado decididos á proteger y aprobar la empresa.

—¡Oh, cuánto me tarda hablar á mi querida amiga!—exclamó Doña Guiomar.—¡Qué alegre debe hallarse con tan inesperada victoria!

—No la conoce vuesa merced,—replicó Salcedo;—acaso esté más afligida que cuando arreciaban las tormentas; piensa lo mucho que le ha de costar su intento, la poca posibilidad que tiene

de realizarlo, las contradicciones que espera, y todo la desalienta hasta un extremo difícil de explicar.

—Dios la animará, pues hace cuanto puede por su causa,—repuso con inspirado acento el religioso.

—¿Cuándo marcha el propio?—preguntó Doña Guiomar.

—Esta misma noche,—respondió Salcedo,—y según lo apremiante que va la carta, tengo por cierto que Doña Juana saldrá de Alba cuanto la reciba.

—Esperemos entonces, que muy pronto se ha de ver el resultado.

Y la viuda salió para dar algunas órdenes á la doncella, que hacía labor en la antesala, tornando en breve á ocupar su asiento.

—¿Tiene ya la Madre Teresa licencia del Prelado? —preguntaba en aquel momento Fr. Pedro á D. Francisco.

—La recibió esta mañana; y como ve su paternidad, no se ha perdido el tiempo.

III

La doncella entró seguida de dos criadas, que llevaban grandes bandejas, donde se había improvisado abundante y delicado refresco, y pusieronlas en una mesita que la primera colocó entre los dos visitantes, retirándose después á respetuosa distancia.

Doña Guiomar se levantó para cumplir sus deberes de dueña de casa, y sirvió en tacitas de cristal, cuyos diminutos platos apenas daban lu-

gar á las cucharillas de oro, diversas confituras y almibares de frutas que hubieran satisfecho el paladar más exigente. La presencia de las sirvientes dió entretanto nuevo giro á la conversación, tratándose de distintos asuntos con una alegría que probaba el estado de aquellos tres corazones, y hasta se prodigaron justos elogios á las delicadas obras de repostería con que eran obsequiados.

Dejémosles acariciar en la imaginación encantadores proyectos, largo tiempo deseados, y mientras se entregan, al parecer, á la frívola conversación, propia de la buena sociedad, volvamos al convento de carmelitas para ver los primeros pasos que daba Teresa en el áspero camino de la Reforma, la cual emprendía con tal desaliento á pesar de su triunfo inesperado, que la hacía volverse á Dios y decirle con sencilla ternura:

—«Señor mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles? ¡Si aunque fuera mujer tuviera más libertad! Pero atada por todas partes, sin dinero ni por donde tenerlo, ni para el Breve, ni para nada, ¿qué puedo hacer, Señor?» (P. Yepes, lib. II, cap. IV, fol. 199.)





CAPÍTULO IX

EL CONVENTO

I

SEGÚN anunció Francisco de Salcedo, apenas Doña Juana recibió la carta de su hermana, dispuso aceleradamente el viaje con su marido y un tierno niño, primero y adorado fruto de su unión. Muy contenta de ser útil en algo á Teresa, llegó á Ávila, y apenas fué al convento tuvo con la religiosa una larga conversación; recibió en buenos ducados la corta cantidad que la hija de Cepeda tenía en su poder, que, aunque insuficiente para los primeros gastos, tal era la confianza de Teresa que la comunicó á la esposa de Ovalle, y todo lo juzgó allanado y fácil de emprender.

Doña Guiomar acudió solícita á visitar á Juana, y se puso de acuerdo con ella para favorecer la empresa en cuanto le fuera posible.

En tanto Ovalle compró la casa á su nombre,

y se concertaron los oficiales que habían de hacer la obra ; agotado el escaso capital con el primer desembolso, no quedaba á la hija de Cepeda recurso alguno, lo que la hacía andar inquieta y cavilosa, aunque nunca desconfiada.

Oraba una noche, y encomendaba al Señor sus trabajos, cuando un resplandor intenso la dejó por algunos instantes como privada de sentido ; al fin su espíritu se acostumbró á esta irradiación maravillosa, y vió que en el centro de aquel foco de luz se dibujaba una hermosa figura, á quien saludó con toda la efusión de su alma agradecida.

Era su amado protector San José, el apoyo constante en las tribulaciones que la afligían y el médico celestial á quien tantos consuelos debiera, que con halagüeño semblante la tranquilizaba, asegurándole *«no temiese concertar á los trabajadores, que Dios proveería á la paga»*.

Esta aparición fué un rocío del cielo que calmó enteramente sus congojas, recobró la paz y esperó confiada el cumplimiento de tan solemne promesa.

II

Al caer la tarde del siguiente día, una dama envuelta en un amplio manto de seda negra llegó al torno y preguntó con gran interés por Doña Teresa de Cepeda.

—No puede venir,—repuso la Hermana Tornera;—está en la celda de nuestra Madre Priora.

La dama suspiró, y dijo á la vez que ponía en el torno un envoltorio pequeño:

—Mucho siento no verla; mas ya que es imposible, tenga vuesa merced la bondad de darle este encargo, y rogarle que encomiende al Señor una grave necesidad.

—¿El nombre de vuesa merced?

—No hace al caso; dígale sólo que volveré: adiós, Madre.

—Él vaya con vuesa merced.

La Tornera puso el paquete á un lado, y continuó sus ocupaciones sin acordarse más de él, hasta que después de cerrar fué á llevarlo á Teresa.

—Esto han dejado para su reverencia,—dijo;—mas no sé quién haya podido ser.

—¿Cómo es eso?—preguntó sorprendida la hija de Cepeda.

La religiosa contó lo poco que sabía, y se retiró después.

Teresa deshizo el paquete, y con gran asombro vió caer en su falda buena cantidad de doblas de Castilla, y un papelito que contenía estas palabras: «Para la piadosa obra que ha emprendido su reverencia.»

La religiosa levantó los ojos al cielo, y el más dulce de los himnos que puede entonar la gratitud se exhaló de su corazón. El humilde carpintero de Nazareth había cumplido su promesa.

En cuanto á la dama, inútil es decir que no volvió. ¿Era alguna de las personas que secretamente se interesaban en Avila por el triunfo de la Reforma? ¿Era una ofrenda para implorar la misericordia de Dios por medio de las oraciones de su sierva? Nadie reveló jamás el misterio.

No en balde, al tratar de su primera fundación

y de los trabajos que le costó llevarla á cabo, asegura que más de una vez el Señor la proveía de dineros por caminos tan extraordinarios que ella misma se espantaba.

III

Cayó ligeramente enfermo en estos días Juan de Ovalle, y Teresa tuvo por ello ocasión de ir con frecuencia á casa de su hermana; la primera vez que visitó la obra del nuevo monasterio, al trazarlo en su imaginación, lo halló tan estrecho que le pareció imposible pudieran acomodarse en él. Volvió con esta pena á la Encarnación, más triste y desanimada que jamás lo estuvo, y puesta en oración confió al Señor sus congojas, sin obtener de *Él* respuesta alguna.

Al comulgar en la mañana siguiente, y cuando más abismada se hallaba en la contemplación de la inmensa maravilla que Dios había querido hacer por amor á las criaturas, cruzó por su pensamiento, para atormentarla de nuevo, la idea de lo pequeña que iba á ser la nueva casa; al mismo tiempo vibró en su alma la voz de Jesús, no halagüena como otras veces, sino imponente y severa.

—«Ya te he dicho que entres como pudieres.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 7.)

Y después de estas palabras, añadió con triste acento, como si hablase para sí :

—«¡ Oh codicia del género humano, que hasta tierra piensa que le ha de faltar ! ¡ Cuántas veces dormí Yo al sereno por no tener donde reco-

germe!» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXII, núm. 7.)

Esta suave queja penetró de tal modo en el corazón de la humilde religiosa, que al referirlo dice así :

«Quedé muy espantada, y vi que tenía razón; fuí á la casita, tracéla, y hallé, aunque muy pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino procuré se labrase de manera que se pudiera vivir, aunque todo tosco, sin cuidar sino de que no fuese nocivo á la salud, y así se ha de hacer siempre.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 7.)

Apenas tranquila en este asunto, comenzó á angustiarse al considerar que la obra adelantaba y el Provincial nada sabía. ¿Cómo lo llevaría al tener conocimiento de ello? Pero Jesús acudió prontamente en su auxilio, y le ordenó que mandase á Roma por el Breve; dióle al mismo tiempo prudentes avisos, y le encargó guardara secreto por entonces.

IV

Había llegado el día de la Asunción de Nuestra Señora, fiesta que tan gratos recuerdos tenía para Teresa; y concluída la función que se celebró en el convento, religiosas y pensionistas se esparcieron por claustros y jardines para gozar alegremente de la recreación, que hacía más agradable la fresca temperatura que empezaba á sentirse.

Teresa, que determinó pasar aquel día con su hermana, salió temprano, y después de perma-

necer algunas horas con ella fué á un convento de dominicos, donde asistió á la solemne función con que los devotos hijos del ilustre Patriarca festejaban tan glorioso misterio.

Buen rato hacía que había terminado, y aún el vago perfume del incienso formaba espirales en las elevadas bóvedas, mientras la luz, atenuada por gruesas cortinas, dejaba el templo en una semiobscuridad. Teresa, sumida en dulce arrobamamiento, no se apercibía de la soledad que la rodeaba; envuelta en su negro velo y separada enteramente de la tierra, consideraba los muchos pecados que en tiempos anteriores había confesado en aquella misma iglesia, y se afligía pareciéndole su vida harto ruin, cuando uno de aquellos éxtasis maravillosos que con frecuencia se apoderaban de ella la embargó de tal modo que casi le arrebató el sentido.

«Parecióme estando así, dice, que me veía vestir una capa de mucha blancura y claridad; al principio no veía quién me la vestía; después vi al lado derecho á Nuestra Señora, y á mi Padre San José á la izquierda, que me ponían aquella ropa, dándome á entender que ya estaba limpia de pecados. Acabada de vestir con grandísimo deleite y gloria, me pareció asirme Nuestra Señora de las manos; díjome que le daba mucho contento en lo que servía al glorioso San José; que creyera que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor, y que no temiese habría quiebra en esto jamás.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 9.)

Sintió después como si le ciñeran un collar,

y lo vió de oro resplandeciente, con una cruz de piedras, cuyos rayos deslumbraban, y acrecentó María el valor de tan preciosa dádiva con decir á su sierva «que le daba aquella joya en señal de la verdad de sus palabras». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIII, núm. 9.)

Cuál quedó Teresa de esta dulcísima aparición, júzguelo el que pueda, porque imposible sería explicarlo; mas como siempre se juntaba á la miel de los divinos favores el acibar de las penas, pues unos y otras probaban el oro de su virtud, no transcurrieron muchos días sin que una nueva amargura se atravesara como punzadora espina en la senda donde tantas otras había encontrado.

V

Para ejercer la vigilancia que necesitaba el adelanto de la obra se valía Teresa de la prudente libertad que sus Reglas le permitían, y aun acompañada de su hermana solía asistir algunas veces á las solemnes funciones religiosas que se hacían en aquellos tiempos de espléndida fe.

Hallábase un día con Doña Juana en la iglesia de Santo Tomás, cuyas amplias naves llenaba un escogido auditorio, ávido de escuchar á un religioso célebre por su vasta ciencia; desgraciadamente esta persona, á quien no se podía negar un gran talento, tenía el carácter más fuerte de lo que convenía al estado que profesaba; y si se añade que de las opiniones que habían levantado en Avila los proyectos de Teresa la

más contraria fué la suya, se comprenderá con el gusto que aprovechó la ocasión de proclamarla donde nadie pudiera contradecirle.

Al ocupar el orador la cátedra sagrada, tendió la vista en derredor y apercibió á una religiosa arrodillada é inmóvil, que no le costó trabajo adivinar quién era; y creyendo hacer un bien al pueblo arrancando la máscara á la que juzgaba ilusa ó hipócrita, lleno á su parecer de un santo celo, se propuso que no olvidara nunca las palabras que iba á oír.

Con esta intención empezó el discurso adornado de las galas oratorias en que tan diestro era; trató de arrobamientos y revelaciones, primero en general; después marcó bien el tipo que deseaba ridiculizar, y por último lo explicó en frases tan claras y desabridas, que sólo le faltó señalar con la mano al inocente objeto de su encono.

Doña Juana de Ahumada, roja como una amapola, no sabía dónde mirar, pues le parecía que todos los ojos estaban fijos en ellas, y que un grito de general reprobación iba á marcar con estigma de fuego la frente de su hermana; los fieles cambiaban entre sí frases poco caritativas y movimientos de aprobación, mientras Teresa continuaba arrodillada y tranquila, abismada en la contemplación del Santuario y puesto el corazón en *Aquel* que sufrió todas las afrentas por nuestro amor, para darnos ejemplo de sufrir por el suyo; el color de su rostro distaba tanto de las encendidas tintas del rubor como de la palidez de la ira; así, la esposa de Ovalle, al mirarla en una de las ocasiones que más la afrentaba el

predicador, sintió vivo despecho, porque aquella tranquilidad le pareció el colmo de la indiferencia.

Acabado el sermón, salieron ambas del templo, y Doña Juana empezó á caminar como si llevase alas en los pies; tardábale llegar á su casa, y ocultar en ella las lágrimas que su orgullo herido le había hecho derramar durante aquel amargo rato; en cambio la esposa de Jesús, casi gozosa de la notoria injusticia con que la trataban, sólo padecía al ver la sincera pena que experimentaba su hermana querida, y hubiera deseado, aun á costa de los mayores sacrificios, comunicarle la hermosa paz de que ella disfrutaba.

VI

Algunos días después de este suceso conversaba Teresa de Cepeda con Doña Guiomar de Ulloa en casa de tan fiel amiga, cuando un rumor, sordo al principio y convertido después en espantosa gritería, vino á interrumpirlas, oprimiendo angustiosamente sus corazones.

Levantáronse ambas é iban á salir, cuando llegaron á detenerlas dueñas y doncellas, que entraban alborotadas haciendo grandes lástimas, á la vez que demostraban los mayores extremos de dolor.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la viuda seriamente alarmada, en tanto que Teresa, sin pronunciar ni una frase, pedía mentalmente fuerzas al Señor para resistir el nuevo golpe que presentía.

—Una horrible desgracia,—respondió entre sollozos la más joven de las sirvientas.

—¿Pero dónde?... ¿Cómo?... ¡Acaba de explicarte!—insistió la de Ulloa.

—En la obra,—se apresuró á contestar una de las dueñas;—el hijo de mi señora Doña Juana andaba entre los trabajadores, cuando inesperadamente ha caído un trozo de pared...

—¿Y está herido el niño?

—¡Muerto!!

Esta palabra, que vibró aterradora como el estampido de un rayo, hizo á Doña Guiomar exhalar un ronco grito; Teresa, más pálida que el mármol, creyó por un instante que las fuerzas la abandonaban; pero venció animosa aquel amago de debilidad, y sin pronunciar una queja, ni derramar una lágrima, se dirigió á la obra seguida de la viuda y de las mujeres de la servidumbre.

VII

Cuando llegó Teresa, reinaba en todos espantosa desolación; las faenas se habían suspendido, los útiles y herramientas yacían abandonados; los trabajadores, sombríos y abatidos, deliberaban sin saber qué hacer; entre ellos, y al lado de un montón de escombros, estaba el tierno niño de apenas cinco años, tendido en tierra como una azucena tronchada por el vendaval.

Al verle la religiosa, sintió flaquear su ánimo. ¿Qué iba á ser de los esposos Ovalle al saber tal desgracia? ¿Cómo ocultársela? Las malas nuevas tienen alas para llegar á los corazones que han

de quebrantar, y era de temer que tuvieran ya conocimiento del trágico fin de su hijo adorado.

En el instante que, rígida y helada como el inocente cadáver, le levantaba la hija de Cepeda, y sentándose en una gruesa viga le colocaba en sus faldas con amoroso y delicado esmero, se dejó oír un grito desgarrador: Doña Juana, loca, delirante, sin voz ni lágrimas, iba á arrojarle sobre el niño con el furioso dolor de la leona que encuentra sin vida á sus cachorros; mas antes de llegarle á tocar, cayó á los pies de Teresa retorciéndose las manos, á la vez que exhalaba convulsivos sollozos.

Los corazones se oprimieron ante la inmensa congoja de la infeliz madre, y gruesas lágrimas surcaron silenciosas las curtidas mejillas de los trabajadores. Doña Guiomar, aunque muy afligida, era la única que conservaba ánimo; y como tenía tanta fe en lo que la virtud de Teresa podía para con Dios, veía muerta á la criatura, y sin embargo esperaba.

—Hermana.—dijo muy quedo á la religiosa;—*el poder de nuestro Señor no tiene tasa, y si quiere puede dar vida á esa criatura.*

La hija de Cepeda la miró profundamente; contempló después á la madre, cuyo dolor hubiera podido enternecer, no ya á los corazones, sino á las duras piedras que la rodeaban, y un mundo de amargos pensamientos nubló su pálida frente; ¿cómo tornaría á Alba la esposa de Ovalle, sin llevar consigo la alegría de su hogar y la esperanza de su vida? ¿No había venido sólo por ayudarla, y no era de temer que llegara día en que dijera: *¡Desdichada fué mi venida, pues cues-*

ta la existencia de mi hijo? (El espíritu de lo referido es del lib. II del P. Yepes, fols. 205 al 206.)

¿Qué pasó entonces en el interior de la hija de D. Alonso? Secreto fué entre Dios y ella; envolvióse en su velo, ocultó enteramente al niño con él, unió sus labios ardientes á los del yerto cadáver, lloró y oró con toda la fe de su alma, y permaneció recogida algunos instantes, esperando en la divina misericordia.

Todos callaban: la misma madre suspendió sus lamentos; arrodillada, anhelante y tendidos los brazos, parecía la estatua del dolor.

El milagro no se hizo aguardar; Jesús, que había resucitado á Lázaro por las súplicas de Marta y María, accedió á las de su esposa: un leve movimiento mostró que el niño volvía á la vida; siguió un suspiro que más expresaba descanso que sufrimiento; Teresa abrió su velo, y la multitud atónita vió que la criatura sonreía y tendía á su madre las manecitas ya rosadas.

—¡Toma allá tu hijo!—dijo la religiosa con halagüeño rostro, mientras entregaba el tierno infante á Doña Juana, que reía y lloraba al mismo tiempo.

Un grito de admiración siguió á estas palabras, y las manifestaciones de alegría reemplazaron á las congojas pasadas; el niño, sano enteramente, fatigado de las extremosas caricias con que le abrumaban, se desprendió suavemente de los maternales brazos, y empezó á jugar, no sin interrumpir á veces los infantiles recreos para abrazar á su tía y distraerla con niñerías encantadoras.

—Madre Teresa,—decía cuando, ya crecido,

recordaba el desgraciado episodio de su infancia :—vuesa reverencia está obligada á hacer que Nuestro Señor me lleve al cielo, pues por su causa no estoy allá desde aquel día. (Todo lo referido es del P. Yepes, en el lib. II y folios antes citados.)





CAPITULO X

VACILACIONES

I

EN la ciudad de Toledo y en el palacio de Doña Leonor de la Cerda, viuda del caballero Arias Pardo y hermana de la duquesa de Medinaceli, se encuentra Teresa de Cepeda algunos meses después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, precisamente cuando estaba para terminar la obra del nuevo convento.

¿Qué había motivado esta ausencia, en una época que, por todos los cálculos humanos, parecía indispensable permanecer en Avila?

La divina sabiduría se valió para ello de la viudez de Doña Luisa de la Cerda; vivía esta señora en Toledo, considerada como la más rica dama de Castilla, noble al par del Rey, y lo que valía más que todos los favores de la fortuna, dichosa cuanto podía serlo una criatura con el apasionado amor de su esposo, en quien se re-

unían las ventajas de lozana edad, hidalga cuna y cuantiosas riquezas. Pero una breve enfermedad, que rápidamente acabó con su vida, trocó la alegría en dolor, las galas en luto y la felicidad de la noble dama en mortal y sombría desesperación, que abatía su espíritu y la reducía á un estado que resistía á todos los consuelos que le prodigaban sus deudas y amigos.

Envídiase muchas veces la suerte de los ricos y poderosos porque se cree de buena fe que, en el hecho de serlo, no han de sufrir las miserias de la tierra. ¡Lástima que hasta algunos espíritus privilegiados se dejen dominar de tan falsas ideas! ¿No hay para los que tienen fortuna, como para los que carecen de ella, penas horribles y decepciones que matan? Verdad que el menestral se halla obligado á enjugar con una mano su llanto, mientras con la otra toma las herramientas del trabajo; pero como la bondad de Dios lo ha compensado todo, este mismo afán suele ser lenitivo de las penas; tales cosas ocupan su imaginación y tantos males le agobian, que el dolor viene á ser uno de ellos.

En cambio, el que ha creído por largo tiempo que la dicha era una propiedad de que nunca se vería desposeído, cuando la desgracia viene con mano implacable á desgarrar el velo de sus hermosas ilusiones, es débil y llega hasta la desesperación al comprender que todos los tesoros del mundo no prolongan una hora más la vida al ser adorado que se pierde. ¿Qué añadiremos? Hasta el no tener que ocuparse en nada es gravísimo mal; la falta de trabajo que cansa el cuerpo y distrae el espíritu, hace caer en una inercia

que resiste á cuantos medios se emplean para combatirla. Si alguno creyere todo esto exagerado, recuerde mucho los ejemplos de esta verdad que ha presenciado en su vida.

II

Tal había sucedido á la viuda de Arias Pardo : retirada en una de las cámaras de su palacio, veía correr los días entre lágrimas y oraciones. Su tristeza era tanta, que hasta la luz, esa alegre consoladora de los pesares, la molestaba, y gruesos tapices, colocados delante de las ventanas, sostenían alrededor suyo una noche artificial, no tan sombría como la que llevaba en el corazón. Frente al estrado que ordinariamente ocupaba, había un reclinatorio de terciopelo negro con doselete, bajo el cual se veía un Cristo de marfil, único objeto que podía recordar el lujo de aquella morada.

Las señoras más nobles de Toledo visitaban á menudo á la inconsolable viuda; y aunque ésta por cortesía hubiera querido tomar parte en sus conversaciones, el desvanecimiento continuo de su cabeza la inutilizaba para todo. Sin embargo, una noche se despertó su atención al oír hablar de una religiosa carmelita, natural de Avila, llamada Teresa de Cepeda, cuyas admirables virtudes ofrecían abundante campo á la conversación; era una estrella que resplandecía con tan vivos fulgores, que desde la ribera del Adaja á las márgenes del Tajo deslumbraba con su brillo. A medida que referían de ella lo que publicaba la fama, sintió Doña Luisa vehemente deseo de co-

nocerla, y hasta le pareció que, si pudiera obtener la compañía de criatura tan santa, no podría menos de aprovecharle en alto grado. Por vez primera interrogó á sus amigas, que se apresuraron á satisfacer su curiosidad, muy contentas de que aquel solo nombre hubiera roto el hielo de indiferencia que por todo mostraba la viuda, y que tanto las hacía sufrir.

A la hora acostumbrada se retiraron las visitas, y Doña Luisa quedó llena de cuidados y deseos; como nunca había hallado obstáculos á su voluntad, desde el siguiente día empezó á buscar trazas para conseguir el piadoso anhelo que se despertaba en su afligido corazón. Valióse de su influencia, que era mucha, y mezclando súplicas y recomendaciones logró que el Provincial de la Orden del Carmen, Fr. Angel de Salazar, enviase á Teresa un mandato, con precepto de obediencia, para que cuando lo recibiera se trasladara á Toledo.

III

Era víspera del día de la Natividad del Señor cuando llegó al convento este despacho, y su lectura hizo á la Madre Teresa el mismo efecto que si hubiera caído un rayo á sus pies. Retiróse á la celda llena de tribulación, y sin saber cómo dejar á Avila cuando la primera Casa de la Reforma estaba tan próxima á terminarse. ¿Mas cómo rehusar obedecer la orden del Provincial, siendo la obediencia la virtud que más se esmeraba en practicar?

En tanto la noticia cundió rápidamente; Juana

de Ahumada y Doña Guiomar de Ulloa le aconsejaban escribir al P. Salazar para que le dispensara cumplir aquel mandato; representábanle su poca salud, lo penoso del camino, los grandes fríos que hacían, y sobre todo los males que con su ausencia iban á resultar al nuevo monasterio; las lágrimas de Teresa de Jesús corrían silenciosas al escuchar tales razones; pero no respondió á ellas, y se hubieron de retirar sin conocer su pensamiento.

La única alegre de cuantas rodeaban á nuestra religiosa era Juana Téllez, que, designada por la Priora para acompañarla en su viaje, iba y venía con el deseo de contar su felicidad á todas las que quisieran oirla.

Una de las veces se halló con Doña Leonor Salcedo y Esperanza de Hita, que vivamente preocupadas hablaban entre sí.

—Sepan vuestras mercedes,—les dijo,—que voy de compañera con nuestra Madre Teresa.

—Muchas desearían hallarse en tu lugar,—le contestó la viuda mirando de reojo á Esperanza,—pero cuando Dios lo ha dispuesto así convendrá.

En tanto, libre Teresa de las personas que la habían afligido con consejos y observaciones, interrogaba al Señor en la oración; mas no sentía como otras veces su presencia inmediata, ni escuchaba la voz divina que la guiaba en sus tribulaciones, y gemía en la más triste de las soledades.

Cantábanse aquella noche maitines solemnes, y la reformadora carmelitana asistía á ellos retirada en un rincón del coro, sin que las dulces melodías disiparan la amargura de su corazón; milla-

res de rutilantes candelas iluminaban el altar y reflejaban en los dorados para hacerles despedir rayos brillantes; la suave armonía de la música esparcía vibraciones conmovedoras, que poco á poco influyeron en el agitado espíritu de Teresa, muy mortificada en su humildad de que por buena y sierva de Dios la mandasen ir á Toledo. Resignada, en fin, á cumplir en todo la voluntad divina, le sobrevino de pronto uno de sus arrobamientos, no sin que María de Ocampo, Juana y Esperanza, que se hallaban próximas á ella, notasen las visibles señales que le acompañaban, y cambiaron una mirada inquieta, temerosas de que hasta los sublimes favores que su maestra recibía del cielo fuesen ocasión de que la atormentaran las que no sabían comprenderla.

Perdida la conciencia de cuanto la rodeaba, y abismada en las dulzuras de aquel suave deliquio, escuchaba entretanto la religiosa la voz de su Esposo, llena de firmeza y majestad.

—«Vete,—le dijo,—y no escuches pareceres, porque pocos te aconsejarán sin temeridad. Aunque tengas trabajos, servirás á Dios en ellos; hasta por el monasterio conviene que te ausentes, pues tiene el enemigo armada una gran trama para cuando venga el Provincial. Vete y no temas; yo te ayudaré allá.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIV, núm. 1.)

Cesó el arrobamiento; y tales fueron los efectos que hizo en su alma, que al nacer la aurora emprendía con Juana Téllez el camino de Toledo.

IV

Tanta como fué la alegría de Doña Luisa de la Cerda al ver llegar á la Santa Doctora, de cuyo virtuoso trato esperaba grandes remedios, fué la mortificación de ésta al hallarse trasladada desde el retiro de su celda al bullicio y confusión de tan suntuoso palacio.

La viuda de Arias Pardo se aficionó pronto á su huésped, y de tal modo, que no la dejaba ni un momento; los consuelos y reflexiones de la religiosa trocaron en breve á la dama, abatida y desesperada, en resignada y animosa. El estado de su espíritu, la grandeza de su fe, lo tranquilo de su dolor, tan diferente del que había sido, le produjeron notable mejoría; recobró la salud, pudo resistir la luz del sol sin hacerse violencia, y se dedicó al servicio de Dios, dando de mano á las vanidades de la tierra; brotaban en su alma las semillas de virtudes otras veces practicadas, y se la vió, afable y humilde, buscar á los desgraciados para enjugar sus lágrimas con los dones de la caridad. Así pudo unir las continuas bendiciones que le dirigían al suave perfume de la oración que elevaba sin cesar al Cielo por el amado compañero que había perdido.

Si un grupo de personas que vagaran en las tinieblas, mal vestidas y manchados sus rostros de polvo y humo, se viera de repente iluminado por la luz del sol, que pusiera de manifiesto los harapos y suciedad que les cubría, se hallarían en la misma situación que se encontraron los servidores de Doña Luisa de la Cerda con

la llegada de Teresa de Cepeda, la cual aparecía en aquella casa como una estrella cuyo claro fulgor de virtudes hacía resaltar los defectos de cuantos vivían en ella, siguiendo más sus apetitos que el cumplimiento de sus deberes ; el ejemplo, sin embargo, fué tan eficaz como pudieran haberlo sido muchas predicaciones ; empezaron por envidiarla, siguieron con injustas murmuraciones, y concluyeron por amarla como merecía ; así, cada uno de los días de su estancia en Toledo pudo contarse por una victoria ; y mientras desterraba de su alrededor todos los males del cuerpo y del espíritu, llegó á desasirse de tal modo de las vanidades de la tierra, que no hacía un mes que había llegado cuando pintaba de este modo sus sentimientos :

« Las grandísimas mercedes que me hace el Señor me han dado tanta libertad, que me hacen despreciar cuanto veo, y cuanto más, más ; así, trato con estas damas tan señoras, que muy á mi honra pudiera servir las con la libertad que si fuera su igual ; vi en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo mientras es mayor más cuidados y trabajos tiene ; cómo el tener compostura conforme al estado no deja vivir ; cómo se come sin tiempo ni concierto (porque todo ha de ser conforme al estado, y no á la complexión). Es una sujeción, que una de las mayores mentiras que dice el mundo es llamar señoras á las que son esclavas de mil cosas. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXIV, números 2 y 3.)

¡Qué grandes verdades y cuán desconocidas ! Si este modo de pensar, tan conforme á la sabidu-

ría cristiana, fuera frecuente, ¡cuánto más valdría la sociedad en que vivimos! El fausto, la ambición y el deseo de mísero deslumbrar y ser envidiado, es un veneno sutil que se transmite hasta en el aire que respiramos. ¡Nada satisface por grandes que sean los esplendores! ¿Y para qué? Para que las mallas de la red que nos envuelve se estrechen más cuanto más doradas sean.

El interés que la viuda de Arias Pardo experimentaba por Teresa la hacía tan previsora de cuanto pudiera serle grato, que andaba la religiosa preocupada y con graves temores, por más que la tranquilizara que el Señor seguía concediéndole maravillosos favores, y antes ganaba que perdía en su gracia, pues llevaba por cruz y mortificación lo que á otra hubiera llenado de humo y vanagloria.

V

Llegó en estos días á Toledo el Presentado de la Orden de Santo Domingo, Fr. Vicente Varrón, de quien se trató ya anteriormente, cuya opinión estimaba en mucho Teresa; habló con él en casa de la viuda acerca del asunto del convento, que tanto la preocupaba, y tan admirada quedó de su talento, tan alta idea formó de sus dotes espirituales, que rogó con instancia al Señor le hiciera muy santo; pues aunque lo tenía por bueno lo quería más, y con la llaneza que hablaba siempre á su divino Esposo le dijo:

«Señor, no me habéis de negar esta merced: mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.» (P. Yepes, lib. II, fol. 213.)

¡Oh poder y eficacia de la oración! El religioso marchó desde entonces por el camino de la santidad: halló fuerzas para hacer grandes penitencias (que antes le impedía la falta de salud), y llegó al extremo de la perfección; fiel á la amistad que tales gracias le había alcanzado de Dios, se hizo defensor de los proyectos de Teresa, proponiéndose, como Pedro de Alcántara y el Padre Báñez, servirla en cuanto pudiera.

VI

Hallábanse una mañana en su aposento las dos religiosas, cuando entró Doña Luisa de la Cerda con una mujer casi anciana, de semblante apacible, que por su intensa palidez se confundía con la toca de lino crudo que le ceñía la cabeza; vestía el hábito de beata de Nuestra Señora del Carmen, medio cubierto por una mantellina de buriel. Teresa y su compañera se levantaron para responder afectuosamente al saludo que la recién llegada les dirigía.

—Madre,—dijo la viuda presentando á la anciana,—aquí tiene su reverencia á la beata María de Jesús, que va de paso para Alcalá y ha querido verla.

—Tan grande ha sido este deseo,—replicó la aludida,—que vengo desde Roma, adonde he ido á pie y descalza, por un Breve de Su Santidad para fundar un monasterio, y he rodeado más de cuarenta leguas sólo por conocer á su reverencia.

Teresa, avergonzada del honor que recibía, balbuceó algunas palabras sin concierto.

—¿Y con qué rentas se fundará el monasterio que traza vuesa merced?—preguntó Doña Luisa á su huésped, pensando, no sin razón, que la pobreza de su traje no prometía holguras á la nueva comunidad.

—¿Rentas?—repuso muy sorprendida María de Jesús.—Jamás he pensado en ellas, ni son necesarias para el Instituto que me propongo establecer. El gran Patriarca Alberto de Jerusalén, en la Regla que dió el año 1071 á los Padres Ermitaños que había en el Monte Carmelo y en otros desiertos de Palestina, lo primero que prohibió fué que tuviesen jamás cosa alguna. Con tal Constitución, ¿qué necesidad hay de rentas?

—¿Pero cómo se vive?—insistió la viuda, mientras Teresa escuchaba aquella conversación como un aviso del Cielo para dirigir su conducta en adelante.

—En comunidad y con trabajo por caudales,—replicó sonriendo levemente la fervorosa criatura;—con este espíritu pienso que se levantará y poblará el monasterio que deseo, para el cual veis aquí las licencias.

Y al decir esto sacó un pergamino sellado, que extendió para que Teresa leyera su contenido.

—Confieso humildemente á vuesa merced, hermana mía,—dijo la hija de Cepeda después de recorrer ávidamente el documento que le presentaban,—que es una gran enseñanza la que acaba de darme: estoy también con proyectos de una fundación de carmelitas descalzas, y nunca pensé en hacerla sin renta; pero al saber la Regla que debe observarse como más perfecta, me decido á seguirla en todo.

—Mucho me complace la determinación de su reverencia,—dijo modestamente la beata María de Jesús;—pero no crea que podrá lograr lo que intenta sin grandes contradicciones.

—Eso es lo que menos me aflige, pues confío en que Nuestro Señor me ayudará á vencerlas,—repuso animosamente la hija de Cepeda.

Y añadió para sí:

—«Esta bendita mujer, como la enseña el Señor, tiene bien entendido sin saber leer lo que yo, con tanto estudiar las Constituciones, ignoraba.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXV, núm. 1.)

VII

Quince días permaneció la beata en casa de Doña Luisa, y durante ellos tuvo Teresa ocasión de celebrar largas conferencias con la nueva amiga que Dios le había enviado. No se equivocó en el juicio que hizo de ella á primera vista, pues la firmeza de su espíritu era grande y su humildad perfecta. Hablaba con tanta confianza de sus proyectos como si todo se le viniera á la mano sin trabajo, y estaba tan decidida á guardar severamente la Regla que por nada variara su propósito. Cuando se separaron, había transmitido al corazón de la religiosa de Ávila más amor á la pobreza que atesoraba en el suyo. «Para mí, dice al tratar de este asunto, no dudaba ser *aquello* lo mejor, porque deseaba fuera posible á mi estado andar pidiendo por amor de Dios, y no tener casa ni otra cosa; mas temía que, si á las demás no daba el Señor estos deseos, vivieran descontentas.» (Vida

de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXV, núm. 2.)

Á pesar de ser ésta su firme voluntad, como para todo le gustaba pedir consejo, empezó á consultar la fundación bajo este nuevo aspecto, y una reprobación general acogió su deseo desde las primeras indicaciones. Ni confesor, ni letrados, ni amigos, ni indiferentes, estuvieron conformes; dábanle tantas razones que no sabía qué hacer; mas el recuerdo de que era Regla y perfección de vida, la mantenía firme en la resolución de no aceptar rentas.

«Algunas veces,—dice hablando de esta azarosa época,—me tenían convencida; mas tornando á la oración, y viendo á Cristo tan pobre y desnudo, no podía llevar en paciencia ser rica, y suplicábale con lágrimas lo ordenase de manera que me viese pobre como Él.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXV, núm. 2.)

Confiada en la piedad de Fr. Vicente Varrón, le escribió consultándole, y el sabio dominico le respondió en una carta de dos pliegos llenos de contradicciones y Teología; afirmaba que el hablarle así era después de haber estudiado detenidamente el asunto que le proponía, á lo que contestó Teresa con gracia y discreción:

«Para no seguir mi llamamiento, ni el voto de pobreza que tengo hecho, ni los consejos de Cristo con toda perfección, no quiero aprovecharme de Teología.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXV, núm. 2.)

VIII

El único que debía aprobar el espíritu de Teresa de Jesús, por ser el solo que lo comprendía, era el santo anciano Fr. Pedro de Alcántara, que por entonces apareció inesperadamente en Toledo y fué á hospedarse en casa de la viuda de Arias Pardo, aceptando los generosos ofrecimientos que esta señora le había hecho.

Imágínese quien pueda la alegría de Teresa al encontrarse con el religioso á quien confió todos sus proyectos, teniendo la satisfacción de que los aprobara y le mostrase el camino que debía seguir. El constante amator de la pobreza, que durante tantos años había practicado, no pudo menos que fortalecerla contra los diversos pareceres que la rodeaban. Por sus consejos decidió resistir á cuantas exigencias le hacían; y tan firmes fueron sus resoluciones, que juzgó no le sería posible variar en ellas; mas para ejemplo de lo que es la humana debilidad, apenas se ausentó Fr. Pedro de Alcántara volvieron á importunarla confusas dudas y amargas incertidumbres.

Impulsada por estos sentimientos apresuróse á escribir al venerable franciscano, que le contestó dándole medios para librarse de las ajenas opiniones en párrafos como los que ahora siguen :

«Vuesa merced pone en parecer de letrados lo que no es de su facultad; porque, si fuera cosa de pleitos ó caso de conciencia, bien era tomar parecer de teólogos ó letrados; mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven.»

.....

«El consejo de Dios no puede dejar de ser bueno ni dificultoso de guardar sino á los incrédulos, á los que fían poco en Dios, y á los que sólo se guían por prudencia humana.»

.....

«Si vuesa merced quiere seguir el consejo de Cristo, de mayor perfección sígalo; porque no se dió más á hombres que á mujeres, y Él hará que le vaya muy bien, como le ha ido á todos los que le han seguido.» (P. Yepes, lib. II, fol. 218 y 219.)

IX

Estas páginas, llenas de virtud y fe, devolvieron la tranquilidad á Teresa; al mismo tiempo Fr. Vicente Varrón, mudado en sus ideas por obra de la Sabiduría divina, escribió á la hija de Cepeda para decirle que no rechazaba ya la fundación tal como ella la quería, y hasta el Señor coronó la serie de sus consuelos hablándole en dulce arrobamiento para ordenarle «no dejase de hacer pobre el monasterio, pues tal era la voluntad de su Padre; que en la renta estaba la confusión, y asegurándole que á quien le servía no le faltaba nunca lo necesario para vivir.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXV, núm. 4.)

Seis meses llevaba Teresa en Toledo cuando el Provincial dejó á su elección el volver á Ávila ó quedar más tiempo con Doña Luisa; pero á la par de esta nueva recibió otra muy desagradable para su humildad.

Tratábase de elegir Priora en el convento de

la Encarnación, y las muchas amigas que tenía en la Comunidad procuraban que la elección recayera en ella. Aterrada por los deberes que imponía el cargo de Prelada, escribió con mil ruegos para que no hiciesen nada en su favor. Llena de asombro su compañera por la aflicción en que la veía, andaba toda embelesada y decía para sí :

— ¡ Pero, Señor! ¿ Qué le pasa á mi Madre Teresa por lo que podía considerar como el más fausto de los sucesos? ¿ Tanta pena le da no tener quien la mande?

Aunque la santa religiosa anhelaba volver á Avila, estas nuevas la retrajeron de realizar por entonces sus deseos, y determinó continuar algún tiempo más en casa de Doña Luisa ; pero al recogerse en oración aquella tarde, la voz del Señor vibró en su alma para decirle : « Que de ningún modo dejara de ir ; que, pues deseaba cruz, buena se la preparaba ; que se fuera con ánimo, que Él la ayudaría ; mas sobre todo, que marchase pronto. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXV, núm. 6.)

X

Después de breves días de lucha con el exigente afecto de Doña Luisa, que no se resignaba á dejar marchar á su huésped ; de las instancias del confesor, que le aconsejaba detener el viaje por los grandes calores (pues era á fines de Junio), Teresa, firme en su propósito, lo hizo disponer todo, y al caer una serena tarde, el coche de camino, guiado por el más fiel de los servidores de la viuda, esperaba á la puerta del palacio.

Difícil fuera pintar el dolor de la señora cuando, abrazada llorando á la humilde esposa de Jesús, no sabía cómo desprenderse de tan dulce lazo; por fin terminó la penosa despedida, las religiosas ocuparon sus asientos, y el coche partió seguido por los ternísimos adioses de la viuda y sus servidores, que permanecieron en el umbral de la casa hasta que una vuelta de la calle les impidió ver más tiempo el pesado vehículo que les arrebatava su tesoro.

Por más que Teresa se hallara satisfecha de haber roto la suavísima cadena que la retenía en Toledo, los primeros días de su marcha tuvo el corazón oprimido de pesar; era tan agradecida, que no podía menos de corresponder al noble afecto que le habían manifestado.

A pesar de que en la época referida eran los viajes una sucesión de peligros, cuya relación parecería hoy exagerada, el de Teresa y su compañera se verificaba con suma tranquilidad. Confiadas á un hombre cuya honradez le hacía digno del encargo recibido, diestro en la conducción del coche y dispuesto á prevenir los menores deseos de las religiosas, surtidas abundantemente de víveres por la vigilantísima ternura de la viuda de Arias Pardo, sólo podían temer las molestias del calor, y evitaron este inconveniente viajando desde el anochecer hasta la salida del sol.

La dulce claridad de la luna, que para hacerlas más fáciles iluminaba sus jornadas, causó al principio grandes sobresaltos á la joven compañera de Teresa; las peñas, los árboles y cuanto alcanzaba á ver, le parecían otros tantos bando-

leros; y aunque no le faltase razón para temer, pues los montes de Toledo era fama que escondían á muchos, quiso la Providencia que no tuviesen ningún mal encuentro en tan dilatada ruta.

XI

Era la última noche de marcha, y la luna llena enviaba sus plateados rayos, que alumbraban en largo trecho el camino; entre las hierbas secas saltaban los insectos, y en las copas de los árboles se escondían esas pequeñas y delicadasavecillas cuyo monótono canto se eleva como temeroso de turbar el silencio que reina, prestando armonías encantadoras á las serenas noches de verano; veíanse á lo lejos las eras llenas de gavillas, y el aura traía el eco de las canciones con que los segadores distraían el tedio de la velada. Extendían los olivos su ramas sobre la abrasada tierra, y en la languidez con que las dejaban caer parecían anhelar algunas gotas de rocío.

La seguridad que les daba lo libre de obstáculos que habían hallado el camino, hizo tan confiado al conductor en la última jornada, que, recostado en su asiento y entrecerrados los ojos, dejaba que el instinto de las mulas guiase el vehículo.

Teresa, despierta á pesar del cansancio, suspiraba por llegar; Juana, extasiada ante la calma y hermosura de la naturaleza, dejaba vagar sus ojos para detener complacidas miradas, ya en los grupos de brezos en flor, ya en la rosadas guirnaldas con que dibujaban las adelfas las orillas de los riachuelos, ó ya, en fin, en los sombríos bosques de encinas y altísimos pinares. El me-

lancólico rumor de las campanillas, que al paso de las mulas sonaban cadenciosamente, repetido por los ecos, llenaba el aire de extrañas armonías que halagaban su oído como una música deliciosa.

—Madre Teresa,—dijo exhalando un leve suspiro,—no olvidaré esta noche en toda mi vida; me parece la luna más clara y hermosa que jamás la he visto, y la belleza del cielo, tan lleno de estrellas y luceros, me hace pensar «que si las obras son así, ¿cómo será el Autor de ellas?»

—No hay inteligencia capaz de entenderlo:—respondió la Santa Madre con infinita dulzura:—el rayo de luz que presta irisados colores á las transparentes olas del lago; los matices que ostentan las flores, todo lo más delicado y precioso que atesora la naturaleza, no puede asemejarse á *Él*. ¡Oh, hija mía! Cuando Dios quiere que un alma comprenda algo de su infinito ser, «en el arrobamiento la toma al modo que las nubes cogen los vapores de la tierra, y llévala consigo y comiéndale á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XX, núm. 2.)

Y como estas reflexiones despertaban tantos afectos en su corazón, se abismó en un silencio que se habría prolongado indefinidamente si la voz de Juana no lo interrumpiera para decir con timidez :

—Perdóneme vuesa reverencia; pero ya sabe cuánto me gusta oírle relatar las trovas que hace; dígame alguna, se lo ruego encarecidamente.

Teresa sonrió; otra que no fuese ella, habría sentido enojo de que así la distrajeran de sus graves meditaciones.

—¿No te bastaba hace un momento admirar la hermosura de la noche?

—Sí; pero no hay placer que gustosa no cambie por oír á vuesa reverencia.

Y aquella mujer bendita, enamorada de Cristo, cruzó las manos sobre las rodillas, fijó en el cielo sus grandes ojos negros, meditó algunos instantes, y más bien como humilde plegaria que como vana condescendencia, pronunció dulcemente estas palabras :

*Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?*

Majestad, suma grandeza,
Eterna sabiduría,
Bondad suma á el alma mía,
Dios, un Ser, Poder y Alteza,
Mirad la suma vileza
De esta que se ofrece así:
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis;
Vuestra, pues me redimisteis;
Vuestra, pues que me sufristeis;
Vuestra, pues que me llamasteis;
Vuestra, pues me conservasteis;
Vuestra, pues no me perdi:
Vuestra, soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón:
Yo le pongo en vuestra palma;
Mi cuerpo, mi vida, alma,
Mis entrañas y afición.
Luz, Esposo, Redención,
Pues por vuestra me ofrecí,
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte ó dadme vida,
Ó salud ó enfermedad:
Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida.
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo dire que sí:
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza ó pobreza,
Consuelos ó desconsuelos:
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno ó dadme cielos.
Vida dulce ó sol sin velos
Pues del todo me rendí:
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que me esté holgando,
Por vuestro amor quiero holgar;
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid dónde, cómo ó cuándo:
Decid, dulce amor, decid.
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa;
Sea Job en el dolor
Ó Juan que al pecho reposa:
Sea yo viña fructuosa
Ó estéril si cumple así:
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Como la armonía de la música se apaga cuando se aleja, así la voz de la religiosa se extinguió en un suspiro, expresión de su amor, cada vez más ardiente.

Profundo silencio reinó después; Juana pro-

curaba grabar en su memoria aquel eco suave de perfecta humildad, y sin conciencia de ello repetía quedamente:

*Vuestra soy, para Vos nació:
¿Qué mandáis hacer de mí?*

La estrella precursora del alba resplandecía en el azul carminoso del cielo, y en el Oriente empezaban á dibujarse las primeras tintas que anunciaban el día; vagas nieblas hacían palidecer los rayos de la luna, y envolvían los montes en vaporesos velos.

—Avila, Avila, reverendas Madres,—dijo de pronto la alegre voz del conductor.

Juana inclinó la cabeza para ver su amada ciudad; hay en el suelo donde se nace una simpatía misteriosa, que atrae con fuerza irresistible el corazón de sus hijos. Bien puede el hombre viajar en busca de maravillas, y recorrer la tierra para admirarlas; mas por mucho que vea, siempre latirá dulcemente su pecho al divisar el campanario del pueblo donde abrió sus ojos á la primera luz.

Teresa sintió un vago estremecimiento; inclinó la frente, é hizo una breve oración al Señor para que le diera fuerzas; presentía que la esperaba una cruz pesadísima, mas no la que era en realidad.

El coche aceleraba su marcha; las torres y murallas, el puente y el río, las huertas y molinos, se veían aparecer en lo escabroso del terreno, y se detallaban á medida que acrecentaba la luz.

Al mismo tiempo que ellas, entraba en Avila, por diferente puerta, un mensajero de Roma que traía el Breve para la fundación del nuevo monasterio.



CAPITULO XI

SOBRE UN VOLCÁN

I

EL 24 de Agosto de 1562, fiesta de San Bartolomé, las pocas personas que transitaban por delante de la casa que públicamente labraron los esposos Ovalle, se detenían admiradas de la extraña transformación que de la noche á la mañana se había hecho en ella.

Los huecos que parecían haber dejado para ventanas estaban tapiados, y sólo en lo más alto veíanse estrechos tragaluces, defendidos con fuertes y menudas rejas de hierro. Si los curiosos seguían los muros de piedra, toscamente revocados, se hallaban ante una puerta, por la que descubrían un zaguán largo y medianamente ancho, y en él otras dos, la de la derecha cerrada herméticamente, y la de la izquierda cubierta sólo por un pesado tapiz.

Los que, preocupados por el severo aspecto de

la casa, penetraron en el zaguán y alzaron el tapiz, vieron con asombro una pequeña iglesia, pobremente alhajada, y que, si no ostentaba lujosos mármoles ni bronce, poseía el mayor y más precioso de los tesoros: el adorable Sacramento del altar, que en un sencillo trono de luz y flores se hallaba expuesto á la pública veneración.

Una rejilla de madera situada á un lado del presbiterio permitía ver el coro provisional, desde donde oían Misa las religiosas; era todo tan extremadamente humilde, que se comprendía bien el espíritu de penitencia con que se había dispuesto.

Ante los asombrados circunstantes se verificaba una tierna ceremonia: cuatro doncellas pobres, escogidas para ser las piedras vivas de la Reforma del Carmelo, tomaban el santo hábito con la alegría que debe sentir el que cambia los abrojos de la tierra por las eternas flores del paraíso.

II

¿Cómo se había llegado aquí en tan breve tiempo? Oiga el discreto lector algunas palabras acerca de este asunto.

Todos saben cómo el mismo día en que tornaba la hija de Cepeda á su ciudad natal, llegaban los despachos de Roma, y poco después Fr. Pedro de Alcántara—que había sido el primero en aprobar el espíritu de la fundación—vino impensadamente á darle feliz término. Teresa se alegró mucho de verle, y no pudo menos de admirar la mano de Dios, que tan á tiempo le traía. Hos-

pedóse el religioso en casa de Salcedo, fué con éste á visitar al Obispo, y tan eficaces diligencias practicaron que pronto vieron cumplidos sus deseos.

El Breve del Pontífice ordenaba que la nueva comunidad diera obediencia al Prelado, y en tal concepto á él tocaba conceder la licencia; Fray Pedro la solicitó á la vez, encareciendo la virtud de Teresa y el bien que resultaría de lo que intentaba; D. Álvaro de Mendoza, aunque al principio se opuso por no tener renta el monasterio, convencido al oír las razones que aducía el santo franciscano, se inclinó á favorecerlo y empezó por admitirlo.

El más profundo secreto envolvía estas negociaciones, pues temían, si se supieran, alborotos en el pueblo. Teresa andaba muy cuidadosa; sabía lo necesaria que era su presencia en la nueva casa, y no hallaba pretexto para salir; Doña Inés de Guevara, cuya mala voluntad ya conocemos, la vigilaba de cerca, y tenía largas y secretas conversaciones con la Priora; mostrábale siempre desagrado y algo de compasión despreciativa, que la Santa Doctora soportaba con paciencia angelical; pero Aquel que veía las injusticias con que abrumaban á su sierva, quiso poner término á ellas, siquiera por breve tiempo.

Enfermó Juan de Ovalle, y la Priora dió orden á Teresa de ir á casa de su hermana: ¡sencillo medio que tan buen resultado consiguió! El esposo de Doña Juana sólo estuvo enfermo los días necesarios para que todo se acabara, y se hallaba tan bien la mañana que se inauguraba el nuevo convento, que era uno de los que estaban en la

iglesia con su familia, Doña Guiomar de Ulloa, el bendito Fr. Pedro de Alcántara, el leal amigo Francisco de Salcedo, y otros muchos deudos y personas notables de Ávila, amigas de Teresa de Jesús.

Sólo resta añadir á lo dicho ligeras noticias de las dulces y tímidas criaturas, ángeles de virtud, que tan altos timbres habían de conquistar en su gloriosa carrera.

III

Una doncella de Doña Guiomar de Ulloa, huérfana desde sus más tiernos años y amparada por la noble señora, era la mayor en edad y la primera que vistió el tosco sayal de las descalzas hijas del Carmelo; para borrar de sí hasta el último recuerdo del mundo, á su nombre de María de la Paz dejó por único apellido el título de la Cruz.

Antonia de Enao, que se llamó del Espíritu Santo, era hija de honrados labradores, y de tan dulce condición que jamás tuvieron sus padres que reprenderla ni castigarla. Desde muy niña sintió piadosas inclinaciones, y al crecer afirmóse en ellas hasta manifestar su vocación religiosa. El santo Fr. Pedro de Alcántara, que había guiado su juventud, la presentó á Teresa como joya sin precio, y ella la recibió muy gustosa.

Úrsula de los Santos, joven bellísima, algún tiempo inclinada á las vanidades del mundo, pero humilde, sencilla y con un corazón lleno de virtudes, sirvióse de las niñerías pasadas sólo para

acrisolar sus méritos, y llegó á la casa del Señor con tales disposiciones que debía ser uno de sus más bellos adornos: el maestro Daza la envió á Teresa, y ésta la recibió como preciosa perla del joyel que empezaba á labrar.

Una hermana del capellán de la Casa, el Padre Julián de Avila (de quien hemos de tratar largamente en esta obra), era la cuarta de las novicias, y dicho está con indicar la familia á que pertenecía cuáles eran sus méritos para llegar al honor de tan santa compañía. María era su nombre, y al tomar el velo se apellidó de San José, bajo cuya gloriosa advocación había puesto Teresa su primer monasterio en agradecido recuerdo de los muchos favores que debía á tan santo protector.

Al pie de aquel trono resplandeciente, y ante la presencia del Verbo de Dios en el misterio inefable de su amor, Teresa, al par de sus nuevas hijas, se despojó de lo último que le quedaba, el noble apellido de su antigua y esclarecida familia. Desde aquel día memorable en los fastos de la Reforma carmelitana, la ilustre hija de los señores de Cepeda y Ahumada se llamó sólo *Teresa de Jesús*.

IV

—¿Qué es esto?—decía un vecino á otro que salía de la iglesia apenas terminada la ceremonia.

—Un convento nuevo, seor Alonso Ruiz, —repuso el interpelado;—pero que, si las señas no mienten, ha de darnos que hacer.

—¿Por qué habla así vuesa merced? ¿Es cosa

del otro mundo una fundación en nuestra religiosa ciudad?

—Según sea ella; hay fundaciones de fundaciones, y ésta, por el pronto, tiene una contra gravísima.

—¿Cuál es?

—Que hacen voto de no admitir rentas, y dejo al ingenio de vuesa merced cómo vivirán: ó han de perecer de hambre, ó serán una carga para el pueblo.

—¿Y quién ha consentido semejante disparate?

—No lo sabré decir; pero muchos y grandes empeños deben jugar en el asunto cuando se ha hecho.

—Con perdón de los que mandan, hay cosas que obligarían á saltar á las piedras; de modo que tenemos encerradas unas cuantas mujeres que se han de acostar y levantar, como no les den sustento, por estas que son cruces.

Y con ademán expresivo manifestó el hablador, haciendo una cruz sobre la boca, el perpetuo ayuno á que juzgaba sentenciadas las nuevas religiosas.

—Más bajo,—interrumpió el otro;—guárdese vuesa merced su opinión si no quiere tener algún disgusto. Allí vienen Francisco de Salcedo, los esposos Ovalle rodeados de sus hijos, y otros nobles señores, que no tienen para qué enterarse de nuestra conversación.

En efecto, los aludidos cruzaban entonces la calle, hablando entre sí con alegría del feliz término que había tenido la fundación, y tan preocupados iban que ni repararon en el hosco semblante de los dos hombres.

—Parece mentira que tanta gente seria se deje traer y llevar así por una religiosa que, si no está falta de juicio, quizá tenga algo peor,—dijo sentenciosamente Alonso Ruiz.

—De modo que la hija del buen Cepeda, que Dios haya, es la que lo mueve todo por llevar adelante su capricho de ser tenida por santa, y Prelados, religiosos, monjas y seglares le sirven de juguete.

—Pero, señor, ¿no hay tribunal que castigue tales demasías?

—¿Quién le mete á vuesa merced en esos cuidados?—dijo de pronto con agria voz una viejecita que salía la última de la iglesia, y pasaba entonces junto á los dos murmuradores.—Harto hiciesen en gobernar su casa y dejar en paz la del Señor.

—No sería vuesa merced Mari Hernández la *Entrometida* si hubiera podido callarse al pasar,—dijo con enojo el que tan aprovechadamente discurría;—y por si no sabe lo que tratamos, se lo diré muy por menor.

—No te canses hijo,—repuso con sarcasmo la anciana,—conozco tantos como tú, que tengo perdida la cuenta de las habladurías que han llegado á mis oídos. ¡Rancia costumbre es entre vosotros criticar de cuanto veis!

—Es que la crítica está ahora muy justificada,—dijo Alonso Ruiz;—una fundación como ésta...

—Vaya, vaya,—interrumpió Mari Hernández con una risita seca,—¿qué entendéis vosotros de eso? Mientras no os pidan, no rehuséis; y en todo caso, si no queréis dar, apretad bien los cordones de la bolsa, y punto concluído.

—Eso es fácil de decir.

—Y de hacer, cuando no se piensa como vosotros; con agua, no digo yo de rosas, sino de ángeles, debierais refrescaros los labios antes de tomar en boca á la santa hija del honrado caballero Alonso de Cepeda. Conozco á esa familia desde el tiempo de los abuelos, y los míos conocieron á sus generaciones anteriores, sin que nadie haya tenido (con justicia) que criticar sus acciones. Cuando emprenden alguna obra, es para gloria de Dios y bien de sus semejantes.

—Pues os digo que, si hubiera en Avila muchos de mi opinión, no se llevaría adelante esa locura; y poco he de poder, ó no he de dejar piedra sobre piedra hasta conseguirlo.

—Anda con Dios, Alonso Ruiz,—dijo gravemente la anciana;—sigue tus ideas, y ya veremos dónde vas. Castillos más fuertes que tu voluntad se han derribado para que se levante esta casita.

Y la buena mujer se alejó, mientras los dos hombres se miraban disgustados, aunque llenos de deseos por poner á prueba la solidez del edificio.

V

No es fácil explicar el gozo de Teresa de Jesús al recorrer con sus novicias la pobre y estrecha clausura; la recia puerta y toscas paredes que la separaban del mundo le parecían tan firme baluarte, que jamás llegaría á percibir su ruido. Vigilante y llena de celo, se fijaba en los menores detalles; tan pronto remediaba una falta como prevenía un deseo, y alegre de todo, repetía entre sí:

«¡Oh bondad de Dios tan sin medida! ¿Qué más queremos? ¿Por ventura hay quien no tuviera vergüenza de pedir más?» (*Exclamaciones*, número 14.)

Las nuevas religiosas rogaron á la fundadora que les diera su bendición y licencia, y se retirasen para empezar á ejercer sus respectivos oficios.

Teresa quedó sola; y en vez de tomar algún descanso, que bien lo necesitaba, pues el trabajo de los últimos días tenía muy quebrantada su salud, fuese al coro y se arrodilló ante el altar; mas apenas intentó exhalar en algunas frases los sentimientos de tierna gratitud en que rebosaba su corazón, se apoderó de su espíritu un trastorno cruel; fué éste, como ella aseguró más tarde, uno de los ratos amargos que pasó en su vida, durante el cual todo se reunió para atormentarla. Representábasele su desobediencia al Provincial, el disgusto que éste recibiría al saber que, á pesar de su prohibición, estaba fundado el convento, y que se hallaba sujeto al Obispo y no á él; las dudas de si podría ella sufrir el rigor de las nuevas Constituciones hallándose tan enferma; el temor de que sus novicias se cansaran de vida tan estrecha; pensar si, aunque pudieran seguirla, llegarían á faltar absolutamente los recursos; la memoria, en fin, de las muchas amigas que la esperaban en el convento de la Encarnación, afligían su ánimo de un modo inexplicable, y daba bien á entender la horrible venganza del infierno vencido en la recién hecha fundación.

¡Pobre mujer! ¿Cómo pudo resistir esta prueba? En algunos momentos apuró toda la hiel de la incertidumbre, y hasta llegó á olvidar que

había obedecido la expresa voluntad del Señor. Perdida en un caos de tinieblas, hubiera desfallecido, al par del espíritu, el dolorido y penitente cuerpo si un rayo de luz divina no le hiciera conocer que era el enemigo de su salvación el que tan cruda guerra le movía. Animosamente, como siempre que se trataba de combatir, en este palenque, recogió las riendas de su pensamiento; comprendió que se la quería espantar, recordó las opiniones y consejos favorables á su proyecto, y pensó que, cuando tanto había deseado padecer por el Señor, no debía acobardarse; que pues en la contradicción estaba la ganancia, no era razón le faltara el valor para servirle, y concluyó por ofrecer á Jesús sacramentado que haría cuanto le fuera posible por lograr licencia para vivir en su nuevo monasterio, y *estar y perseverar en Él cuanto pudiera hacerlo con buena conciencia.*

VI

En el momento que, acabada la modesta colación, iban Teresa y sus Hijas á entregarse al descanso, violentos golpes hicieron retemblar la puerta. Alarmadas las novicias, se agruparon en torno de la fundadora y la interrogaron con expresivas miradas.

Teresa de Jesús bajó á la portería, y con las debidas precauciones abrió un estrecho ventanillo, cubierto y enrejado, único medio que tenían para comunicar con el exterior.

—*Deo gratias*;—dijo con acento tranquilo, como si aquellos golpes no hubiesen resonado profundamente en su corazón.

Una voz de hombre, ronca y desagradable, dijo con tono imperioso:

—De orden de la señora Priora de la Encarnación, que vuelva inmediatamente á su convento Doña Teresa de Cepeda.

La exclamación de dolor que exhalaban las novicias oprimió angustiosamente el corazón de la fundadora, que había reconocido en el que hablaba al mandadero de su antigua Casa.

—Y si hay duda en obedecer,—añadió el hombre,—allá va el mandato del Padre Provincial.

Teresa no respondió; pero se dió prisa á desprender la cadenilla que sujetaba el torno; éste dió vuelta, recogió el papel que pusieron, y lo leyó á la luz de una vela que alumbraba débilmente la portería.

¡Era, en efecto, la orden de marchar, y la esclava de la obediencia no vaciló ni un punto en cumplirla! Abrazó á las novicias, les dió breves instrucciones, instituyó á María de la Cruz jefe de la nascente comunidad, y armada del valor que Dios le concedía para los casos extraordinarios, abrió con mano firme la puerta y salió resignada á cumplir la voluntad del Señor.

VII

Como si la tempestad eclorada por la manera dicha con que la Priora de la Encarnación llamaba á su santa súbdita no fuese bastante, á la vez que la religiosa oía cerrar tras de sí las puertas de su amado retiro, el vivo resplandor de un relámpago hirió sus ojos, y pasados algunos instantes, el ronco retumbar del trueno vibró en el espacio:

grandes masas de nubes cruzaban como sombras y despedían gruesas gotas de agua: era una tormenta de verano, pasajera como todas, pero violenta en aquel momento. La fugitiva claridad del relámpago bastó á Teresa para ver tres hombres, dos que sostenían una silla de manos, y el tercero que la abría, diciendo con grosera entonación:

—Vaya, éntre su reverencia.

La religiosa obedeció, y el portero, pues él era, cerró violentamente.

—Andando, muchachos, y todo lo de prisa que puedan; si llegamos antes que las nubes nos envíen su rocío, añadiré al salario prometido un real de á ocho para que beban un jarro de vino á mi salud.

Esta promesa aligeró el paso de los conductores, mientras el portero ahuecaba la voz cuanto podía para decir con intención de que Teresa no perdiese ni una de sus palabras:

—No quisiera hallarme en el lugar de esta señora *corre-calles*; pero ya que se ha empeñado en ser santa, con su pan se coma el martirio.

Bien oyó la esposa de Jesús las atrevidas frases, encaminadas á humillarla; pero la paz de su alma no se turbó: pensaba en lo que sin duda la esperaba, y dirigía fervientes ruegos á su constante protector San José para que no la abandonara, encomendándole al mismo tiempo la casita dejada en tamaño desamparo.

VIII

Aguijados por el temor de la lluvia y el cebo de la ofrecida recompensa, volaban los conductores, y en breve se detuvieron á la puerta del convento de la Encarnación.

Teresa bajó de la silla tranquila al parecer; abrióse la puerta, y cuando la religiosa traspasaba los umbrales, sus manos, ocultas bajo el escapulario, oprimían el pecho para ahogar los tumultuosos latidos de su angustiado corazón : una monja que la esperaba le hizo señas de que la siguiera ; obedeció creída que la llevaban á presencia de la Priora, y ya preparaba en la imaginación el descargo que daría de su conducta cuando vió con sorpresa que su guía la condujo á la celda que antes ocupaba, mandándole permanecer allí hasta que la llamaran, después de lo cual se retiró.

¡Triste fué aquella noche de silencio y soledad; durante ella, muchos sufrimientos físicos y morales probaron á rendir su espíritu y sus fuerzas! Cuando rayó el día, vencedora de todas sus angustias, se le hacía tarde el momento de ser interrogada por la Priora.

Grande habría sido su consuelo si hubiera podido adivinar que María de Ocampo, Juana, Esperanza, y hasta la viuda de Salcedo, vinieron muchas veces durante aquellas horas á llorar en los umbrales de su celda, puesto que les era prohibido comunicar con ella.

IX

Constituído, después del coro de la mañana, el tribunal que debía juzgar á Teresa de Jesús, fué al locutorio Fr. Angel de Salazar, Provincial de la Orden, y la mandó comparecer.

La religiosa acudió prontamente, aunque muy convencida de que, en lugar de jueces imparciales, todos iban á ser fiscales de su causa.

— « Al ir á presentarme acordéme, — dice Teresa, — del juicio de Cristo, y vi cuán nonada era aquél : hice mi culpa como muy culpada, y así lo parecía á quien no sabía todas las cosas. Después de haberme hecho una grande reprehensión, aunque no con tanto rigor como merecía el delito y lo que muchos decían al Provincial, que no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo. En algunas cosas bien veía me condenaban sin motivo, porque me decían lo había hecho por que me tuviesen en algo, y por ser nombrada y otras semejantes. » (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXVI, núms. 6 y 7.)

No fué ésta, sin embargo, toda la acusación : añadieron que cómo, siendo más ruin que otras y sin haber podido guardar la mucha religión que había en aquella Casa, escandalizaba al pueblo queriendo más estrechez ; Doña Inés de Guevara, que rebosaba de alegría, hacía cuanto estaba de su parte por empeorar la causa mientras aparentaba defenderla. El Provincial, después de escuchar los cargos, y más que á ellos á su vanidad

ofendida, mandó á Teresa dar público descuento de su conducta.

Humilde, tranquila, con voz dulce y sentida entonación, animada por el Señor habló de modo que dice al referirlo:

«Di mi descuento de manera que no halló el Provincial, ni las que allí estaban, por qué condenarme.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núms. 6 y 7.)

Nada se disuelve más rápidamente que un tribunal cuando se convence de su falta de razón. Así que las religiosas oyeron el acento de la verdad, procuraron desaparecer lo más discretamente que les fué posible; Teresa quedó sin más juez que el P. Salazar, y entonces le habló con entera franqueza de las consultas hechas y las aprobaciones recibidas; pintó sus deseos, luchas, temores y esperanzas; expuso, en fin, de tal modo el objeto de su obra, que el religioso, conmovido de lo que oía, y satisfecho del celo de aquel alma por la gloria de Dios, no sólo aprobó lo realizado, sino que le prometió, «si fuese adelante, en cuanto se sosegase la ciudad, darle licencia para que se volviera á su convento de San José». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 7.)

Tornó á su celda Teresa de Jesús tan alegre como el que, después de fatigoso camino, llega al fin de la jornada, y se embebía en contemplar á través de la estrecha ventana el cielo azul y diáfano, cuando un ligero golpe dado en la puerta llamó su atención.

—Adelante,—dijo con dulzura, creída en que fuese alguna de sus amigas.

—Soy yo, Hermana,—repuso una voz alterada. Y al mismo tiempo entró Doña Inés de Guevara con una timidez impropia de su carácter.

La religiosa se levantó sorprendida; la de Guevara estaba pálida, secos y ardientes los ojos, y toda su fisonomía expresaba bien la lucha que sostenía en su interior; quiso hablar, y su garganta no articuló un sonido; trató de sonreír, y tampoco le fué posible.

¿Quién la llevaba allí? ¿Era el deseo de humillar nuevamente á la que tanto había perseguido? ¿Era que había sonado al fin para ella la hora del arrepentimiento?

—Sin duda su reverencia extrañará verme,—dijo Doña Inés después de un rato de silencio, durante el cual se hubieran podido contar los latidos de su corazón,—y la verdad es que á mí misma me parece imposible; pero he reconocido al fin la mala voluntad con que siempre la he tratado, y arrepentida de ella, vengo á pedirle perdón.

Y la de Guevara se inclinó ante Teresa de Jesús en ademán de arrodillarse.

—Pero, ¡Jesús mío! ¿Qué hace su reverencia? —exclamó la Santa Madre, tan conmovida que apenas podía hablar. —¿En qué me ha ofendido? Déjese por Dios de eso, y perdóneme más bien si por mi ruindad no sé apreciar la benevolencia con que me tratan.

—Esa respuesta es mi mayor castigo; pero sin detenerme á disculpar mi anterior conducta, sólo diré que, aunque he sido enemiga de su reverencia ya no lo soy. ¿Qué motivos tengo para esto? Por cierto que no lo sé; pero al escuchar su

descargo ante el Provincial he comprendido que no es una criatura como nosotras, sino espíritu elegido por Dios para obras dignas de su gloria: he aquí lo que me trae á su presencia; perdóname el pasado, y crea en los sentimientos de mi corazón, que responden del porvenir.

— ¡Oh, Hermana mía!—exclamó Teresa.— ¡De qué buena voluntad la perdonara si creyera que me había ofendido! Pero desheche por Nuestro Señor semejantes cuidados, siquiera por la pena que me causa oírsele decir.

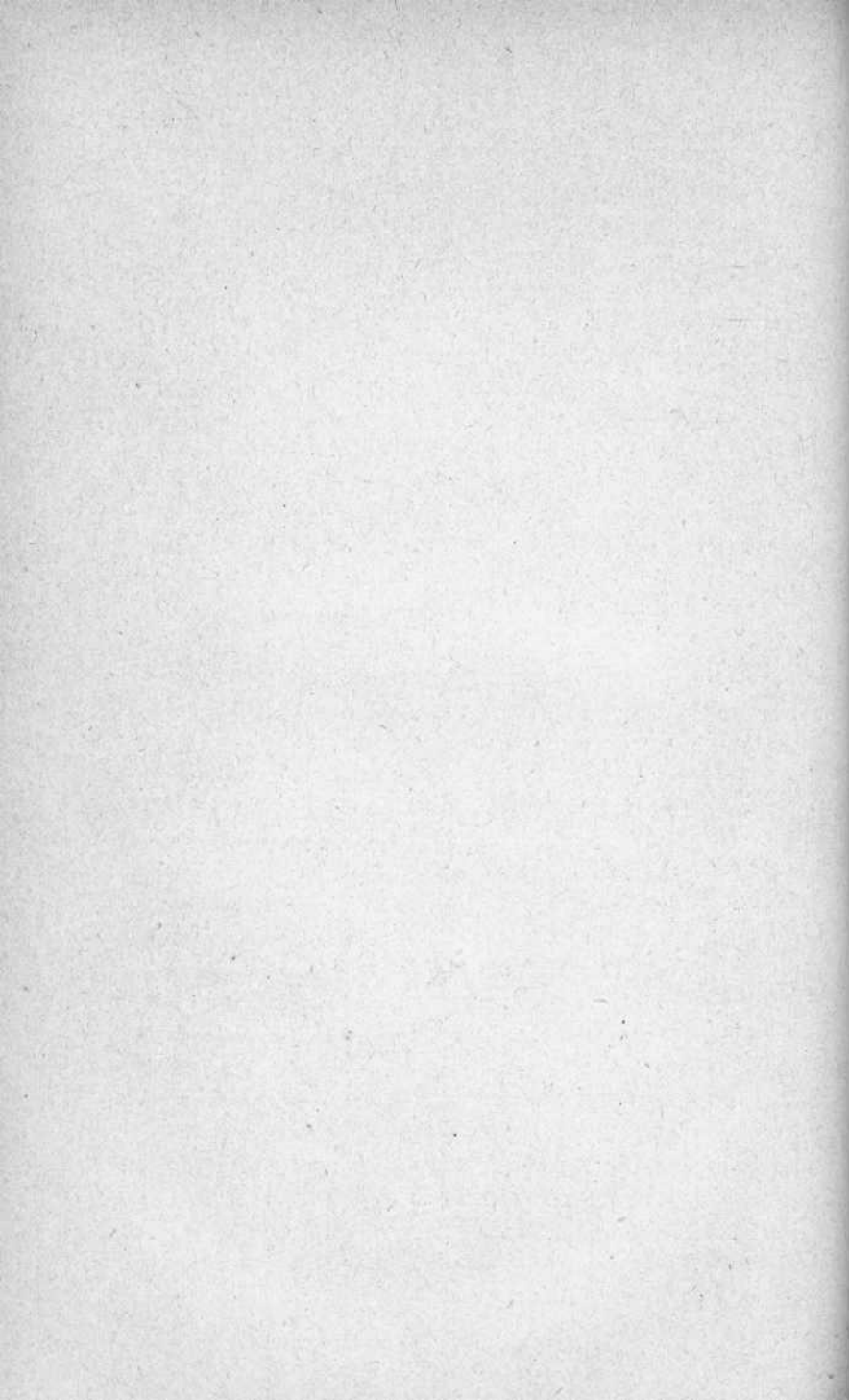
— Es vuesa reverencia la mejor de las religiosas, — repuso la altiva heredera de los Guevaras, cuyas abundantes lágrimas lavaban, como rocío del cielo, sus injusticias pasadas;—ruegue á Dios por mí.

Y después de besar casi á la fuerza la mano de su Hermana, abrió la puerta y desapareció en el corredor.

La fundadora elevó al cielo un suspiro de ardiente gratitud, á la vez que de fervoroso ruego, por la tranquilidad de aquel alma cruelmente combatida.

María de Ocampo, Juana, Esperanza y Doña Leonor lloraron de alegría al oír á Doña Inés contar humilde y sencillamente lo sucedido; y desde aquel día memorable, que llenó de felicidad al cielo y á la tierra, hubo un corazón más que rogase por el triunfo de la Reforma carmelitana.







CAPITULO XII

ALBOROTOS

I

LA antigua y noble ciudad de Avila, alarmada con la fundación del nuevo convento, se hallaba tan inquieta como en el tiempo que la cercaban enemigos. El Corregidor, los Regidores y personas notables; los letrados más famosos y algunos hidalgos estaban reunidos en junta, como si la ciudad estuviera en peligro de perderse; y el pueblo, que veía el cuidado de los principales, empezó á alborotarse y dar por ciertos graves daños; numerosos grupos se reunieron, y mientras se trataba en la junta de acabar con la fundación, ponderando los males que traía, se murmuraba en las calles de tal modo, que cuando los Regidores determinaron quitar el divino Sacramento de la nueva iglesia, las turbas acogieron esta determinación con gritos de alegría.

Disolvíase la Junta después de tomado tal acuerdo, cuando el Padre Maestro del Orden de Predicadores, Fr. Pedro Báñez, que se hallaba presente y había guardado silencio durante las acaloradas discusiones, estudiando el asunto con el detenimiento que merecía, hizo oír su autorizada voz para combatir la resolución que acababa de tomarse. Con fácil elocuencia manifestó que, aunque no era su opinión que el monasterio permaneciese sin rentas, tampoco le parecía fuese aquel negocio para determinarlo de pronto, y que más pertenecía al Obispo que á la ciudad.

Con estas razones se aquietaron los ánimos y se suspendió la ejecución de lo acordado, si bien el enojo que todos sentían aumentó en vez de disminuir.

Durante la breve tregua subía de punto la impaciencia general, y en algunos días se amontonaron de tal modo los sucesos que la opinión pública juzgó lo más acertado que se deshiciera la fundación. Hablaban sin reparo de Teresa de Jesús, y condenaban, no sólo á ella, sino á cuantos la habían ayudado en su empresa; declarados los principales contra las monjas, el vulgo siguió su opinión con tal extremo, que los insultos, vociferaciones y amenazas fueron continuas.

Mucho sufría la que era espejo de humildad, no sólo por el injusto odio de unos, sino por la imprudente simpatía de otros; perseguida y motejada, veía que de la tierra se le alzaban enemigos, y que hasta las piedras se volvían contra ella; y, sin embargo, estaba tan lejos de desmayar, que precisamente en los días que más arreciaban las tormentas escribía á Doña Guiomar de

Ulloa (ausente á la sazón en Toro) para que le enviase un misal y una campanilla que necesitaba su iglesia.

II

Era cerca de noche, y varios grupos que rodeaban el convento de San José se estrechaban ante la puerta que daba acceso al interior.

Reinaba tal silencio dentro de los muros, que hubiera podido creerse deshabitado; la multitud aumentaba continuamente, y por todos lados se oían ruidosas interpelaciones y acalorados discursos.

Subido en un guardacantón á guisa de tribuna; encendido el rostro, y los ojos animados por una expresión de mal agüero, peroraba el Alonso Ruiz de que antes hablamos, y que por su acento enérgico y duro parecía muy convencido de la causa que defendía:

— Es como lo oyen vuestras mercedes, — decía el orador callejero á su numeroso auditorio; — el señor Corregidor ha determinado concluir por donde debió empezar, que es echar á la calle á esas pobres hambrientas y fanáticas, que la locura de una mujer ha hecho encerrar.

— ¡Viva el Corregidor! ¡Á la calle, á la calle! — gritó la multitud, electrizada por aquellas palabras.

Alonso Ruiz dejó que se calmara el tumulto, y prosiguió así:

— Vuestras mercedes dirán: ¿dónde se ocultan los que al principio las protegían y ahora las abandonan? Y yo respondo que á las malas cau-

sas no les duran mucho los defensores; mas en caso que los tuvieran, aquí estamos para no consentir que sigan adelante contra la voluntad de un pueblo entero.

— ¡Bien dicho! ¡Bien dicho!, —apoyaron por todos lados.

— No es que yo quiera mal á los conventos, —añadió Ruiz, por si se alarmaba la conciencia de alguno de sus oyentes, —sino que ya tenemos bastantes; más vale que lo que se ha de gastar en éste se dé de limosna á tantos pobres como carecen de leña en el invierno y de pan en todo el año.

Esta raza de economistas, cuyas teorías jamás dejan de hacer impresión, viene sin duda en línea recta de Judas, el apóstol traidor, á quien pareció desperdicio el bálsamo precioso con que ungió la Magdalena los pies de Jesucristo; si los caudales que tan mal distribuídos les parecen cayeran en sus manos, ¿se remediarían muchas miserias públicas? Curioso sería averiguarlo.

III

Una pesada litera con las armas de la ciudad, y rodeada de muchos alguaciles apareció por lo largo de la calle y adelantó pausadamente hacia el convento.

—¡El Corregidor! ¡el Corregidor!—repitió alegremente la muchedumbre, al ver que la llegada de la primera autoridad apoyaba sus pretensiones. Así, los más osados añadieron:

—¡Viva el Corregidor! ¡Afuera las religiosas!

Una tempestad de bravos y palmadas acogió

estas atrevidas frases; el negro carruaje avanzó hasta la puerta del convento, mientras los menos furiosos se esquivaban prudentemente, en gracia tal vez de la secreta antipatía que las varas de justicia inspiran siempre al pueblo.

El Corregidor y dos Regidores bajaban entre tanto de la litera, y llamando á la puerta, que se abrió al punto, seguidos de algunos alguaciles penetraron en la portería, desde donde podían por el ventanillo comunicar con el interior.

Iban á cometer un abuso incalificable, y, sin embargo, se creían con perfecto derecho para ello: el Corregidor intimó con voz firme á las novicias la orden de abandonar al momento la clausura, bajo la amenaza *que, de no hacerlo así, quebrarían las puertas y las harían salir á la fuerza.*

Algunos instantes de silencio sucedieron á estas palabras; al cabo de ellos se oyó el acento dulce, aunque muy conmovido, de María de la Cruz, responder:

—Perdone su señoría si nos es imposible obedecer; pero sólo la violencia podrá hacernos abandonar nuestra clausura. Si el Prelado que nos trajo no nos manda salir, aquí permaneceremos.

Antes que el Corregidor, cuya cólera se encendió más, pudiese dar contestación alguna, llegaron el Padre Maestro Daza y D. Gonzalo de Aranda; llamáronle aparte, y le hicieron mil reflexiones é instancias con tan buen éxito, que volvió sobre sí; y puesto de acuerdo con los Regidores, determinaron llevar el asunto por justicia más bien que por fuerza.

Una vez tomada tal decisión, salieron todos reunidos y la portería tornó á cerrarse, mien-

tras el pueblo silencioso y hostil veía ponerse en marcha la litera con su acompañamiento de alguaciles.

Gonzalo de Aranda y el Maestro Daza, graves y preocupados, atravesaron entre la multitud y se perdieron en una de las revueltas de la calle.

IV

— Paréceme que los señores se burlan de nosotros, — dijo en son de amenaza Alonso Ruiz después que desaparecieron los ministros de justicia.

Sordos murmullos le respondieron, y el pueblo, siempre fácil de impresionar por los que se proponen explotarlo, se animó para cometer los desmanes á que deseaba arrastrarle el Alonso, Dios sabe con qué objeto.

— Sí, honrados vecinos, — prosiguió enérgicamente; — ó el Corregidor y los que mandan están de acuerdo con los que protegen el convento, ó son bastante débiles para dejarse convencer por el primero que llega; en uno ó en otro caso, nada tenemos que esperar de ellos.

— Verdad, verdad, — apoyaron muchos.

— Puesto que estáis convencidos como yo, dejemos que arreglen el mundo de palabra, y hagamos nosotros lo que los señores no pueden ó no quieren hacer; el convento es una carga para el pueblo, ¿sí, ó no?

— Sí, sí, — gritaron por todas partes.

— ¿Queréis conservarlo?

Un «no» formidable respondió á esta pregunta.

— Muy bien; pues entonces, ya que no nos

han de hacer justicia, tratemos de hacérmola nosotros. Esa casa es dañina como un nido de ratas; vamos á desalojarla como se desalojan ellos: prendámosle fuego.

Una explosión de gritos acogió esta infame propuesta; los más prudentes, visto el giro que tomaba el motín, desfilaron en silencio, y sólo quedaron algunos hombres de mala catadura que rodeaban al orador, y otros pocos bastante necios para dejarse fascinar con aquella palabrería.

Alonso Ruiz bajó del guardacantón, y seguido de sus parciales se dirigió á la portería.

V

De pronto surgió entre la media luz del crepúsculo un bulto pequeño é informe, que, envuelto en un manto negro, adelantaba sin hacer ruido y como balanceándose; al llegar frente á los amotinados se detuvo, entreabrió el manto y se vieron chispear dos brillantes ojos grises bajo una blanca y desordenada cabellera.

Una risita seca, la misma que días antes hizo sentir á Alonso un estremecimiento como si la hoja de un puñal rasgara su carne.

—Vaya, hombre,—dijo la voz cascada de Mari-Hernández;—mira cómo, sin ser profeta, adiviné que irías adelante en el camino que llevabas. ¿En qué te detienes? Los incendiarios deben mostrarse orgullosos de sus malas obras.

—Idos al infierno, vieja comadre,—repuso furioso Ruiz,—y dad gracias al diablo, vuestro pa-

trón, de que tengo algo en que ocuparme de más interés que ablandar á golpes vuestra antigua y testaruda cabeza.

—Por supuesto que tus ocupaciones son buenas como tú, —repuso la incorregible mujer.

—Mejores que las vuestras, doña bachillera, —volvió á decir Alonso con sorda cólera, porque veía al pueblo distraído con aquel tiroteo de palabras.

—Pero no tan honradas como las de tu padre Sancho y tu madre Aldonza, —insistió la vieja, que jugaba el todo por el todo; —y, sin embargo, bien sabes qué mal recompensadas fueron.

—¡Calla, víbora!, —murmuró quedo Alonso Ruiz; —¡calla ó te ahogo!

Y uniendo la acción á la palabra, fué á lanzarse á ella; pero Mari-Hernández se apoyó en su muleta y se hizo atrás con tal rapidez, que las manos del hombre se agitaron en el vacío, sin lograr asir la presa codiciada.

—¡Hijos!, —gritó al mismo tiempo la anciana con voz chillena, —defendedme de ese mal sujeto, que me quiere asesinar porque no diga lo que fueron sus padres.

Alonso intentó de nuevo reducirla al silencio por la violencia, pero diez ó doce brazos se interpusieron entre él y la vieja.

—Vaya, ¡déjala! —exclamó uno.

—Idos, abuela, —añadió otro.

—¿Qué eran Sancho y Aldonza, madrecita? —preguntó alzando la voz un desarrapado mozo, que debía ser el más curioso.

—Usureros hijo, que comerciaban lindamente con el bolsillo del prójimo, —contestó Mari-

Hernández con tan vibrante acento que en todas partes se oía ;—además componían brebajes y filtros para los herederos impacientes, ó para las damas que anhelaban la perfección del estado de viudas. En suma, poseían tantas habilidades que, sabedor de ellas el Santo Tribunal de la Inquisición, los procesó en debida forma, y yo les vi salir en auto de fe, con sambenito, sogá y corza por herejes, relapsos y judaizantes.

Un murmullo despreciativo siguió á estas palabras, y el ancho vacío que se formó alrededor del miserable probó el efecto que hacían.

—Dejaos ahora guiar por él,—continuó la vieja, cuya voz resonaba en el oído de Alonso Ruiz como deberá sonar la trompeta que llame á juicio sobre las ruinas del mundo ;—ya sabéis el secreto del encono que tiene contra todo lo que es de Dios ; de casta le viene al galgo..., y así, no se contenta con menos que con quemar y derribar conventos ; pero como no quiere tener que entenderse con doña Justicia, incita á los cristianos viejos para que hagan el crimen.

Los murmullos crecieron hasta convertirse en tumulto ; Alonso, que era tan cobarde como malvado, tendía á su alrededor angustiosas miradas, sin ocurrírsele medio para salir del atolladero en que estaba ; pero Mari-Hernández no era mujer que dejase incompleta su obra, y aprovechó el tiempo según apremiaba.

—Ahora que ya lo sabéis todo,—dijo,—marchad á vuestras casas y dejad tranquila ésta, *que es como un dedal, y las cuatro pobres monjitas que en ella viven*. Si no debe seguir adelante, el señor Corregidor y los religiosos la quitarán; y

si verdaderamente es cosa de Dios, subsistirá por los siglos de los siglos.

Terribles amenazas estallaron entonces contra el malaventurado Ruiz, y algunas manos se alzaron para herirle.

—Deteneos, —gritó la anciana, que acudió á servir de reparo con su pobre cuerpo al mismo que había querido asesinarla; — no quitéis á este hombre el tiempo de arrepentirse: dejadle ir, y dad gracias á Dios que me ha dado vida para evitar dos crímenes en una hora.

Era tan solemne esta voz, que el pueblo, momentáneamente impresionado, empezaba á calmarse, cuando una turba de alguaciles entraba en la calle, y tan buena traza se dieron que dispersaron á los amotinados, y Alonso Ruiz escapó del mayor peligro que había corrido en su vida.

VI

En tanto que ocurrían estos sucesos, Teresa de Jesús confiaba al Señor sus cuidados como el único que podía darles remedio.

Erigida en pleito la cuestión referente al convento, seguía sus trámites, y al fin fué llevada al Consejo Real: la ciudad mandó á la corte persona que la representara, y el monasterio estaba obligado á enviarla también; pero ¿cómo lograrlo? No había quien se atreviera á aceptar semejante cargo, ni dinero con qué retribuirlo; y para que fuesen todavía mayores las congojas de la atribulada Teresa, permitió Dios que la Priora la llamara á su celda para prohibirle que se volviera á ocupar en nada de la fundación. La humilde

religiosa, apenas se separó de su Prelada, se fué al coro, y, puesta de rodillas, llena de fervor dijo solamente estas palabras:

—«Señor, esa casa no es mía; por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo Su Majestad.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 9.)

Y la voz divina vibró casi instantáneamente en el fondo de su corazón para responder con estas suavísimas frases:

—«¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué témes?» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 9.)

Muy pronto se vió cumplida esta promesa, pues el Maestro Daza y Gonzalo de Aranda se ofrecieron á defender los derechos de las religiosas, el primero en Avila y el segundo en la corte, donde marchó en seguida; y diéronse ambos tan buena maña, que, aplacados los ánimos, se llegó hasta proponer á la fundadora que admitiría la ciudad el monasterio siempre que tuviese renta.

Estaba ya Teresa tan cansada de luchas, que vacilaba en su resolución de hacerlo pobre; mas como la voluntad del Señor era que lo fuese, no dejó de manifestarla á su sierva, ordenándole *no cediera, pues si comenzaban á tener renta no la dejarían después renunciar á ella.*

La misma noche se le apareció Fr. Pedro de Alcántara (que había muerto algunos días antes), y la fortaleció en sus ideas. Poco tiempo después llegó á sus manos una carta que el santo religioso le había escrito hallándose enfermo, en la que, presintiendo su próximo fin, la alentaba con la esperanza del triunfo. Decíale «que se holgaba

fuese la fundación con tantas contradicciones, que era señal se había de servir mucho á Dios en el monasterio, pues el demonio tanto ponía en que no se hiciese; que de ninguna manera consintiese en tener rentas; que como esto hiciera ello vendría á ser todo como quería.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXXVI, núm. 12.)

Mientras duraba tan 'ruidoso pleito, las novicias continuaban en su convento, y el Obispo cuidaba de enviarles confesores doctos y virtuosos sacerdotes, que con sus pláticas en los ejercicios de devoción las animasen para sobrellevar los trabajos que sufrían. Todas las mañanas al romper el alba se decía Misa en la humilde iglesia, y el número de devotos era mayor cada día.

La más asidua concurrente era Mari-Hernández, que, apoyada en su muleta, llegaba la primera y se retiraba la última; miraba con tanto afecto aquel templo y sus sencillos adornos, que parecía acariciarlos, dándose el parabién de que un obstáculo tan débil como ella hubiese servido á la Providencia para evitar la ruina que le amenazaba.

En tanto el espíritu del pueblo se inclinaba lenta pero seguramente á la fundación; ya llegaban al torno piadosas mujeres para llevar limosnas, ó el trabajo que mandaban hacer; ya hombres que dejaban el óbolo de la caridad, ocultando sus nombres; las novicias daban gracias al Señor por estos beneficios, y suspiraban anhelantes por que les volviesen á su buena Madre y amada Maestra, pues sin ella les parecía que ni el sol iluminaba el interior de la clausura.

VII

Mucho sintió Teresa de Jesús la muerte del bendito Pedro de Alcántara, aunque permitió el Señor que endulzaran su pena las repetidas apariciones que tuvo de él y la radiante gloria de que le veía rodeado.

—*¡Dichosa penitencia la mía, que tan alto premio ha merecido!*—dijo la primera vez que se le presentó. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 12.)

En la narración de su vida, que ya hemos citado, trató Teresa de este varón justo, y el relato de sus penitencias y virtudes asombra y conmueve. ¡En cuarenta años sólo durmió escasamente hora y media cada día! Para vencer el sueño, que fué uno de sus mayores trabajos, estaba siempre de rodillas ó de pie; su abstinencia continua, sus tareas evangélicas y ardiente caridad, le hacían como un ser inmaterial, no sujeto en modo alguno á las debilidades humanas. «Su extrema pobreza y su mortificación en la mocedad era tal, que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer á los frailes sino por el habla; no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que por necesidad había de ir, no sabía si no iba detrás de sus Hermanos; esto también le sucedía por los caminos; decíame que ya no le daba más ver que no ver. Era muy viejo cuando le llegué á conocer, añade la Santa Madre, y tan extrema su flaqueza que no parecía hecho sino de raíces de árboles; con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras,

si no era preguntándole; pero en éstas era muy sabroso, porque tenía lindo entendimiento.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capítulo XXVII, núm. 10.)

VIII

Concluídas las negociaciones, volvió de Madrid Gonzalo Aranda, más bien despachado de lo que nunca hubiera creído, y halló la ciudad apaciguada por la prudencia y dulzura del Maestro Daza. Para dar feliz término á todo, se unió á ellos la activa influencia de Fr. Pedro Báñez; y como la fama de éste era tanta, se le rindieron las voluntades más hostiles.

Seis meses hacía que duraba esta situación, cuando el Provincial del Carmen fué solemnemente al convento de la Encarnación y llamó al locutorio á Teresa de Jesús; ésta acudió con algún sobresalto; pero fué inmensa su alegría cuando, en presencia de la comunidad allí reunida, le dió licencia para que volviese á su convento de San José y gobernase á sus monjas.

La felicidad se siente, pero no puede explicarse; hubo lágrimas y abrazos de despedida, sincera expresión del sentimiento que todas experimentaban. Aquella tarde la puerta reglar se abrió para dar paso á Teresa y á otras cuatro religiosas, que habían solicitado licencia del Provincial para seguirla y guardar las nuevas Constituciones.

Extraña sensación de pena y alegría sufrió Teresa de Jesús al oír cerrar tras de sí las puertas de la morada donde tan sublimes dichas como agudos sufrimientos había experimentado; de

pena , porque allí quedaban María de Ocampo, Juana, Esperanza y la viuda de Salcedo, que la atrían con fuerza irresistible ; de alegría, porque iba á ver de nuevo á las hijas tan largo tiempo abandonadas, y porque la rodeaban como escolta de honor Ana de San Juan, María Isabel, Ana de los Ángeles é Isabel de San Pablo.

IX

Era pasada la hora de vísperas cuando la Santa Madre llegó á su monasterio; prevenidas de tan dichosa nueva, las novicias se esmeraron en adornar la clausura como mejor pudieron, y las flores, ese hermoso y poético lujo de los pobres, curiosamente distribuídas en guirnaldas y ramos, embellecieron la iglesia y el interior de la Casa : algunas candelas lucían en los altares, y todo respiraba orden perfecto y sencilla alegría.

Teresa entró muy conmovida en el templo, y se arrodilló ante el santuario ; pero aún no había empezado á dar gracias á su divino Esposo cuando sintió que se arrobaba en altísima contemplación, y vió á Cristo que la recibía y « con grande amor ceñía á sus sienes radiante corona, en agradecimiento de lo que había hecho por la gloria de su bendita Madre ». (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 13.)





CAPITULO XIII

HORAS TRANQUILAS

I

LA primera disposición de Teresa de Jesús al tomar nuevamente el gobierno de su monasterio, fué nombrar Priora á Ana de San Juan y Subpriora á Ana de los Angeles; libre ya de cargos, y satisfecha de poder seguir sus Estatutos con el rigor que deseaba, hízose esclava de la obediencia, dedicándose á cumplir los más penosos deberes; mas el Prelado, considerando que no era conveniente fuera súbdita la que era Madre y Maestra de todas, la obligó á dirigir la naciente Comunidad á pesar de la repugnancia que mostraba para ello.

Empezó, pues, á desempeñar su difícil tarea con suavidad y firmeza inquebrantables, valiéndose de sanos consejos y ejemplos saludables, encaminado todo á la perfecta observancia de las nuevas Constituciones. Poco á poco, y tal como

convenía, dispuso las cosas en orden para los fines que el Señor le había señalado; primero arraigó en aquellas almas el espíritu de oración y mortificación como base de la Regla; después de esta firme columna puso otra no menos necesaria para la solidez del edificio, que fué el recogimiento, prohibiendo el locutorio y trato hasta con parientes, cerrando así la puerta á los consuelos humanos para abrirla mejor á los divinos. Aseguró también vivir sin rentas, y, por último, la estameña fina de los hábitos se trocó por áspera jerga; los chapines ó zapatos, por groseras sandalias; la cama blanda, por jergón duro; y añadió á todo comida pobre de pescado y hierbas: Constituciones que existen en sus conventos hasta el día de hoy.

II

Los favores del Cielo, que tan frecuentemente consolaron las luchas y tribulaciones de la fundadora, no le faltaban por cierto en estas horas de perfecta calma: recibíalos tan grandes que pudieran admirarse los ángeles al ver que una criatura gozaba en la tierra las venturas del paraíso.

Estaba una vez en el coro entre sus hijas, acabado de rezar Completas, cuando vió á la Santísima Virgen cercada de radiante gloria, que venía cubierta con un manto de nevada blancura y lo extendía hasta parecer que debajo de él las amparaba á todas. «Entendí, añade, cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta Casa.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. XXXVI, núm. 14.)

Otro de sus motivos de satisfacción era ver cómo, trocado milagrosamente el espíritu del pueblo, inclinábase más y más á la fundación, siendo los principales bienhechores los que más opuestos se mostraron al principio, hasta llegar el caso de que, en vez de considerar el monasterio gravoso para la ciudad, se le tuvo por grande honra de ella.

Sólo falta ahora dar á conocer algo de las Constituciones que hizo Teresa de Jesús para llevar á cabo la Reforma de la Orden carmelitana, Constituciones basadas en la Regla eremítica de los monjes del Monte Carmelo; y como señalan tantas virtudes y tesoros de abnegación, queda aquí grabado ligero compendio de ellas.

III

Arriba se ha dicho ya cómo en el año 1071, Alberto, patriarca de Jerusalén, que antes había sido religioso del Carmelo, formó de la primitiva Regla dada por el patriarca Juan á los ermitaños las Constituciones que debían seguir: y tales eran, que sólo quien anhelara vida solitaria y penitente podía, aunque con dificultad, observarlas. Las cláusulas ó artículos todo lo prevenían; y por que mejor se conozcan, léanse aquí mismo algunos de ellos:

.....

«Ningún religioso diga que tiene cosa propia, si no que todas les sean comunes, y distribúyase á cada uno, por mano del Prior ó el diputado por él para este oficio, lo que hubiese menester,

miradas las edades y necesidades de cada uno.»

«Ayunaréis cada día, excepto los domingos, desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz hasta el día de la Resurrección del Señor, si la enfermedad ó flaqueza del cuerpo ó justa causa no persuadiera á que se dejara de ayunar, porque la necesidad carece de ley.»

«No comeréis carne si no fuere por remedio, enfermedad ó flaqueza.»

«Procurad con toda solitud vestiros de las armas de Dios para que podáis resistir á las asechanzas del enemigo. Ceñid vuestros lomos con cinto de castidad; fortaleced vuestro pecho con santos pensamientos, porque escrito está : *el pensamiento santo te guardará*. Vestid la loriga de la justicia, para que de todo vuestro corazón, de toda vuestra alma y de todas vuestras fuerzas, améis á Dios, Señor nuestro, y á vuestros prójimos como á vosotros mismos. Abrazad en todo el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las saetas del fuego del enemigo, porque sin fe es imposible agradar á Dios. Poneos en la cabeza el yelmo de salud y gracia, para que de sólo el Salvador esperéis la salud que salva á su pueblo de sus pecados. More y persevere abundantemente en vuestras bocas y corazones el espíritu, que es la palabra de Dios, para que todo lo que hicieréis sea en su nombre.»

«Haréis algún trabajo de manos para que el demonio os halle siempre ocupados y no tenga

entrada en vuestras almas, haciendo puerta de la ociosidad.»

.....
«Mandamos que desde Completas se guarde silencio hasta después de Prima del siguiente día; y en el demás tiempo, aunque no haya tanto rigor en la guarda del silencio, con mucha diligencia se evite el hablar, porque, como está escrito y enseña la experiencia, *en el mucho hablar no faltará pecado*; y en otra parte: *quien habla sin consideración sentirá males*; y en otra: *el que usa de muchas palabras daña su alma*; y el Señor dice en su Evangelio: *de cualquier palabra ociosa que hablen los hombres, han de dar cuenta en el día del juicio*. Haga, pues, cada uno una balanza para sus palabras y un freno para su boca, por que no resbale y caiga con la lengua, y su caída sea insanable.»

.....
A propósito de estas reglas, el Ilmo. Sr. Don Diego de Yepes, obispo de Tarazona, hace las siguientes consideraciones:

«De suerte que convienen: con las monacales, en el encerramiento y contemplación; con las mendicantes, en la pobreza; con las estrechas y que profesan penitencia, en los ayunos y abstinencia de carnes, caminar á pie, el encerramiento continuo en la celda, que con razón es comparado á cárcel perpetua; y, finalmente, á las Religiones ordenadas á la vida activa, se compara muy bien en el cuidado que pone en el trabajo de manos.» (Todos los apuntes que anteceden, son de la Vida de la Santa, escrita por el P. Yepes, tomo I, cap. II, pár. 245.)

IV

Deslizábase tranquilo el tiempo como un arroyo cuyas orillas esmaltan vistosas flores, á quien prestan sombra copudos álamos y frondosos sauces.

Llegaba ya la Comunidad al número trece, del cual habría de constar, siendo todas las monjas de coro, pues en aquella época no se recibían freilas ó legas; servíanse unas á otras según se hallaban dispuestos los oficios, en que alternaban convenientemente, y la más perfecta armonía reinaba en aquel dichoso recinto. La humildad, la obediencia y mil virtudes á cual más preciosas, brotaban como rosas de suavísimo perfume en las almas elegidas por la Santa fundadora. No tenían rentas ni pedían limosna, pues todos sus caudales consistían en la rueca y la aguja, á las que no dejaban punto de reposo.

Teresa de Jesús era la que en todas ocasiones daba admirables ejemplos; con tanta alegría en la abundancia como en la escasez, mostrábase siempre la primera en el coro, en la costura, en la cocina, practicando humildemente los más rudos oficios; fuerte y animosa, quitaba la amargura que pudiera tener el trabajo con la suavidad de sus palabras.

Juana y Esperanza habían conseguido pertenecer al dichoso número de las elegidas, y María de Ocampo se ejercitaba ya en el noviciado bajo el nombre de María Bautista. En cuanto á Doña Leonor Salcedo, á quien asuntos de familia habían hecho salir del convento de la Encarnación,

unida con los lazos de estrecha amistad á Doña Guiomar de Ulloa, la acompañaba siempre que ésta visitaba á la fundadora; mas pocas veces lo-graban el placer de verla, pues Teresa se imponía en sus afecciones el mismo rigor que la ultima de las novicias.

V

Convencida la Santa Madre de que no podía llamarse valiente ni preciarse de soldado el que no se ha visto en las lides y escaramuzas del enemigo, cuidaba de ejercitar á sus monjas en todas las virtudes, y especialmente en la obediencia, para lo cual se valía de mil discretos artificios.

Hallábase un día en el refectorio, y vió un pedazo de cohombro inútil y seco; lo tomó disimuladamente, y llamó á su sobrina María Bautista, cuya viveza de ingenio era tanta que la prueba se hacía en ella muy difícil. Teresa le dió la verdura y le mandó sembrarla en el huertecillo que tenían: mas era tal el poder de la obediencia en el alma de la novicia, que la inteligencia no se reveló á discutir una orden que parecía desatinada; antes bien, en el hecho de mandarlo la fundadora, le pareció lo más natural, y se contentó con preguntar de qué modo había de colocarla para que arraigase mejor; y contestándole que tendido, marchó al punto á plantarla.

Ursula de los Santos, bella, rica y acostumbrada á todos los triunfos de la vanidad humana, era tan sierva de sus compañeras, tan humilde entre las humildes, que la Santa Madre recelaba no pudiera seguir en este camino. La que tanto

había mandado debía hallar muy difícil obedecer, y en ella puso los ojos para otra prueba, que serviría de piedra de toque al oro de su virtud.

La encontró un día en ocasión de hallarse presentes algunas religiosas, y se detuvo á contemplarla cual si extrañase algo en ella; después le tomó una mano, la pulsó mucho rato, y la mandó ir á acostar como si la hallase enferma. Obedeció la joven sin pasarle por la imaginación que no fuera así; envió Teresa de Jesús otras Hermanas que la visitaran, y al preguntarle cómo estaba, respondió:

—Muy mala.

—¿Qué le duele?—tornaban á decir, maravilladas de aquel extremo de obediencia.

—No sé; la Madre lo dice.

Perseveró de tal modo, que hasta llegó á dejarse sangrar para aliviarse del imaginario padecimiento; y no tan sólo no le perjudicó esta medicina, sino que se levantó animosa y alegre, como el que verdaderamente recobra la salud.

¿Qué extraño, en vista de tal sumisión, que le cobrara la fundadora grandísima voluntad, y de allí adelante la considerara como una de sus más amadas hijas y precioso rubí de la Reforma carmelitana?

VI

Siempre que la severidad de la Regla daba licencia para ello, complacíase Teresa de Jesús en reunir alrededor suyo aquellas almas queridas, y aleccionarlas con reflexiones tan suaves como la

miel que labran las abejas de las azules flores del romero.

— *La tierra que no es labrada*, — les decía, animándolas al estudio y la meditación, — *llevará abrojos y espinas aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre.* (Aviso I.)

Para la vigilancia que se debe tener aconsejaba: «En cualquier obra y hora examinad la conciencia, y vistas las faltas procurad enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzaréis perfección.» (Aviso XXVII.)

La falsa seguridad preveníala ella con las siguientes razones:

«Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas ya, parece que lo tenemos todo hecho y que no tenemos que pelear con nada. ¡Oh Hermanas mías! No os aseguréis ni os echéis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo cerrado muy bien las puertas por miedo de los ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis que no hay peor ladrón que éste, pues quedamos nosotras mismas, y si no se anda con gran cuidado hay muchas cosas para quitar la santa libertad de espíritu, que buscamos pueda volar al Hacedor sin ir cargada de hierro y de plomo.» (*Camino de Perfección*, cap. X, núm. 1.)

Quando veía afligida á alguna, le decía cariñosamente:

— Esto me dijo el Señor un día: «¿*Piensas, hija, que está en el merecer el gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar.*» (De los papeles que se hallan al fin de la Vida de la Santa, coleccionados por Fr. Luis de León.)

De esta manera guiaba Teresa de Jesús el espíritu de su Comunidad y allanaba las dificultades que ofrecía la penosa jornada de penitente vida á que ella y sus hijas se habían consagrado.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE



LA FUNDADORA



CAPÍTULO PRIMERO

SAN JOSÉ DE MEDINA

I

CINCO años había marcado el invariable reloj del tiempo, y Teresa continuaba en su convento de San José lo más alegre que en la tierra podía estar. Los dulces lazos de caridad ardiente que ligaban allí las voluntades hasta el extremo de ser todas una recreaban su hermoso corazón, porque hacían de la Comunidad viva imagen de aquellas monjas ermitañas del Carmelo, cuyos grandes hechos y heroicas virtudes refiere San Jerónimo con justas alabanzas.

Durante el dichoso lustro, pasado en tan grata quietud, sólo un pensamiento de amargura acometía á veces á la fundadora; y tanta era la hiel que le traía, que bastaba para acibararle las mayores dulzuras. La herejía de Lutero, el poder con que se extendían sus errores, y la facilidad con que llevaban tras sí las almas rescatadas por

la preciosa sangre del Salvador, le desgarraban el corazón de pena, y oraba sin cesar por el remedio de estos males.

Mas como si sus ansias por causa tan justa no fuesen bastantes para alejar de ella la tranquilidad, acertó á venir á Avila un religioso franciscano llamado Fr. Alonso Maldonado, que recien venido de las Indias, y deseoso de conocer á Teresa, cuya fama de virtudes había llegado hasta él, fué á verla con el principal objeto de rogarle que pidiera á Dios por el buen éxito de las Misiones americanas; así, en la visita sólo habló (como quien tanto conocía los daños) de las infinitas almas que allí se perdían, noticias que afligieron de tal modo á la fundadora que, apenas se retiró Fr. Alonso, fué á una ermita de las que tenía en lo más apartado del huertecillo, y, sola en ella, se entregó libremente al llanto que le arrancaba la vehemencia de su dolor.

II

Había en dicha ermita una imagen de nuestro Señor atado á la columna, que hizo pintar Teresa, explicando al artista como mejor supo la que en su interior se le representó, y la obra correspondió delicadamente al pensamiento; en especial uno de los brazos herido, acardenalado y con una llaga sangrienta cerca del codo, admiraba á cuantos lo veían, y principalmente á su autor, el cual decía con ingenuidad que le había pintado sin saber cómo; añádase á esto que, aun cuando se copió muchas veces la devota imagen, jamás salió perfecta la semejanza de la dolorosa herida.

En este retiro era donde la fundadora extremaba sus ruegos; y tanto los prolongó aquella tarde por el pronto alivio de las muchas necesidades que le habían encomendado, que llegó la noche sin echarlo de ver; sintió entonces un suave arrobamiento, y oyó en él la voz divina de Jesús, que la consolaba con estas palabras :

—*Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.* (*Fundaciones*, cap. I, núm. 5.)

Segura de que la promesa de Dios no tardaría en cumplirse, la religiosa, llena de ánimo, dejó la ermita y se entregó á los mil cuidados que la rodeaban; como ningún camino veía abierto para llegar al logro de sus anhelos, preguntábase qué sucedería ; pero encerraba en sí las ansiosas imaginaciones, y con las armas de perpetua oración traía sobre el mundo la divina misericordia.

Un acontecimiento que al principio pudo ser causa de temor dió cumplimiento á la promesa de Cristo. El P. General de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, Fr. Juan Bautista Rubeo de Ravena, llegó de Roma para visitar sus conventos, cosa que jamás se había visto ni esperaba ver. Su venida á Avila alteró algún tanto á la fundadora. ¿Qué sucedería á su monasterio? ¿Le desharía el General por no hallarle conforme á disciplina canónica y con buenos fundamentos? Con estas ideas aguardó llena de angustia la decisión del que reunía en sí todos los derechos regulares, y cuyos fallos debían ser inapelables.

Fray Juan Bautista, informado así de la fundación como de las contradicciones que había

tenido, deseó conocer á la tan constante religiosa que había logrado triunfar de tantos obstáculos; fué á visitarla, y la humilde Teresa le recibió cual convenía á su alto carácter y relevantes méritos. Desde el primer instante comprendió el General que en aquella criatura no había espíritu mezquino, ni inteligencia vulgar; así la escuchó bondadosamente, y le oyó dar cuenta de su vida entera, referir punto por punto la fundación, hablar de su deseo por aumentar la gloria y alabanza del Señor, todo con tan persuasivo acento de verdad que llegaba al alma; defendió, en fin, su santa causa con tal copia de razones, que el religioso, admirado, hubo de aprobar cuanto había hecho, y hasta la felicitó por ello. Mas no se limitó á esto sólo, sino que, penetrado del espíritu que la guiaba en la reformación del Carmelo, y seguro de obra tan meritoria, le dispensó todo su favor, permitiéndole propagarla cuanto fuera posible, y dándole, para que pudiera fundar nuevos conventos, patentes tan explícitas como la que ahora sigue:

III

«Nos, Fr. Juan Bautista Rubeo de Ravena, Prior, Maestro General, y por la misericordia de Dios siervo de todos los frailes y monjas de la Orden de la gloriosísima Virgen María de Monte Carmelo; á la Reverenda Madre Teresa de Jesús, Priora de las religiosas monjas del monasterio del glorioso San José de Avila, de la misma Orden, profesas y ornadas del sagrado velo en el monasterio nuestro de la Encarnación, limpieza de espí-

ritu y favores de caridad ardiente; no hay buen mercader, ni soldado, ni letrado que no tenga cuidado y use de toda solitud y grandes trabajos para ampliar su casa, su ropa, su honra y toda su hacienda; si ellos hacen esto, mejor se ha de procurar de los que sirven á Dios alcanzar lugares, hacer iglesias y monasterios, y recaudar todo lo posible para servicio de las almas y gloria de la Divina Majestad. En esto teniendo continuo pensamiento, la reverenda Madre Teresa de Jesús, carmelita, hija y humilde súbdita nuestra, ahora Priora con nuestra licencia en el reverendo monasterio del gloriosísimo San José, nos ha suplicado que para honra y grandeza de Dios Nuestro Señor, y su Santísima Madre y provecho de las almas, le demos facultad y poder para hacer monasterios de nuestra sagrada Orden en cualquier lugar del reino de Castilla que vivan según la primera Regla con la forma de vestir, y otras maneras santas que tienen y guardan en San José, y las demás que fuesen ordenadas, y todo debajo de la obediencia nuestra y de otros Generales que sucediesen á Nos. Este deseo, pareciéndonos muy religioso y santo, no podemos rehusarlo, sino abrazarlo, favorecerlo y acrecentarlo; por tanto, con autoridad de nuestro general oficio, concedemos y damos libre facultad á la reverenda Madre Teresa de Jesús carmelitana, Priora moderna en San José, y de nuestra obediencia, que pueda tomar y recibir casas, iglesias, sitios y lugares en cada parte de Castilla, en nombre de nuestra Orden, para hacer monasterios de monjas carmelitas debajo de nuestra inmediata obediencia; las cuales anden vestidas de paño de jerga pardo;

la vida sea conforme en todo; ningún Provincial, ni Vicario, ni Prior de esta Provincia las puede mandar sino sólo Nos, y quien fuese señalado por nuestra comisión; el número de monjas en cada monasterio pueden ser veinte y cinco y no más; mas antes que se tomen casas, y se hagan monasterios, que se procure tener la bendición del Ilmo. y Rmo. Ordinario, Obispo, ó Arzobispo, ó sus Tenientes, como manda el Santo Concilio; y porque todo se haga con efecto, le concedemos que pueda tomar para cada monasterio que se hiciese dos monjas del nuestro de la Encarnación de Avila, las que quisiesen y no otras; ni las pueda impedir el Provincial nuestro, ni la reverenda Priora, ni otra persona súbdita nuestra, so pena de privación de sus oficios y otras graves censuras, y los monasterios estén bajo nuestra obediencia, que de otra manera no entendemos que esta nuestra concesión sea de ningún valor; cuando no se pueda hallar jerga se tome paño grueso, y Nos las daremos Vicarios ó Comisarios que las gobiernen.—Hecho en Avila á 27 de Abril.—*Fray Juan Bautista Rubeo de Ravena.*»

IV

He querido copiar entero este documento por que se comprenda bien cuán alta idea debió formar el General de los méritos que adornaban á la Santa Madre, y con tales privilegios confiarle la ejecución de su gran obra; con modesta alegría recibió ella las pruebas de estimación que Fr. Juan Bautista le daba, y en su mucho anhelo

de trabajar por la gloria de Dios le pareció que con sólo las licencias tenía hechos los monasterios.

Pero al ver el buen camino que se preparaba á su querida Reforma, pensó detenidamente ser necesario al nuevo instituto religiosos que dirigieran á las monjas, y alentada por la bondad del General le rogó que hiciera extensivo el permiso para fundar también conventos de descalzos.

Bien hubiera querido Fr. Juan Bautista acceder á todo; pero halló tal contradicción en su Orden, que determinó negarlo por entonces, y, con efecto, marchó de Avila sin conceder lo que se le pedía.

El virtuoso obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, que tanto ayudó á Teresa en la primera fundación, inclinado á favorecer las instituciones piadosas, y ésta singularmente, interpuso con el General su valiosa influencia para apoyar la solicitud de la Santa Madre; pero Fr. Juan Bautista tornó á negarse delicadamente. No se desanimó Teresa con estas contrariedades; antes bien, como no dejaba de meditar en lo útil de su deseo, escribió al General una ó dos veces, y le dió en sus cartas tan eficaces razones que, penetrado de la justicia de ellas, se rindió el religioso y vino en conceder la anhelada cédula, que envió desde Valencia con su bendición.

—«He aquí—decía la fundadora cuando años después escribió la relación de estos trabajos—una pobre monja sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos, y sin posibilidad de ponerlos por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza, que pues el Señor había dado lo uno daría lo otro. Ya todo me pare-

cía muy posible, y así comencé á ponerlo por obra.» (*Fundaciones*, cap. II, núm. 6.)

Era capellán del convento de San José el Padre Julián de Avila, sacerdote ejemplar, que á una gran sencillez y pureza de costumbres reunía clara inteligencia y excelente corazón; tocaba ya en la edad madura, y era apacible en su trato, con gran experiencia y buen consejo, y tan humilde que se creía la más ruin de las criaturas; tenía tal entusiasmo por la gloria de Dios, que no juzgaba sacrificio nada que redundare en el divino servicio,

Como sabía su carácter y disposición para todo, Teresa pensó en Julián de Avila á fin de que la ayudase en su empresa; escribió al mismo tiempo al P. Baltasar Alvarez, que era entonces Rector de la Compañía de Jesús en Medina del Campo, primer punto donde determinó fundar; solicitó que le proporcionara licencia del Prelado y el pueblo; envió esta carta con el capellán, y al mismo tiempo otra á Fr. Antonio de Heredia, Prior en dicha ciudad del convento de carmelitas calzados bajo la advocación de Santa Ana, en la cual le encargaba buscara y comprara casa, con tal seguridad como si tuviese en su poder el dinero para pagarla.

V

El P. Alvarez, que aunque obligado por sus deberes de Rector faltaba hacía tiempo de Avila, conservaba á Teresa la estimación que ella merecía; se alegró mucho al recibir carta de quien fué tantos años la más humilde y obediente de

sus hijas de confesión, no sólo por tener noticias suyas, sino por considerarse honrado con poderle dar favor en este asunto. Apresuróse á ver al Abad de Medina, por ser quien debía dar las licencias necesarias; y aunque al principio este señor rehusó, tan buenas razones le dió el Padre Baltasar que el Abad, después de una información jurídica muy detenida, en la cual juraron el Rector y casi todos los individuos del Colegio, á más de algunas personas graves de la población, accedió á lo que le pedían.

Sólo esto aguardó el Prior del Carmen para contratar una casa ó, por mejor decir, un solar en la calle de Santiago que apenas tenía más que un portal y algunos paredones; en su deseo por acabarlo todo y no haber mirado bien las condiciones de la casa, creyó que aquélla las reunía; pero era tal, que Julián de Avila, por no considerarla suficiente, alquiló otra junto al convento de San Agustín, para que en ella se hospedara la nueva comunidad al llegar.

Dispuesto y arreglado todo de la mejor manera posible, y muy contento del buen despacho que tuvo su comisión, volvió á Avila el capellán; y apenas dió cuenta á la fundadora de que estaba su encargo cumplido, determinó ésta ponerse en marcha, pues su celo por la gloria de Dios no le dejaba punto de reposo. Eligió para acompañarla dos religiosas del convento de San José, una de las cuales fué María Bautista, profesada dos años antes, y la otra Ana de los Angeles; uniéronse á éstas cuatro de la Encarnación, que eran Doña Inés de Tapia, que se llamó de Jesús, su hermana Doña Ana, apellidada de la En-

carnación, primas de Teresa y muy parecidas á ella en espíritu y deseos ; Doña Isabel Arias, que trocó su nombre de familia por el de la Cruz, y Doña Teresa Quesada.

VI

La noticia de que Teresa de Jesús se ausentaba para emprender nuevas fundaciones, cayó en Avila como un rayo ; después de cinco años de quietud se alborotaron los ánimos, según ella refiere con su natural gracejo y discreción.

« Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuración ; unos decían que yo estaba loca ; otros esperaban el fin de aquel desatino ; al Obispo, según después me ha dicho, le pareció muy grande, aunque entonces no lo dió á entender, ni quiso estorbarme por no darme pena ; mis amigos hartos me habían dicho, mas yo no hacía caso de ellos. » (*Fundaciones*, cap. III, núm. 3.)

La circunstancia de ser la propietaria de la casa en Medina una señora muy noble y piadosa, hizo que Fr. Antonio no tuviera que pagar la finca en el acto, lo que habría sido imposible á la fundadora ; además, la misma dama se ofreció para cuanto las religiosas pudieran necesitarla, y ya era algo contar con una amiga en población extraña.

Proveyóse Teresa de un pobre carro, cerrado con tupidas cortinas de lienzo grueso como lona, donde ella y sus hijas pudieran viajar con el recato debido á su estado ; compró mulas, y confió la dirección del pesado vehículo á un antiguo sirviente de la casa de Cepeda, anciano de gran ex-

perencia en el oficio que se le encomendaba. ¿Cómo acudía la Santa Madre á los más precisos gastos? Milagrosamente, como todo lo que se relacionaba con ella ; días antes ; una doncella que no había podido entrar en el convento de San José por estar completo el número de religiosas que debían formar la Comunidad, logró que la admitieran en el que iba á fundarse, y dió lo poco que constituía su dote, con el cual se hicieron los primeros desembolsos.

VII

El 13 de Agosto de 1569 tenía determinado Teresa de Jesús salir de Avila, pues quería colocar el santísimo Sacramento en su nueva casa el día de la Asunción de Nuestra Señora. El carro de viaje esperaba en la puerta del convento, y alrededor de él, cinco hombres jinetes en fuertes y andadoras mulas iban como á escoltarla hasta el término de su camino. Eran el capellán Julián de Avila, Francisco de Salcedo, y tres criados fieles y valerosos.

Antes de marchar, pasó la fundadora más de medio día en la ermita rogando fervorosamente; postrada ante la imagen de Cristo, le suplicó llorosa y conmovida que protegiera el convento que dejaba, á fin de que el espíritu no decayera en su ausencia. Cuando salió iba risueña y consolada ; el Esposo divino le había dado cuanta fortaleza de ánimo podía desear.

La despedida entre Teresa y sus hijas fué muy triste ; todas querían seguirla, y sólo con gran sacrificio en aras de la obediencia se resig-

naban á quedarse. La fundadora abrevió razones: salió valerosamente, subió al carro con sus compañeras, y dió orden de emprender el camino.

VIII

Al caer la tarde llegaron á Arévalo, donde iban á descansar de la primera jorna da ; por los cuidados de Salcedo, que adelantó buen trecho á prevenirla, tenían posada dispuesta en casa de unas buenas mujeres, que apenas vieron llegar el carro acudieron á él y ayudaron á bajar á las religiosas con tanto respeto como tierna caridad. Condujeron en seguida á sus huéspedes á un aposento, donde podían estar como en clausura, y se retiraron mientras ellas rezaban lo que les tocaba en aquella hora.

Un rato después volvieron con la humilde comida que precipitadamente habían arreglado ; concluída su piadosa obligación, iban las religiosas á sentarse á la mesa cuando una de las mujeres llamó aparte á la fundadora para decirle que un hombre acababa de llegar con una carta, y pedía con instancia verla.

Teresa, cuya viva imaginación le hacía estar siempre sobre aviso, disimuló la desagradable impresión que tal nueva le causaba, y dijo á sus hijas con semblante alegre :

—La mesa espera, y yo tengo que hacer ; coman sin aguardarme, que no sé lo que habré de tardar.

—¿Quiere su reverencia que la acompañe?—preguntó María Bautista.

—No, hija mía ; coman todas y descansen,

que bien molidas y necesitadas se hallan ; Ana de los Ángeles ocupará mi lugar.

Y mientras obedecían sus órdenes , se cubrió con el velo y salió.

En un aposento del piso bajo halló muy alarmados á Julián de Ávila y Salcedo en compañía del portador de la carta, el cual se retiró cuanto la hubo entregado á la Santa Madre, pues dijo no le encargaron que aguardase respuesta.

Por más que algunas indiscretas palabras del mensajero hicieron sospechar el contenido de la inesperada misiva, al leerla, un profundo desaliento se apoderó de los compañeros de Teresa ; en cuanto á ésta, permaneció tranquila ; sabía por experiencia que la contradicción al empezar era la mano del enemigo, que tantas veces se había levantado para hacerle daño, y se confirmó en su esperanza de que servirían mucho al Señor en el nuevo monasterio.

La carta era del dueño de la finca arrendada, que se disculpaba torpemente de su falta de formalidad, diciendo que los Padres agustinos se oponían á tener vecindad con las nuevas religiosas ; que si podía lograrse que la aceptaran , vendría él en ello con mucho gusto ; pero que, siendo amigo y devoto del convento, no haría nada en contra de lo que aquella Comunidad quisiera.

Un rato de silencio siguió á la desagradable lectura ; los dos hombres se preguntaban entre sí cómo terminaría lo que con tan malos auspicios comenzaba.

— Me acuerdo — dijo al fin Teresa de Jesús — que se halla en Arévalo el P. Domingo Báñez ; y como su opinión vale tanto, desearía consultarle.

Si gusta vuesa merced, P. Avila, id á buscarlo, me holgaría en extremo.

El capellán no aguardó á que le repitieran la súplica, y salió con la priesa que le daba el deseo de tomar pronto alguna resolución.

IX

Durante la breve ausencia del P. Julián, la fundadora previno á Salcedo de cuanto podía ocurrir, y, sobre todo, le encargó mucha reserva á fin de que las monjas no se enterasen de lo que sucedía. Volvió en esto el capellán acompañado del P. Báñez, á quien el placer de ver á la Santa Madre se le amargaba con la idea del grave conflicto en que se hallaba; no necesitó que se lo rogaran para hacerse cargo del asunto, y ofreció negociar con los agustinos, seguro de antemano del buen éxito; pero todo pedía más tiempo de lo que Teresa podía conceder, y así, después de proponerse muchos medios, no llegó á aceptarse ninguno.

Los tres continuaban en discutir acaloradamente, y dar cada cual razones en pro de su opinión, cuando la Santa Madre, resuelta ya interiormente la línea de conducta que debía seguir, se despidió de ellos y volvió donde se hallaban sus compañeras. Como las deliberaciones habían sido largas, y el cansancio tenía rendidas á las monjas, éstas dormían con la tranquilidad de los ángeles, cuál en la silla, cuál apoyada la cabeza en un banco de roble; pues aunque la casa era rica de caridad, faltaban en ella los bienes materia-

les, y el único lecho de que podían disponer lo reservaron para Teresa de Jesús.

La fundadora las contempló largo rato ; acarició con sus dulces miradas aquellas frentes serenas, que ceñían las blancas tocas, y luego, sin probar los manjares que le dejaron, fué de puntillas para no despertarlas y apagó la lámpara ; hecho esto, se acercó á Ana de los Angeles, que era la más delicada, y le dijo al oído :

— Acuéstese en el lecho, Hermana.

La obediencia selló los labios de la religiosa, que, medio dormida, se dejó caer en él, mientras Teresa, postrada de rodillas, se disponía á pasar la noche en oración, como quien estaba segura que solamente del Cielo podía venir remedio pronto y eficaz.

X

Las primeras luces del alba penetraban por los empolvados vidrios de un estrecho tragaluz, cuando sonaron recios golpes en la puerta de la humilde morada ; la fundadora se puso de pie, y se deslizó sin ruido fuera de la habitación. En el piso bajo halló á las mujeres que habían abierto al visitante madrugador, el cual, apenas vió á la Santa Madre, se dió priesa en darse á reconocer.

Era el Prior de los carmelitas de Medina, fray Antonio de Heredia, que venía á recibir á las religiosas y acompañarlas hasta la morada que debían ocupar ; mas al saber la inesperada contradicción que sufrían, y asegurado de que por nada del mundo volvería á Avila sin hacer la propuesta fundación aquella animosa criatura, le acon-

sejó que se estableciera en la casa que tenían concertada, donde al menos había un gran portal que, aderezado con algunos tapices, podía fácilmente convertirse en iglesia.

La persuasiva firmeza del religioso y el vivo anhelo de Teresa aceleraron la resolución: Julián de Avila se oponía, y Salcedo callaba; pero la Santa Madre cortó la discusión dando orden de enganchar, y fué á reunirse con sus hijas, que, despiertas hacía rato, esperaban que se emprendiera el camino.

—Vamos, vamos, hermanas mías,—dijo;—la jornada es larga, y falta poco para salir el sol.

Las monjas se cubrieron con sus velos, y bajaron: Julián de Avila, el Prior, Salcedo y los criados habían montado ya en las mulas, y emprendían la marcha lentamente, mientras ellas ocupaban sus asientos en el carro, y Teresa de Jesús pagaba en agradecidas y cariñosas frases el generoso hospedaje que habían recibido.

XI

Durante aquel primer viaje, como en todos los que hizo después, regía la fundadora su pequeña Comunidad cual pudiera hacerlo en el convento más tranquilo y ordenado: los mismos ejercicios de oración y silencio; las mismas frugales colaciones, y para ser igual en todo á la amada clausura, tenían agradables pláticas en las breves horas de recreación. Durante ellas, siempre había de ofrecerse á Teresa la resolución de alguna duda; siempre sus advertencias, consejos y en-

señanzas caían como rocío del cielo en los corazones de sus hijas.

Echábase encima la noche, y aún faltaban algunas horas para llegar á Medina; estaban en recreación y se trataba de varios asuntos, cuando, después de un breve silencio, dijo Ana de los Angeles:

—Creo, reverenda Madre, que todas mis compañeras participan de mi opinión en la pregunta que voy á hacerle. Cuando se sienten grandes tentaciones para no seguir el camino de la cruz, ¿deben encerrarse en el corazón hasta vencerlas, ó manifestarlas para que el desprecio general castigue nuestra cobardía?

—Miren lo que hacen, mis hijas,—contestó gravemente la fundadora;—«porque si el alférez deja la bandera, perderse ha la batalla. Así creo se hace gran daño á los que no están tan adelantados si á los que tienen ya en cuenta de capitanes y amigos de Dios les ven no ser sus obras conforme al oficio que tienen; los demás soldados vánse como pueden, y á veces se apartan de donde ven mayor peligro, y no los echa nadie de ver ni pierden honra; los otros llevan todos los ojos en ellos, y no se pueden bullir. Bueno es el oficio y honra, y grande merced hace el Señor á quien le da; mas no se obliga á poco al tomarle.» (*Camino de Perfección*, cap. XVIII, núm. 4.)

—Buena enseñanza nos da su reverencia,—dijo dulcemente María Bautista;—así miraremos despacio lo que nos toca, y evitaremos cometer desaciertos impulsadas por el falso celo, que es mayor enemigo de lo que parece.

—Procuren disimular las imperfecciones sin

dejar de luchar para vencerlas,—continuó la Santa Madre;—de este modo no escandalizarán ni á los tibios ni á los piadosos. Ayudará á tal propósito el amor de Dios, que como lámpara continua debe arder en nuestras almas. El aceite de que se alimenta sea la humildad y oración, y así, no haya miedo que se apague. «Este sentimiento, si está en su fuerza y ya libre de cosas de tierra, es señor de los elementos del mundo. ¿No es linda cosa que una pobre monja de San José pueda llegar á señorear la tierra y elementos? ¡Y qué mucho, si los santos hicieron de ellos lo que quisieron con el favor de Dios! A San Martín obedecían el fuego y el agua, y á San Francisco las aves y los peces.» (*Camino de Perfección*, cap. XIX, núms. 4 y 5.)

—Aseguro á su reverencia,—dijo entonces Inés de Jesús,—que parece me han caído unas cataratas de los ojos del alma, que antes me impedían ver ni entender muchas cosas. Tengo por tan bien tomada la resolución y camino que llevo, que cada día me alegro más de no haberme quedado en el convento de la Encarnación.

Aludía con estas frases á las graves oposiciones que le habían hecho sus parientes cuando trató de pasar á la Religión descalza.

—Todas las vías son buenas para llegar á la celestial Jerusalén,—repuso la fundadora;—y lo que hemos de considerar siempre no es lo caminado, sino lo que falta que andar para llegar allí. (El espíritu de este párrafo es del *Aviso* 27.)